

ZENOBIÁ

MÁS PUEDE EL HOMBRE QUE AMOR
QUERER Á DOS Y SER FIRME (1)

COMEDIA INÉDITA DE

DON RAMÓN DE LA CRUZ

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

TIRIDATES y MITRANE. *Comparsa.*

TIRIDAT. ¡Si yo la vi, si la escuché yo mismo!...
Aún en mi corazón duran los ecos
de su voz, y en mis ojos su semblante.
Zenobia vive aún, y yo no sueño.
Además, ¿qué más señas de que vive
quieres, Mitrane, que el que yo no muero?

MITRAN. Permíteme dudar, que los amantes
suelen soñar, señor, á ojos abiertos.
Un gran dolor confunde fácilmente
los ojos, la razón y pensamiento.
Se ve lo que no hay, y no se mira
lo que existe. Nos finge los objetos
anhelados á veces nuestra idea,
dando á las sombras bulto verdadero

(1) Véase la pág. 449 de este tomo.

en la imaginación, y se nos huyen al abrazarlas, como que son viento.

TIRIDAT. Yo la hubiera seguido; pero el verla resuelta á traspasarse con mi acero, ceder me hizo.

MITRAN. Piensa en tu grandeza por ahora, y deja tu tormento.

Resuelve disfrutar, unido al tuyo, el solio que te ofrecen los armenios sin pedir más merced que la cabeza del cruel Radamisto: ocupa el tiempo, ahora que la fortuna te es propicia, en tu gloria, señor, y más sabiendo que sus favores duran por instantes.

TIRIDAT. No dices mal, Mitrane; al punto quiero que se busque con toda diligencia á Radamisto; es justo que el perverso satisfaga el delito, y que Zenobia vea á sus pies de su dolor el reo.

MITRAN. ¿Conque aún esperas?

TIRIDAT. Pero no sin causa, pues habiendo encontrado en este ameno país una graciosa pastorcilla, me dió esperanzas; y si bien me acuerdo, Egle es su nombre, y ésta su cabaña, según las señas. Á buscarla vuelvo para informarme de ella más despacio.

MITRAN. Pues ¿qué te dijo?

TIRIDAT. Nada.

MITRAN. Según eso, ¿qué esperas?

TIRIDAT. Mucho, pues á mis preguntas mostraba confusión en sus acentos. A hurto me miraba vergonzosa, y equivocando en variedad de afectos el placer y el pesar, hablar quería y callaba después.

MITRAN. ¡Oh, amantes ciegos!

¡Con qué poco os engaña la esperanza!

TIRIDAT. Con Egle solicito hablar de nuevo
y confirmar mis dudas en sus labios.
Entra á buscarla.

MITRAN. Pronto te obedezco.

(Entra en la choza.)

TIRIDAT. ¡Oh, qué cruel contraste de temores
y esperanzas vacilan en mi pecho!
No hay peor estado que en el que se halla
mi pobre corazón.

MITRAN. *(Sale.)* Señor, no encuentro
la pastorcilla; sólo está el albergue.

TIRIDAT. Pues esperarla hasta que vuelva quiero
y, solo, divertir mis fantasías.

Retírate á las tiendas tu con estos
ó aguárdame en la fuente de los sauces.

MITRAN. En vano es tu cuidado, pues aquellos
despojos, de su sangre salpicados,
que yo mismo toqué...

TIRIDAT. Mitrane fiero,
¿en qué te hice yo mal, que aun la esperanza
no me quieres dejar de mi consuelo?

MITRAN. ¡Ah, que no ignoras, no, príncipe mío,
cuán cerca está el engaño del deseo!

(Vase con la comparsa.)

TIRIDAT. No sé si la esperanza y el engaño
andan unidos; pero sé á lo menos
que algunos infelices sólo viven
porque aguardan el día de no serlo,
y que, aun soñadas, las felicidades,
si no son intereses, son recreos.
Pero gente se acerca; en la cabaña
podré aguardar á Egle más secreto.

(Se entra en la choza.)

ESCENA II

ZENOBIA y EGLE.

ZENOBIA. Búscaló, amiga, guíalo á mis ojos;
 las señas que te di son el más cierto
 retrato de mi esposo, y yo le he visto
 que anda entre la espesura, desde lejos.
 Vé, que yo, mientras vuelves, escondida
 te aguardaré en tu choza, porque tiemblo
 de encontrarme otra vez con Tiridates;
 que es cordura aprender en el primero
 golpe á huir los peligros del segundo,
 que han de ser más sensibles y funestos.

EGLÉ. Digna de excusa verdaderamente
 es el alma que tiene por objeto
 de su imaginación á Tiridates.
 Yo no he visto jamás rostro tan bello
 en un mortal, ni tan amable trato.

ZENOBIA. ¡Dónde le viste?

EGLÉ. En este valle, yendo
 á conducir al río mis ovejas.
 Y por señas que á todos va pidiendo
 noticias de tu vida y tu destino,
 y á mí también me preguntó lo mismo.

ZENOBIA. ¿Y tú?

EGLÉ. Me quedé absorta de mirarle.
 Aquel modo de hablar tan halagüeño,
 aquel dulce mirar...

ZENOBIA. No es, Egle mía,
 su imagen lo que yo de ti pretendí,
 sino de Radamisto la presencia.
 No despiertes la guerra de mi tierno
 cobarde corazón con tus lisonjas
 y su alabanza; pero dí, ¿á sus ruegos,
 ó fácil ó piadosa, le dijiste

mi fatal suerte?

EGBE. No, porque tu riesgo se me previno, y no le dije nada.

ZENOBIA. Pues ve á buscar mi esposo y á traerlo si tienes la ventura de encontrarlo; y por los dioses, Egle, te encomiendo que, si vuelves á ver á Tiridates, cauta observes las leyes del silencio.

EGLE. No desconfies, aunque á verle vuelva, de que seré traidora á tus preceptos, pues en viéndole cerca, sin arbitrio, se suspende mi alma y enmudezco.

Canta.

Son sus ojos un encanto
que mi alma deja en calma;
que acobarda, sin espanto;
que me hiere, y no me ofendo;
que persuade y no le entiendo,
que sujeta sin violencia,
y en tan dulce competencia
no me atrevo á respirar.
Temo verle, y no me escondo,
le contemplo avergonzada;
me pregunta, no respondo
y me pongo colorada;
quiero hablar, no digo nada
y comienzo á suspirar. (*Vase.*)

ESCENA III

ZENOBIA y TIRIDATES *en la cabaña.*

ZENOBIA. ¡Pobre corazón mío, cuál palpitas
y qué claros me muestras tus anhelos!
Ahora que estamos solos, ¿tú quisieras

la libertad de dar al nudo viento
 voces y llanto en débil desahogo?
 Pues no, porque las quejas son efecto
 de la debilidad de los humanos,
 y yo propia, aunque fuese en lo secreto
 de mi alma, de verme menos fuerte
 me avergonzara. Númenes eternos
 que me inspiráis tanta virtud, piadosos,
 librad mis ojos de segundo riesgo.
 Basta para probarme el primer triunfo.
 Si acaso á Tiridate otra vez veo,
 ¿le podré yo decir que ya soy de otro
 con labios libres y semblante serio?
 ¿No es preciso que tema el irritarle
 contra mi esposo, y aun que mis alientos
 vacilen compasivos de su pena?
 Pero quizá vendrá si me detengo
 por aquí: mejor es huir el peligro.
 Mi asilo sea la choza... Pero ¡cielos!...
 ¿Qué es lo que estoy mirando? ¿Es él, ó sombra
 de su imagen que en la memoria tengo?

(Sale Tiridates.)

TIRIDAT. ¡Oye! En vano me huyes, pues adonde
 fueses te ha de alcanzar mi sentimiento.

ZENOBIA. Detén los pasos y te oiré.

TIRIDAT. ¡Ah, Zenobia!

¡Ah, Zenobia, eres tú!...

ZENOBIA. ¡Lance tremendo!

TIRIDAT. ¿Eres tú? Dí; soy yo. ¿De esta manera
 me recibes, princesa? ¿Pues qué es esto?
 ¿Es este el dulce instante apetecido
 que suspiramos tanto? ¿El corto tiempo
 de dos lunas bastó para mudarte?
 ¿Qué frialdad, qué rostro tan funesto
 es ése? ¿Quién me usurpa las finezas
 acostumbradas en tu boca? ¿Es ceño?
 ¿Es deslealtad? Mas no, que tú no eres
 capaz de cometer crimen tan feo.

No, porque tengo yo distintas pruebas de tu fiel corazón, dócil y tierno.

Ya conozco, alma mía...

ZENOBIA. Señor, basta.

Y ya que á estar contigo este momento me obligas, no se gaste inútilmente.

TIRIDAT. ¿Conque te desagrada?

ZENOBIA. No lo niego.

Estoy, de oírte y verte, disgustada.

Oyeme, y dame pruebas de tu excelso corazón.

TIRIDAT. Habla. (*Aparte.*) Con temor la escucho.

ZENOBIA. Los lazos de los reales himeneos siempre vienen por mano del destino que los dioses decretan en el cielo. No pende la elección de nuestros votos. Y si hubiesen los astros placenteros dádome á mí el arbitrio de mí misma, en sólo Tiridates os confieso que hubiera hallado quien hacer pudiese venturosos mis días y contentos; pero no pudo ser, y nos dividen para siempre los dioses. Ni otro medio nos queda que bajar la dócil frente sacrificándoles nuestros deseos.

Déjame en paz, y vete en paz; repara que sufrirte á mis ojos más no debo sin exponer la tuya y mi constancia. Y aquellos lazos que formó el afecto ligeramente, y la deidad no aprueba, hoy se deshagan con mejor acuerdo.

TIRIDAT. ¡Asistidme, deidades! ¿Conque es tanta mi desgracia que ni aun esperar puedo?

ZENOBIA. No hay nada que esperar.

TIRIDAT. Pero, señora... sepa yo los motivos á lo menos.

ZENOBIA. De nada sirve examen tan penoso, y quizá fuera echar materia al fuego

de nuestras almas. Ya me he detenido más de lo justo. Sólo, al fin, te advierto que la culpa no es tuya; es toda mía. No apurar solicites el misterio, que á mí me va la vida en no decirlo y á ti te importa mucho no saberlo.

TIRIDAT. ¡Ah, injusta! ¿Y qué, tú puedes tan tranquila hablarme así? ¿Se te olvidó tan presto que eres mi único bien, la vida mía, mis esperanzas, y que si te pierdo todo ha faltado para mí, pues nunca han tenido mis glorias otro objeto?

ZENOBIA. Príncipe, adiós. (*Yéndose.*)

TIRIDAT.

Explícame.

ZENOBIA.

No es fácil.

TIRIDAT. Escúchame.

ZENOBIA.

Ya he dicho que no puedo.

TIRIDAT. ¿Así huyes de mi vista? ¿Qué motivo le dió mi amor á tu aborrecimiento?

ZENOBIA. ¡Ay! Si te aborreciera, ¿yo te hablara? Pero, señor, á tu presencia temo, que de mi obligación es enemiga. Y aunque la solidez de mi argumento sé que es grande, tu mérito es más fuerte; y también sé que basta, por lo menos, á herirme el corazón, cuando no baste á seducirlo. ¿No estás conociendo la señal de mis ansias en mis ojos? ¿Que quiero retirarme y que me acerco? Demasiado te he dicho ¡ay, Dios! Respetar tu virtud y la mía. Yo te ruego por cuanto para tiene la tierra de más amable, y más sagrado el cielo, por aquella bella alma que te adorna, por los grillos de amor en que estás preso tan dulcemente, en fin, por este llanto que, al despedirme de tus ojos, vierto, que me dejes, señor, y no me sigas.

TIRIDAT. Pues qué, ¿acaso este adiós es el postrero?

ZENOBIA. Sí, príncipe, si acaso solicitas
mi gloria, si quisieres mi sosiego.

TIRIDAT. ¡Oh, bárbara sentencia! ¡Ley amarga!...

ZENOBIA. Quédate adiós, y sea tu consuelo
verte lejos de mí.

TIRIDAT. ¡Tirana! ¿Cómo
así hablas tú conmigo?

ZENOBIA. ¡Favor, cielos!...

TIRIDAT. ¿Cómo?... Mas vete donde mal pagado
tu nuevo amor no logres...

ZENOBIA. Yo fallezco.

TIRIDAT. Y donde quizá logres algún día
el infeliz estado del desprecio *
á que ahora tus iras me condenan...

ZENOBIA. No más, príncipe...

TIRIDAT. Adiós, que ya te dejo.

LOS DOS. Éste es dolor, deidades rigurosas;
pues no nos consoláis, compadecednos. (*Vanse.*)

ESCENA IV

ZOPIRO, *que ha ido saliendo con algunos secuaces suyos desde la
señal * observando á Zenobia y Tiridates.*

¡Juntos Zenobia y Tiridate! ¿Y cómo
vive si la mató su esposo fiero?
¿Cómo llorando de éste se divide,
si al otro prefirió para su dueño?
¿Es Zenobia capaz de estar casada
con uno y conservar al otro afecto?
No cabe en su virtud ni en su entereza.
¿Qué nueva especie es ésta de mis celos?
¡Darme dos enemigos y privarme
siquiera de saber cuál es el cierto!
¡Oh, infeliz amor mío! De tus iras
no te puedes vengar, ni esperar premio

de tus finezas... Pero Radamisto viene hacia aquí cuando conmigo tengo algunos de los míos: sea su muerte parte de desahogo á mi tormento... Mas si le mato, quito á Tiridates el mayor enemigo, y favorezco la idea de Zenobia, que le ama, según lo publicaban sus extremos al separarse. ¡Oh, si yo pudiera irritar á éste contra el otro haciendo que los dos entre sí se destruyesen! Y entre tanto quitarles el objeto de su contienda. Fuera dar un golpe en el arte, sin duda, de maestro. Pues yo lo he de intentar. —Entre esas ramas os ocultad por ahora, compañeros, hasta que yo os avise. —Ya se acerca... Pero no viene solo; aguardaremos á que lo esté; será menos difícil acaso persuadirlo y convencerlo. (*Se oculta.*)

ESCENA V

RADAMISTO, EGGLE y ZOPIRO *oculto*.

RADAM. No me engañes, graciosa pastorcilla, mira que hacer de un desgraciado juego, es bárbaro placer, y muy indigno de ti.

EGLLE. No, no te engaño. Ten por cierto que tu esposa está viva: de las ondas del río la saqué yo propia, á riesgo de perecer con ella.

RADAM. ¡Oh, ninfa amable!
¡Oh, deidad poderosa de mi adverso destino! Dí, ¿tanta piedad se halla

en estos bosques? Sí; ya considero que aquí sólo se albergan las virtudes que oímos en las cortes y no vemos.

EGLE. Juntas las dos estamos; aquí aguarda mientras voy á avisarla. (*Se entra.*)

RADAM. Vé, que muero impaciente por verla, aunque te afirmo que la presencia de sus ojos temo. Me enciende amor al esperarla viva y me acobardan los remordimientos.

EGLE. Á otra parte se fué; no está en la choza. (*Vuelve.*)

RADAM. ¡Oh, dioses!...

EGLE. No te aflijas, porque luego se volverá; quizá salió á buscarnos.

RADAM. No, querida; sin duda salió huyendo de encontrarse conmigo, porque airada me aborrece. Y no, no la condeno; su odio es justo, y no menor castigo es el que yo conozco que merezco.

EGLE. ¿Zenobia aborrecerte? ¿Huir Zenobia de ti? ¡Qué mal conoces sus afectos! ¡Y cómo ultrajas la mejor consorte con esos temerarios pensamientos! Te defiende, te busca, te suspira, adora tu crueldad y tus desprecios; más que no el suyo, teme tu peligro, y á tanto llega su amoroso extremo, que esa mano cruel que la dió muerte llama piadosa y justos á tus celos.

RADAM. ¡Ay, pastora! Corramos á buscarla adonde esté, porque á sus pies pretendo morir, ó de mi amor, ó mi vergüenza, en seña fiel de mi arrepentimiento.

EGLE. Quizá la pierdas si nos alejamos.

RADAM. Pues tú que mejor sabes el terreno, búscala por los dos, y no te ofendas de mi eficacia, porque ver deseo un bien que sólo yo sé lo que vale

EGLE. por lo que me ha costado de tormentos.
¡Oh, amor! ¡Cuando te unes en dos almas,
qué dulce debe ser tu cautiverio!

ESCENA VI

RADAMISTO, *después* ZOPIRO.

- RADAM. ¡Oh, generosa! ¡Oh, digna de un esposo
mejor y no tan bárbaro y grosero!
¡Princesa fiel! ¿Quién ha oído, quién ha visto
mayor piedad? Malignos pensamientos,
indignos labios que con vuestras voces
oscurecer queréis glorias y afectos
femeniles, decidme si han tenido
más sublime virtud los héroes nuestros.
- ZOPIRO. ¿Dónde, príncipe, dónde te aceleras?
- RADAM. ¡Ah! Ven, ven á gozar de mis sucesos
venturosos. Zenobia...
- ZOPIRO. Sé que vive.
- RADAM. ¿Lo sabes?
- ZOPIRO. Yo quisiera no saberlo.
- RADAM. ¿Por qué? Dí...
- ZOPIRO. ¿Por qué? No, no lo preguntes;
de ella te olvides, Radamisto, puesto
que es poco digna de tu amor y afanes.
- RADAM. Mas la razón que tienes saber debo.
- ZOPIRO. Señor, ¿de qué aprovecha á tus fortunas
que yo te aflija con pesares nuevos?
- RADAM. Habla...
- ZOPIRO. Señor...
- RADAM. Acaba; ¿pues no adviertes
cuánto me afliges más con tu silencio?
- ZOPIRO. Pues escucha: yo ví tu infiel esposa...
mas en tu rostro pálido ya veo
que á desmayar empiezas... No prosigo...

Perdona; mejor es que lo dejemos.

RADAM. Si no prosigues...

ZOPIRO. Bien, si tú lo quieres
hablaré; no te quejes de mí luego.
Pues poco hace que vi tu infiel esposa
hablar de amor con su galán primero,
Tiridate, y mayor contrario tuyo,
y oculto pude oír sus sentimientos.
La reconvino él con sus promesas,
y ella juraba que el antiguo fuego,
con llama, aunque secreta, permanente
aún ardía eficaz...

RADAM. Calla, perverso;
yo conozco á Zenobia, y las maldades
no caben en su boca ni en su pecho.

ZOPIRO. Aunque debo de ti sufrirlo todo,
no merecía, príncipe, mi celo,
ni mi pesar, mirándote ofendido,
tal recompensa, y más cuando tú mismo
me has precisado á hablar.

RADAM. ¡Dioses crueles!
Ni quisiera dudar, ni oír.

ZOPIRO. Y luego,
sin que yo hable, ¿no es bastante prueba
de su traición que ande de ti huyendo?
¿Ignoras que ella amó más que á sí misma
á Tiridate? ¿Y que el primer afecto
no se extingue jamas?

RADAM. Es verdad cierta.

ZOPIRO. Ya ocupa sus potencias el beleño. (*Aparte.*)

RADAM. ¡Deidades! ¡Y que puedan las mujeres
ser inconstantes hasta tal extremo!
¡Oh, felices y rústicos Arcades,
entre las flores de inocencia llenos!

ZOPIRO. Antes que tuyo fué de Tiridates
de la princesa el corazón, y creo
será su poseedor mientras él viva.

RADAM. Poco le poseerá, porque yo quiero

mis agravios vengar en él.

ZOPIRO.

Aguarda.

¿Con qué poder, ni qué esperanza, en medio de su ejército piensas destruirle?

En vano te expusieras. Sólo pienso se pudiera lograr con atraerle á parte alguna solitaria, lejos de sus soldados.

RADAM.

¿Cómo?

ZOPIRO.

¿Quién lo sabe?

Es preciso que antes lo pensemos y asegurar el golpe.

RADAM.

¿Te parece

que soy capaz de tanto sufrimiento?

ZOPIRO.

Príncipe, escucha; ya me ha sugerido mi lealtad el más fácil pretexto.

Á nombre de Zenobia se podía citarle al bosque, y en su oscuro centro lograr el fin.

RADAM.

¿Y si él, desconfiado, no viene. Era preciso por lo menos acreditar con una señal fija el convite... Mas, calla; ya la tengo. Toma, toma este anillo de Zenobia, que el día que partió para su reino la entregó Tiridates, y á mí ella la hora infeliz que nos unió Himeneo. Esta que ella me dió por prenda falsa de su cariño, sirva de instrumento á mis venganzas.

ZOPIRO.

¡Oh felice suerte!

Pues vé á esperarme oculto entre los fresnos donde la vez primera nos hallamos.

RADAM.

Pero advierte, si acaso...

ZOPIRO.

Nada advierto

sino á volver por tu opinión y fama; déjame de esta acción á mí el gobierno.

RADAM.

Pues no te olvides de que allí te aguardo

cercado de mis penas y mis celos,
y que para abrasar á quien me enoja
arde en mi corazón todo el infierno. (*Vase.*)

ESCENA VII

ZOPIRO, *sus secuaces* y luego ZENOBIA.

ZOPIRO. ¡Oh, qué ilustre victoria! Mis contrarios
por mí combatirán, y yo sin riesgo
conquistaré á Zenobia. —Oíd, amigos...
(*Salen los soldados.*)

Id, y cercad el valle de los fresnos;
allá irán Radamisto y Tiridates;
observad su batalla, y cuando muerto
caiga uno de los dos, matad al otro
con saña fiera: id todos al momento,
menos algunos que conmigo queden
(*Se van algunos*)

dispuestos á otra idea. Ahora debo
citar á Tiridate, aunque en los míos
seguridad bastante no contemplo.
Mejor en un pastor ó una zagala
podrán afianzarse mis secretos
y con menos sospecha... Pero ¡dioses!...
¿No es la misma Zenobia la que veo
á este sitio venir? Oíd, amigos;
aquí llega una ninfa que pretendo
y me desprecia; luego que yo parta
con la fuerza, si no bastase el ruego,
cogedla y conducídmela á esa quinta
vecina, donde está mi alojamiento.
¡Oh, si su corazón granjear pudiese!
Ó de mis dos contrarios, por lo menos,
saber cuál en él vive mejor quisto;
que aunque ambos morirán, el odio incierto
equivoca el placer de la venganza.

Mas de Zenobia misma he de saberlo con un engaño que ahora me ha ocurrido. —Id á ocultaros mientras llega el tiempo de que yo me retire; y cuando ella se dirija á su albergue por lo espeso de ese bosque vecino, aseguradla, dando á la fuerza máscara de obsequio.

(Se van y sale Zenobia.)

Soberana señora, ¡cuántos pasos me ha costado el hallarte!

ZENOBIA.

Pues ¿qué es esto?

¿Tú en Armenia, Zopiro?

ZOPIRO.

Sí, señora;

de Iberia ayer llegué con un empeño que te interesa mucho, y no he querido pasarle á ejecutar sin tu consejo.

ZENOBIA. Buscando voy mi esposo.

ZOPIRO.

Pues ya tienes en tu mano el hallarle ó el perderlo para siempre.

ZENOBIA.

¿Pues cómo?

ZOPIRO.

Atenta escucha: de un orden superior en cumplimiento, yo debo al punto inevitablemente dar muerte á Radamisto ó al soberbio Tiridates.

ZENOBIA.

Pues dime...

ZOPIRO.

Calla: el uno ya queda de mis tropas prisionero; y el otro, con tu nombre y este anillo, vendrá á buscar su fin.

ZENOBIA.

¡Airados cielos!

¿Conque en tu mano?...

ZOPIRO.

Calla hasta oirlo todo.

Yo sé que el uno es tu indigno dueño, y que del otro fuiste firme amante, y á tu contemplación rendido, quiero sacrificarle todos mis arbitrios

y que penda de ti la suerte de ellos.
 Quedará reservado el que más quieras
 y el que aborrezcas más quedará muerto.

ZENOBIA. Conque ¡Triste de mí!... ¿Qué voraz monstruo
 te conduce á mi vista tan sangriento?

ZOPIRO. El tiempo es muy escaso, y yo he perdido
 en buscarte, señora, mucho tiempo.
 Abre tu corazón, libra al que quieras,
 ó voy á resolver.

ZENOBIA. ¡Dioses eternos!
 ¿Y es posible que tomes tú, Zopiro,
 tan inhumano, tan cruel empeño?

ZOPIRO. Me costara la vida el repugnarle;
 tan alto y tan preciso es el precepto.

ZENOBIA. Pero dí, ¿para hacer justa una culpa
 basta la autoridad ni basta el premio?

ZOPIRO. No he venido, señora, á disputarte
 con razones. Ya has visto mi respeto
 y mi obediencia. El cielo te prospere,
 que voy á resolver según mi genio.

ZENOBIA. Aguárdate...

ZOPIRO. ¿Qué mandas?

ZENOBIA. Considera...

¡Asistidme, deidades!...

ZOPIRO. Ya te entiendo.

Yo debo adivinar lo que imaginas
 sin que te cueste hablar. Es privilegio
 antiguo en la hermosura, lo conozco;
 y la razón que tienes considero
 de aborrecer al fiero Radamisto,
 aborrecido de su padre mismo.
 Son notorias su ira impetuosa,
 tus heridas y sus injustos celos.
 Basta... Bien... Presto te verás vengada.

ZENOBIA. ¡Traidor! ¿Me juzgas tú de tan perverso
 corazón? ¿Tú me crees tan malvada?

ZOPIRO. Cuando nace mi error de tu silencio,
 te irritas sin razón. ¡Hola, soldados! (*Salen.*)

No te asustes, señora.

ZENOBIA.

Yo fallezco.

ZOPIRO. Conducid la princesa á su consorte, según mi orden, mientras que yo mismo voy á matar al impío Tiridates.

ZENOBIA. Aguárdate... ¡Oh, destino! ¡Á qué violento examen has expuesto mi constancia! ¡Ay, Tiridates! ¡Cómo, cómo puedo yo propia condenarte! Tu fiel alma ¿en qué pudo agraviarme? ¿Qué me ha hecho para pronunciar yo tan vil sentencia?

ZOPIRO. ¿Dudas aún, Zenobia?

ZENOBIA.

No, por cierto; al que debo salvar nunca he dudado; mas me horroriza de su vida el precio.

ZOPIRO. Detenerme ya más es imposible, decide al fin ó sigo mis intentos.

ZENOBIA. Sólo un instante aguarda. Bien pudieras...

ZOPIRO. Señora, esto no es más que perder tiempo, y es fuerza que perezca en el instante uno de entrambos.

ZENOBIA.

Pues perezca... ¡Ah, cielos!

ZOPIRO. ¿Quién?

ZENOBIA.

Pues sálvame...

ZOPIRO.

¿Á quién?

ZENOBIA.

Sálvame á entrambos

si quieres que te deba mi consuelo; y si no puede ser, sálvame solo á mi esposo, y perezca el mundo entero.

ZOPIRO. (*Aparte.* Á Radamisto adora.) ¿Conque quieres la muerte de un amante tan atento, tan fino...

ZENOBIA.

Calla. Sálvame á mi esposo y después no me digas cuál ha muerto.

ZOPIRO.

¿Libre el esposo quieres? Yo te juro de cumplir la palabra que te ofrezco de salvar á tu esposo, sin que tardes en saber de mis voces el misterio. (*Vase.*)

ZENOBIA. ¿Al fin, cruel mujer, has pronunciado sin morir un tan bárbaro decreto como matar al digno Tiridates? Dioses, pues veis que yo hice lo que debo en salvar á mi esposo, la inocencia mirad de Tiridate y defendedlo, porque mi obligación y mis piedades hagan eternas los influjos vuestros.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

OPÚSCULO POLÍTICO-GEOGRÁFICO DEL PLANETA

(CONCLUSIÓN)

I

Dividida la América latina en diversos Estados cuyo origen dimana de una misma fuente, deben éstos considerarse como individuos emancipados del tronco principal de una familia, con comunes y similares miras; unos mismos son la raza, el idioma, la religión y las costumbres, y hasta sus intereses: en aparente desacuerdo en algunas aunque felizmente pocas ocasiones, pudieran unificarse y hasta confundirse dentro de la órbita autónoma de cada cual, siempre que presidiera una mediana voluntad en sus decisiones. Países ricos y exuberantes donde la madre naturaleza ha prodigado sus dones con largueza, con un subsuelo henchido de tesoros en que sólo una cantidad infinitesimal representa lo extraído, magníficos puertos y abundantes y caudalosos ríos que brindan al comercio fáciles y cuantiosos lucros, clima variado al que se adaptan todas las producciones conocidas, y territorios inmensos de una fertilidad asombrosa, en que sólo falta la planta del hombre para que germinen, son los elementos con que cuenta nuestra raza en aquel Continente, elementos de riqueza que el Supremo Creador ha querido perpetuar en el inmortal é imperecedero pueblo cuyos moldes estrechos fueron para abarcar la grandeza de su genio.

En embrión las líneas fronterizas que los demarcan, como embrionarios fueron por espacio de tres cuartos de siglo los Gobiernos que los han regido, son y han sido aquéllas en algunas ocasiones la manzana de la discordia, como en éstos, campo abonado de asonadas y revueltas que más de alguna

vez pusieron en peligro su personalidad nacional, y no pocas tiñeron en sangre aquel privilegiado territorio, sangre de hermanos que ningún bien fecundo ha llevado al aprovechamiento de la raza, adelanto de la civilización y natural progreso en todas sus órdenes; heredaron de la madre patria el carácter turbulento originario de sus desdichas, males que en el convencimiento de sus desengaños estriba su principal remedio y curación; ideólogos por temperamento, rinden apasionado culto á las formas externas, entregándose á utopías y fantasmagorías reñidas con la práctica esencial y positiva que tan en consorcio y armonía marchan con el siglo. Raza hija de Iberia, lleva como ésta en sus venas mezcla de mil distintas sangres, en la que campea el latino genio con la energía goda y soñolencia musulmana. ¡Quiera Dios perseveren una y otras en el camino de seriedad que han emprendido, y que á más altos fines y elevados conceptos dediquen el valor de sus virtudes y energías!

Distintas son las condiciones en que se halla la América Septentrional-latina y la Meridional en el ocaso de este siglo; ningún peligro inmediato amenaza la existencia de esta última, como no sea el consumirse en su propio fuego, y siempre que los trámites que informen en adelante su vida nacional los calque de los pasados; pero el notable cambio operado en sus costumbres de estos últimos años con la rotura de antiguos y funestos moldes, son firme garantía de progreso para las ocho repúblicas que constituyen este medio continente, augurando una nueva era y con ella horizontes amplios, base del papel llamado á desempeñar en el mundo moderno; ciérnense, sin embargo, por efecto del gran vuelo que ha tomado la emigración alemana hacia el Brasil, celajes que, aunque tenues y faltos de consistencia en sus principios, le conviene á ese Gobierno disipar, bien por medio de una hábil política que tienda á proteger la emigración de otras razas más afines á la suya y que sirvan de contrapeso al número quizá exagerado de residentes germánicos que, al revés de otros pueblos asimilables, permanecen siempre fieles á su origen, ó contrayendo alianzas que lo pongan á cubierto, por el momento, de un audaz golpe de mano, sin que por el pronto,

repitamos, revista esta hipótesis una cercana solución. Esto no obstante, conviene que el Brasil tenga presente que la paz interior, turbada como lo fué tiempo atrás, pudiera dar margen á una intervención en nombre de intereses amenazados, que pondría en peligro su cohesión como entidad, ya que la desproporción manifiesta entre su gran extensión y densidad es el punto flaco y vulnerable de este Estado. La entrevista habida últimamente en Punta Arenas entre los Presidentes de Chile y la Argentina para llegar á un arreglo satisfactorio sobre la cuestión de límites, causa de perennes divergencias entre ambas repúblicas, es un salto dado en su educación moral que las coloca á un nivel muy superior al de las naciones europeas, y que debiera ser imitado por las que á raíz del anodino Congreso de la Haya, presencian impávidas la mayor de las iniquidades que contra todo derecho de ley y de justicia efectúa el coloso británico aplastando á dos nacientes Estados del Sud de Africa, admiración y gloria del mundo conocido. Señálese, por otra parte, la frialdad y desconfianza con que el continente latino americano acoge las proposiciones para la reunión de un «Congreso pan-americano», canto de sirena con que los Estados Unidos del Norte pretenden engañar y adormecer á los demás Estados, que le servirían de escabel para erigirse ellos en dueños absolutos de toda la América, sujetándola al carro de su influencia; el cambio de notas habido entre ellas sobre las miras expansionistas que abriga la Gran República, en evidente perjuicio de nuestra raza, son indicios de la nueva orientación dada á su política, política salvadora, en contraposición á la suicida seguida hasta estos últimos tiempos, y que las colocaba en manifiesta inferioridad relacionándolas con aquélla y con los demás grandes Estados.

Promesas hechas y no cumplidas á los cubanos alzados en armas contra España, cuando en su inocente candor, comparable sólo al de los indios filipinos, actuaban de medio á encubiertas ambiciones, y cuya miopía y escasos alcances no les dejaban entrever el derrumbadero en que se precipitaban al confiarse de lleno en la Gran República, y el látigo sajón flagelando sin piedad las espaldas portorriqueñas, vienen á

ser un ligero esbozo de la no risueña aurora que para estos países alumbra el siglo XX, y como contestación, es la más cumplida el inconsciente coro de alabanzas que á las astutas miras yanquis se entonaban en algunas de estas repúblicas, fascinación disculpable si se quiere, puesto que actuaba en razón directa á cerebros de poco alcance, espíritus babilónicas que á través de los ditirambos con que ensalzaban la misión libertadora de los sajones del Norte, no se percataban de los verdaderos móviles de la Unión hasta que el tiempo púsolos ya de manifiesto. Ejemplos son éstos que no deben echar en saco roto algunos de nuestros hermanos de América, demasiado confiados en hueca palabrería, que hoy por hoy son las palancas usadas con más éxito para arrastrar á las multitudes inconscientes.

Difiere más que en algo la situación política de la América latina septentrional y la meridional; posesionados los Estados Unidos de lo que fueron Antillas españolas, si no resuelto definitivamente, en vías de un porvenir próximo queda el destino de Santo Domingo y Haití. Tienen estos pequeños Estados el color de su epidermis como inconveniente, para que con ellos guarde miramiento alguno la nación más poderosa de América, que á pesar de las instituciones democráticas é igualitarias que la rigen, considera sin duda, por antonomasia, padrón de escarnio é ignominia el descender de origen etíope, á los que hace sufrir toda suerte de vejámenes humillándolos continuamente con su desprecio (1). Convienen todos los estadistas de la Unión en el peligro que amaga á la república con el aumento de población de color que se nota en los Estados del Sur, y que coincide, por otra parte, con la disminución de su raza blanca en los mismos Estados, y á este fin

(1) Se ha reformado en estos últimos años la carta constitucional de los estados de Luisiana, Misisipi y Carolina del Sur, con objeto de restringir el sufragio. Para ejercer éste hará falta en adelante saber escribir y leer francés ó inglés, ó poseer en cambio propiedad evaluada en 200 pesos como mínimo. Por efecto de la primera cláusula, quedan eliminados de voto el 72 por 100 de los negros y el 20 por 100 de los blancos, y por la segunda recuperan los blancos el voto que pierden por la primera. El fin de esta maniobra no ha sido otro que quitar el voto al elemento negro; parecido pucherazo arrebatado á nuestra patria el lugar preferente que había adquirido en la materia.

buscan la resolución de un problema que reviste caracteres insolucionables. Uno de los medios que está en la mente de todos sus gobernantes para orillar este mal es el de constituir con el total de las Antillas unos Estados negros que los librara de la lepra africana que los invade, proyecto que pudiera quedarse en hipótesis, como en hipótesis quedó, dada la vida lánguida que arrastra, la fundación en Africa del Estado de Liberia, creado con iguales miras é igual objeto. De llevarse á cabo este asunto tal como lo desean los prohombres del Norte, es decir, vaciando en las Antillas la casi totalidad de su población negra, no se harían esperar luego en todo el territorio de la república leyes coercitivas por el estilo de las promulgadas en los Estados del Oeste para la población china, despejándose por este camino el porvenir de los Estados Unidos, que bajo este prisma dista mucho de presentarse diáfano.

Un hecho es la votación verificada recientemente por el Senado de Washington, de considerar como obra nacional la apertura del canal de Nicaragua, que hasta el presente, entre informes, consultas y reconocimientos, el poder ejecutivo le había dado largas absteniéndose de sancionarlo, hasta que la posesión de las Antillas en estos últimos años ha hecho que varíe los procedimientos dilatorios de antaño. Dignas por todos conceptos de mejor suerte son las dos repúblicas de Costa Rica y Nicaragua, para las cuales ha sido fatal tener enclavado en su territorio el lago de referencia, como para el Transvaal y Orange sudafricanos lo han sido las minas de oro y diamantes de su subsuelo, y su inmediata dependencia de la Gran República se verificará tan pronto haya hecho presa el territorio de la Unión del lago y anexos para su comunicación al mar. El canal, una vez construído, será la cuña introducida en el corazón de ambos Estados, cuya mortal herida acabe con su independencia. Envueltas en férreo círculo Méjico con Guatemala, San Salvador y Honduras, entidades débiles por sí solas ó en su conjunto para entablar una lucha con el gran cefalópodo del Norte, la sumisión á su influencia será inmediata, y puente tendido además para llegar más adelante á la realización de sus ideales de *sajonizar* la América hasta el

Panamá, aspiraciones por ella conocidas con el dictado de *destino manifiesto*.

Distintivo peculiar es en la raza sajona la sed de absorción que la domina sin verse nunca satisfecha; merced á procedimientos que en la generalidad de los casos podemos clasificar como púnicos, ha adquirido Inglaterra un imperio colonial, el primero del mundo, sin que por esto haya podido aplacar la tenia ó solitaria interior que la consume, y en nombre de los intereses británicos, como si los demás pueblos de la tierra carecieran de los suyos peculiares, domina territorios, avasalla pueblos, oprime á los débiles y hace cínica mofa de todas las leyes divinas y humanas que puedan limitar su poderío. La espada de Brenus, representada por los cañones de su escuadra y las planchas de sus acorazados, es la única que pesa en la balanza de sus decisiones y concupiscencias.

Amamantados los Estados Unidos en este mismo espíritu, han considerado que había llegado el momento de arrojar la máscara con que hasta la fecha cubrieron sus designios, y marchan á tambor batiente hacia el bandolerismo político, cuyo ejemplo lo toman de su antigua metrópoli y actual aliada. Las incultas formas (1) que caracterizan á la mayoría de sus distinguidos prohombres revelan, aparte de lo descarnado y poco escrupuloso modo nacional de ser respecto á otros pueblos, sentimientos poco delicados, y por lo rudos más propios de germinar en cerebros de pieles rojas que no en los de una sociedad que se precia de noble y educada.

Un solo camino hay para evitar que la América septentrional sea pasto en breve tiempo de la codicia sajona, y es la formación de una sólida y fuerte liga entre los demás Estados neo-latinos del continente y la madre patria, que fuera un valladar á las cada vez más irritantes ingerencias de la Gran República del Norte; pero la apatía, patrimonio especial de

(1) Quisiéramos ser suaves al calificar el acto llevado á cabo recientemente por el alcalde de la ciudad de Chicago al invitar oficialmente al Ministro de España en Washington á que asistiera á las fiestas que iban á tener lugar el 1.º de Mayo para solemnizar el segundo aniversario de la destrucción de la mal llamada escuadra española de Filipinas. La contestación á semejante intemperancia por parte de nuestro representante, Excmo. Sr. Duque de Arcos, fué como debía ser, digna y levantada.

nuestra raza, ¿no será un obstáculo para llegar á este fin salvador? Entretenidas una y otras en sus luchas de bandería y bizantinismo, no ven á las huestes de Mohamet asediando el Cuerno de Oro, ni quien les haga distinguir que el curso del Río Grande no se limita á ser la frontera de Méjico, sino la de todo el continente latino-americano.

II

Península ibérica, cuerpo donde anidan dos almas cobijadas bajo el manto de un mismo destino, sin otras fronteras que las trazadas por mano de los hombres, en sus desvaríos han querido corregir la obra del Creador, estableciendo en ella dos distintas nacionalidades; unidas podrían aspirar al cetro del imperio latino y á la hegemonía de su raza, mientras que su separación sólo ha engendrado pobreza, debilidad y raquitismo; rivalidades caseras, explotadas por enemigos de ambas, abrieron profunda sima entre las dos naciones, barrera aisladora del buen sentido y á propósito para fomentar los contrarios sentimientos que las animan; buscan ambas en extranjero suelo lo que seguramente hallarían en el seno de la patria, complementándose; y tan hondas son las raíces de desvío, producido por su mutuo alejamiento, que lo mismo en el orden literario, que en el comercial y que en todos los relacionados con la actividad humana, es mayor la distancia que entre sí las separa que la que puede haber desde una de ellas á los confines del Alaska ó del Kamtchatca.

Comunes á ambas fueron las glorias y altos hechos que inmortalizaron la diez y seis centuria, y la resplandeciente aureola emanada de aquella epopeya en que el genio ibero rayó á una altura á la que jamás pudo llegar nación alguna, eclipsada ha quedado en las postrimerías de este siglo, más que por causas externas por errores propios. España, la gentil matrona de aquella época, la cubre hoy el manto de su decrepitud y agotamiento, sin otra esperanza que la nueva savia que le infiltren sus hijos para transformarla: Portugal, bien con ella ó separada, pero de constitución robusta y hasta pletó-

rica, arrastra hoy la vida enfermiza de los entecos, con los achaques de una existencia valetudinaria. A la carencia absoluta de tacto político en la primera, á lo que se unía un perfecto desconocimiento de lo que poseía, debióse que entregara á poca costa los restos de su imperio colonial, que sus enervados brazos apenas supieron defender; vive la segunda merced á la conmisericordia sajona, á cuyo protectorado se ha sometido voluntariamente, actuando de raza inferior. ¡Penoso presente el de estas dos naciones, cuyo remate es hoy por hoy el *inri* de su impotencia!

A los decadentes siglos que minaron nuestras pasadas grandezas ha sucedido un total aplanamiento. Contenida la España contemporánea en tan estrechos límites como jamás se halló encerrada fuera de la época de su reconquista; en extranjeras manos vinculada la casi explotación de su subsuelo y líneas ferroviarias; semiesterilizada por la falta de arbolado, que lo mismo determina mortales sequías que devastadores turbiones; diezmando sus cosechas la langosta, que encuentra un terreno tan propio y abonado para su desarrollo como si se tratara de los arenales de Arabia ó Marruecos; con una enorme deuda, sudario de plomo que aniquila sus elementos productivos; de instrucción arcaica y viciosa á pesar de sus diez Universidades, cincuenta y tres Institutos del Estado y diez locales, centros donde se nutren inmensas falanges leguleyas, cuyo espíritu, impregnado de argucias y sofismas, recuerda los últimos tiempos de Bizancio, y, finalmente, con una vergonzosa dependencia del exterior en el orden económico, debido al escaso desarrollo de sus industrias y lánguido comercio, empieza el siglo XX para nuestra patria. Determinantes son éstas que la asimilan á nación de ínfimo orden, sin que su voto pese ni en poco ni en mucho entre las demás cancellerías del continente.

Merced á la conmisericordia británica, á cuyas plantas ha depositado Portugal sus derechos de nación libre y soberana, subsiste aún ésta como nación colonial. Posee los pequeños establecimientos de Goa y Diu en la península del Indostán, que, por lo insignificantes, en nada afectan al gran imperio anglo-asiático; Macao en China, puerto muerto y absorbido

por la colonia de Hong-Kong su antes floreciente comercio; la isla de Timor en los estrechos de Oceanía, las de Madera, Azores, Cabo Verde y otras situadas en el golfo de Guinea, son factorías inglesas disimuladas con la bandera de las Quinas; los antes vastos territorios del Congo y Mozambique en el África Austral, cercenados á principios de la última década para redondear las posesiones de sus buenos amigos los ingleses que las limitaban; el territorio de Angola y el de Lorenzo Márquez, continuación de Mozambique hacia el Sur, con la espléndida bahía de Delagoa, la mejor de África y constantes amores de la codicia británica, que, como amante porfiado, no cejará en su empeño hasta que rendida caiga entre sus brazos (1). Como satélite del Reino Unido, gira la metrópoli á su capricho y voluntad, ó, valiéndonos de una frase vulgar pero gráfica, *baila al compás que le tocan*, convirtiéndose en cómplice más bien forzoso que voluntario de sus abusos y demasías (2). Sus derechos arancelarios, cortados

(1) Datan de bastante fecha las pretensiones ó miras ambiciosas de Inglaterra sobre el territorio de Lorenzo Márquez y bahía de Delagoa, y á este propósito no debe olvidarse el veredicto dado á favor de Portugal por el Mariscal Mac-Mahon, Presidente de la República francesa, al ser elegido arbitro por ambas naciones para solucionar este asunto. Conformóse Inglaterra con la sentencia, si bien es verdad que en aquella época no estaba Chamberlain de Ministro de Colonias ni Cecil Rhodes actuaba de emperador chiquito en el Cabo de Buena Esperanza, y sólo ligeros barruntos existían, sin que se le diera verdadera importancia, de las riquezas auríferas que encerraba el subsuelo de la parte Norte del Natal, de haber vislumbrado los ingleses el brillante porvenir de las minas, no habría habido arbitraje, y la posesión de Lorenzo Márquez, con su bahía de Delagoa, hubiera pasado á su dominio, á pesar de las razones, protestas y lamentaciones de Portugal, como pasaron posteriormente otros extensos territorios africanos.

(2) Según el tratado de 11 de Junio de 1891, celebrado entre la Gran Bretaña y Portugal, la navegación del Zambeza y del Chiré quedaría libre y abierta á los buques de todas las naciones, sin exceptuar ninguno de sus afluentes y desembocaduras. Se comprometió Portugal, por este mismo tratado, á permitir y facilitar *el tránsito de personas y toda clase de mercancías* por las vías fluviales del Zambeza, Chiré, Pongove, Bousi, Limpopo y Sabí, con todos sus afluentes y tributarios, como igualmente á lo mismo *en las vías terrestres que sirven de medios de comunicación* allí donde las vías fluviales no fueran navegables.

Véase en qué artículo del tratado se apoyó Inglaterra para que sus tropas hayan violado un territorio neutral, sirviéndose del ferrocarril de Beira á Um-talis y Fort Salisbury, con objeto de quebrantar la firmeza boer en su guerra del Transvaal por la retaguardia. Ni la añagaza de la interpretación del tratado puede ser más burda, ni la nación portuguesa podía jamás caer más bajo, haciéndose solidaria de semejante proceder. La historia imparcial juzgará este acto con el calificativo que merece.

al gusto y patrón de la Cité, hacen más patente este dominio y sujeción, transformándolo en mercado exclusivo de aquel barrio de Londres; y todo este conjunto hace que sea inglés hasta el aire que alimenta sus pulmones. Á pesar de su reconocida humildad, nada debe esperar en el crítico momento del *police veno* en que las teorías de Brenus, Bismarck y Chamberlain una vez más se ratificarán á su costo y espaldas.

Contrariedad, y no pequeña, es para las colonias portuguesas tener por vecino en casi todas ellas, y muy principalmente en sus posesiones africanas, al coloso inglés, y esta circunstancia, que por sí sola constituye un peligro, hace que éste se acreciente con la presentación á escena en la política colonial, de una nación que, habiendo venido al mundo como tal en época tardía para expansiones de esta clase, la fuerza pletórica de su comercio la impele á resarcirse de otras naciones, aun á trueque de hollar los sagrados derechos de la justicia y de la historia. Alemania, con una fuerza creadora asombrosa y una emigración que beneficia y enriquece á otros países, necesita mercados propios que sirvan de válvulas de compensación y desahogo á su balanza productiva. Ocho millones de su raza en los Estados Unidos y otros tantos en los demás países del globo, á pesar de que en parte alimentan al comercio de su país, es fuerza perdida para la cohesión y consistencia del Imperio, y á evitar este escape de útil vapor de la gran caldera tiende la política de Germania.

El cambio operado en la política unipersonal del jefe del Estado alemán con motivo de la guerra sudafricana, cuando tan abiertas y explícitas fueron las manifestaciones realizadas á raíz del *raid Jammenson* en el territorio del Transvaal, asienta una mancomunidad de miras anglo-germanas hacia el sitio donde los sucesos se desarrollan, mancomunidad no platónica, y en la que no cabe otra significación que la basada en el terreno de las compensaciones.

No sostiene Inglaterra una campaña que tan hondas perturbaciones le causa y tantos sacrificios le cuesta para compensar eiertamente á sus costas la benevolencia germana una vez haya obtenido el resultado. Sojuzgada la región de las

minas y borradas del mapa las dos pequeñas repúblicas sud-africanas, asunto casi resuelto á pesar del tesón y bravura con que luchan éstas, se despejará la incógnita de la franca benevolencia alemana, no siendo aventurado suponer que Portugal, colocado entre dos colosos unidos por el sentimiento de la codicia, oficie de *cabeza de turco*. Mozambique, lindando con el protectorado que los alemanes ejercen en Zanzíbar, quizás esté llamado á realizar el bello ideal que aquéllos acarician, con la fundación de un nuevo Estado alemán al Sur de África. Lorenzo Márquez con Delagoa podrían completar el proyecto de Chamberlain y Cecil Rhodes, y la crudeza de estos procedimientos cubierta podría ser con el manto de las indemnizaciones pecuniarias y esperanzas más ó menos remotas de expansiones en la península donde se asienta la metrópoli.

Presiden en la política portuguesa con respecto á España recelos y suspicacias contrarias al bien de ambas: frutos amargos le esperan de su unión con Inglaterra, y convencidos estamos de que el genuino sentir del pueblo luso es contrario á este contubernio.

Considerada España ante la faz del mundo sajón como nación enterrada ó moribunda, esto es, la China de Europa, sólo en virtud de un supremo esfuerzo, esfuerzo superior, sin morbosidad alguna de género epiléptico ó convulsivo, puede apartar de sí el porvenir preñado de negros nubarrones que sobre ella se cierne como solución de continuidad al calvario de sus desventuras. No agotó el cáliz de su amargura con las mutilaciones sufridas; otras tiene en perspectiva si no varía el molde ó patrón de sus procedimientos.

Sólo como mito ó pura ficción podemos admitir, dado nuestro actual estado, las aspiraciones más ó menos expansionistas que sobre Marruecos alimenten algunos ilusos. Inglaterra, al paralizar la acción de nuestras armas en la guerra del 60, nos obliga á aceptar la paz de Wad-Ras; paz raquítica que, aparte de una indemnización, raquítica también, y de una concesión pesquera en un sitio de su costa del Atlántico que resultó efímera por no haberla aún podido determinar nuestros sabios y geógrafos, ninguna ventaja positiva reportó

á España; la interposición del *veto* inglés á nuestras legítimas expansiones en África hizo inútiles los sacrificios que el país se impuso, convirtiendo en guerra de lujo y anodina la derivada del sentimiento nacional, cuyos puntos de mira datan de la época del Gran Cisneros. Francia, dueña de Túnez y la Argelia, y en la que no pesa como en nosotros la influencia británica, sin duda por los grandes elementos con que cuenta para hacer que se respete su libertad de acción, persiste en su labor lenta pero constante minando el fronterizo imperio, la esfera de sus trabajos encaminados hoy por hoy á la región del Sahara marroquí, en el que ha logrado consolidar recientemente considerables ventajas ocupando á Igli é In-Salah, territorios ricos en oasis que le aseguran el camino á Tumbuctu, y puerta abierta á los fértiles valles de Taflete, con cuyo dominio pone á cubierto además la prolongación del camino de hierro de Djenien-Bon-Rezg hasta el Touat, en donde se encuentra ya como radicada y en casa propia la bandera tricolor de la república. Esta cinta de hierro que circunda hacia el Sur y el Oeste el territorio del Moghreb ha cercenado casi radicalmente la efectiva influencia que ejercía el Sultán sobre vastos dominios sujetos hasta hace poco á la órbita de su vasallaje. La política de marcada intrusión que sigue Francia hacia esta parte del África es anuncio de que no se contentará con las ventajas obtenidas al presente.

Descartados los intereses de España en Marruecos, que con ser éstos considerables, para nada pesan en la actualidad en la por ahora mansa lucha entablada entre las dos naciones rivales Francia é Inglaterra, no pierde de vista la segunda el afirmarse en el Estrecho con más solidez de la que le garantiza la sola posesión de Gibraltar, con ofrecérsela ésta sobrada. Tánger, en la costa africana, consolidaría en dominación efectiva la nominal que á medias ejerce en el imperio, y complementaría con Gibraltar la malla por entre cuyos apretados hilos aprisionado quedaría el resto de influencia que tratara de hacer valer sobre el Mediterráneo cualquiera otra nación que no fuera ella; su puerto, admirablemente situado, podría abarcar el doble objetivo de guerra y comercial, con el acaparamiento total del de esta región, y con la no pequeña ven-

taja de poder establecer grandes y seguros depósitos á pocas horas de Gibraltar, que proveyeran á sus subsistencias caso de que contingencias internacionales la aislara de sus vecinos. Para el fin que Inglaterra persigue podría ser Ceuta lo mismo que Tánger el punto de costa africano propio para que en sus manos quedara el dominio del Estrecho, plaza que, á pesar de sus fortificaciones, aislada como se halla de la madre patria, sin que de ella pueda recibir savia alguna que repercuta en la prolongación de su defensa, caso que ésta se hiciera necesaria, sucumbiría indefectiblemente, quedando reducido á sólo cuestión de tiempo el cambio de dominación y de bandera. En estas ó en las otras condiciones, imperando en el mar por la fuerza de sus escuadras y con recursos sobrados, se evidenciaría el caso de quedar convertido en lago tributario de los mercaderes de la Cité de Londres ó afluente del Támesis un mar que por sus históricos antecedentes, concurrencia sin rival, pueblos que baña y camino obligado por ser lazo de unión entre dos continentes, con razón se le considera como la principal vértebra del comercio del mundo. Por lo que á nuestro país atañe, con ser quizás el más directamente interesado, constante peligro revelaría para nuestro litoral del Sur la amenaza que la formación de otros Gibraltares implicaría para su existencia nacional y soberana, los que, aparte de su reconocido é intrínseco valor militar y estratégico con que los señalamos, serían otras tantas guaridas de detentadores de nuestra hacienda, que actuarían descaradamente, como hoy sucede con los del Peñón, de verdugos del fisco y de nuestro comercio de buena fe. La incomunicación del litoral atlántico francés con sus costas mediterráneas, que aparejado traería este estado de hechos, es por el presente débil garantía que redundaba en pro de nuestra relativa seguridad; pero fundada ésta en la conveniencia de otras entidades y no en las propias fuerzas, ¡cuán frágil resulta, cuán poco homogénea es su consistencia, y, sobre todo, cuánta humillación revela! No es menos seguro que el asiento del zapato inglés sobre cabo Espartel sería vivo aguijón para que Francia apresurara la construcción de su canal del Mediodía, con objeto de neutralizar sus efectos; pero así y todo, si bien

en el orden militar resolvería el problema de trasladar sus escuadras de un mar á otro, absteniéndose del hoy camino obligado del Estrecho, ¿qué contratiempo no sería para el comercio los dispendios que esta clase de navegación representa? Los canales de Kiel y de Corinto, muestra fehaciente de esta clase de trabajos verificados en los últimos años, nos dan la pauta del poco resultado obtenido con la navegación mercantil, en razón á la altura de sus tarifas, necesarias, por otra parte, á su sostenimiento, viniendo, por consiguiente, á concluir su cometido en el de vías marítimas militares exclusivamente. La ocupación de Tánger por Inglaterra tendría que ser consecuencia de una derivación en los acontecimientos internacionales llegados al máximum de tensión, no concretándose únicamente á Francia y España los perjuicios que resultarían de esta determinante; directamente interesada está Italia, su aliada del Mediterráneo por el presente, y Rusia, su rival de siempre en todas partes, las que, por sus propios intereses, no pueden suscribir voto de pasividad hacia una cuestión que lleva en sí el usufructo de las dos únicas válvulas del mar en que se asientan, que implicaría desde luego un tácito reconocimiento de su inferioridad como naciones en caso de avenencia, y una supeditación á la bandera británica para el comercio de ambas y libertad de acción.

No encierra menos peligros para España la situación del archipiélago canario, punto de escala obligado, que interrumpe la solución de continuidad entre el imperio inglés sudafricano y su metrópoli la Gran Bretaña; joya que, merced á nuestra proverbial incuria, permanece desde tiempo inmemorial en la más completa desnudez de elementos resistentes, siquiera para contrarrestar un golpe de mano momentáneo. Si necesidades derivadas de su expansión territorial avivaron en Inglaterra el deseo de su posesión, ésta se le ha hecho casi necesaria, mirándolo siempre desde el punto de enlace de sus intereses, en contraposición en este caso con los nuestros, con motivo de su campaña africana, y acrecentándose, por consiguiente, el peligro para nuestra patria. El derecho internacional, fuente fecunda y repleto arsenal de toda iniquidad y embuste, é ideado para el exclusivo uso y aprovechamien-

to de las potencias poderosas, encontraría, á no dudarlo, argucias que dieran visos de legalidad al despojo, sacando á relucir, por ejemplo, la importancia de los intereses británicos radicados en el archipiélago, el considerable movimiento mercantil inglés que frecuenta sus puertos, ó quizás tal vez como *compensación á cláusula incumplida de algún tratado que desentrañarían*; por lo demás, aunque España enterrara millones para hacer de ellas un Kronstad ó Sebastopol, poco les preocuparía y de poco servirían, como de nada sirvieron las vírgenes fortificaciones de la Habana ante la amenaza de acercarse á las indefensas costas peninsulares la división naval de Watson, eventualidad que por sí sola bastó para que quedaran abiertos y entregados los puertos todos de la Gran Antilla.

No tienen sólo capital importancia las Canarias por ser punto de escala obligado á los buques que directamente vayan de las costas británicas á la colonia del Cabo, sino que sus benignas estaciones se prestan á la aclimatación de tropas que luego tuvieran que operar ó ser transportadas á parajes de más elevadas temperaturas, pudiendo constituir sus puertos, por otra parte, centro de grandes depósitos, que irradiaran desde ellos á todo el continente africano sujeto á la bandera de las espas. Como situación propia precisa conceder que la tiene inmejorable, por la influencia efectiva que desde él puede ejercerse sobre el Sahara y Sur de Marruecos, en los que sólo existe hoy la sombra del Sultán; territorios que bajo una acción fuerte y duradera girarían al compás de la política que se les imprimiera, y, finalmente, como remate, demuéstrese el valor de las que los antiguos conocían bajo el nombre de islas Afortunadas el cada vez más creciente número de buques que tocan en su principal puerto de Las Palmas, número que por sí solo representa el 20 por 100 del movimiento mercantil de toda la Península, y el que por días va en progresión ascendente entre los dos continentes de Europa y América, que le asegura en el orden estratégico-comercial una primacía como la tienen pocos puntos del globo.

Exuberantes en productos naturales nuestras provincias del Noroeste, las rías en ellas enclavadas bastarían por sí solas

para asegurarles un puesto prominente en la riqueza total de nuestro suelo, si los elementos de trabajo, comunicaciones y natural protección coadyuvaran á tan brillante realidad; infortunadamente, el sello de la incuria y apatía es el que imprime su marcada decadencia, y, como cortejo, la pobreza y emigración desoladora que en grandes masas enriquece á otros países más afortunados; tal estado de atraso y abandono pudiera influir poderosamente para que fructificaran (y valga esto sólo como hipótesis) semillas de indiferencia ó desafecto hacia el conjunto de la patria, que evidentemente no tratarían de contrarrestar las misiones y escuelas protestantes allí radicadas, vanguardia obligada, lo mismo en África y Europa que en Asia ú Oceanía, de los llamados intereses británicos, cuyo calor irradia con más fuerza á medida que el tiempo los convence de la impunidad de su propaganda.

Entre las magníficas rías con que la naturaleza ha dotado á estas provincias españolas, existe una que por sus condiciones de esplendidez ha merecido la predilección de la marina británica, por cuanto la ha tomado como centro de los ejercicios y evoluciones de sus escuadras; nos referimos á la ría de Arosa, brazo de mar embutido en la región gallega, con una extensión no menor de 15 millas, fluctuando entre 3 y 8 su anchura, con sobrado braceaje para los buques de mayor calado, é inmejorables condiciones de abrigo y surgidero, como lo patentiza la visita anual y á veces repetida de la escuadra inglesa del Canal; prosiguiendo en el terreno de las hipótesis, este sitio es *in mente* considerado como el más á propósito para el establecimiento de una estación carbonera que sirviera de punto de escala á los ya repetidamente consabidos intereses británicos que, además de facilitarles eficaz ayuda en la parte comercial, doblemente eficaz sería su apoyo en la militar como puerto de refugio y de primer orden; á la seguridad de una terminante negativa de España si llegara á concretarse parecida petición, y conste que seguimos fantaseando en el mismo terreno hipotético de antes, débese seguramente el no haberse formulado; pero la diplomacia con sus secretos tratados da lugar á tantas sorpresas, que si pudieran aquéllos investigarse, es posible que algo y aun algunos quizás se encon-

trara relacionado con este asunto. El último de esta clase celebrado entre Portugal é Inglaterra contiene cláusulas que por lo graves están vedadas á la publicidad; y ¡oh casualidad! coincidió aquél con la aparición casi simultánea en el primero de dichos reinos de un libro ó folleto, si no oficial, con apariencias al menos de oficioso, en que trataba con inaudita frescura y desenfado el tema sobre la vindicación para nuestros vecinos de sus colindantes provincias del Norte, nuestra región gallega. ¿Pecaríamos de perspicaces al suponer que la ría de Arosa fuera parte del precio estipulado á la ayuda inglesa para la ridícula vindicación que en el aludido folleto se pretende? Bien vale París una misa, decía Enrique de Bearn al entronizarse en Francia; gustoso accedería Portugal á la cesión de una ría, aunque fuera la de Arosa, si ésta le valiera una región. No porque demuestre sobra de jactancia y propenso por lo tanto á desengaños el disponer de la piel del oso ó del león antes de cazarlo debe descuidarse España; que no sean los optimismos de siempre los que informen nuestra política actual; la preparación en todos casos representa la mitad de la victoria.

Fueron en todo tiempo las Baleares objeto de la codicia extranjera, y la isla de Menorca entre ellas por la hermosa situación militar que determina el puerto donde se asienta su capital. *Junio, Julio, Agosto, Mahón y Cartagena* según los prácticos y marinos levantinos, son los mejores y más seguros puertos del Mediterráneo, y este adagio marítimo popular explica mejor que un volumen las excepcionales condiciones que reúnen la plaza y puerto de Mahón y su capital importancia para España. Desde hace medio siglo proyéctanse en el citado puerto obras de defensa en grande escala, que hay que deshacer ó reformar por lo anticuadas al llegar al término de su ejecución, absorbiendo cuantiosos capitales y un tiempo precioso, en la atención que sobre el particular no debería un instante decrecer, la revisión de proyectos y anteproyectos, informes técnicos y administrativos, pareceres de diversas Juntas, agotamiento de créditos consignados y demás fárrago burocrático encarnado en nuestro peculiar modo de ser. Francia en Bizerta, Italia en Cerdeña, Rusia en Port-Arthur, Alema-

nia en Kiel, y hasta Turquía en Galípoli, poco habrían adelantado en la confección de puertos militares si los procedimientos adoptados para llegar al fin que propendían hubiesen sido calcados de los nuestros.

Aficionados y crédulos los españoles á las consejas hiperbólicas que halagan su vanidad y amor propio, olvidan y acaso ignoran no pocos una porción de desdichas históricas casi contemporáneas que no deberían caer de la memoria, siquiera fuese para hallar remedio que evitara su repetición. La isla de Menorca, ocupada por los ingleses en 1708 durante nuestra guerra de Sucesión, la retuvieron en su poder hasta el año 1756, que pasó á poder de los franceses mandados por el Mariscal de Richelieu, y reintegrada á los ingleses al firmarse la paz entre ambas naciones; en 1782 la reconquistaron españoles y franceses reunidos, á las órdenes del Duque de Crillon, cayendo otra vez en poder de Inglaterra en 1798, que devolvió á España en 1802, en virtud del tratado de Amiens; con relativa seguridad la conserva nuestra patria desde aquella fecha, y digo relativa, porque no hay que echar en olvido que durante la menor edad de D^a Isabel II, en período de plena turbulencia y gobernando España en calidad de regente el General Espartero, y en Francia Luis Felipe de Orleans, un conato sobre las Baleares por parte de los franceses puso en peligro allí nuestro dominio, salvándonos una vez más, no el respeto que infundía nuestra nación, sino la bélica actitud de Inglaterra, dispuesta á no tolerarlo; por lo demás, y como se demuestra, fecundas en luchas han sido las aguas y tierras de esta isla, y corrobora su alta estima y validez el tenaz empeño que han demostrado unas veces Inglaterra y otras Francia en adquirir su dominio y posesión, empeño neutralizado hasta ahora por el poder de ambas, que han preferido y prefieren verla permanecer bajo la soberanía de España á no en manos de su rival; á estos celos y rivalidades entre dos naciones, á este mal llamado equilibrio del Mediterráneo se debe, repetimos, el que aún permanezca siendo española la isla de Menorca, y aun las Baleares, y no á nuestro valer ante la internacional política, por lo poco que en ella representamos.

Merced á un equilibrio parecido se mantiene Constantino-
pla en poder de sus actuales poseedores.

No nos cansaremos de poner de relieve las inmejorables condiciones estratégicas del puerto de Mahón, vértice de los dos catetos del triángulo rectángulo Tolón-Mahón-Bizerta y en la medianía de la ruta directa entre Marsella y Argel. Esta isla, en poder de Inglaterra, cortaba, cual en otro nudo gordiano, las comunicaciones entre Francia y sus provincias de Africa el día de un conflicto, anulando su mutua protección, con la ventaja de poder operar indistintamente sobre una ú otra costa con sus escuadras, engrandecidas éstas por la magnífica y segura base de operaciones que representaría la posesión de la isla, así como para Francia revestiría objetivo de primer orden, no sólo por las ventajas reseñadas anteriormente, sino por el contrapeso que significaría á la dominación inglesa del Estrecho creando otro semi-análogo entre la isla de Menorca y puerto militar de Bizerta, paso obligado para penetrar en el centro é interior mediterráneo, que le daría una incontestable ventaja en este mar.

Amenazada España por su propia debilidad, engendro de exteriores peligros, no considera que la gran muralla de que se ha rodeado es el punto principal de su flaqueza. Una política sin rumbo internacional es la mejor garantía del desastre, y á este funesto proceder á que la ha conducido la suicida política de aislamiento que como credo nacional ha imperado en este último siglo, debe la pérdida de sus colonias. ¡De no haber permanecido, cual otro dios Brahma, absorta en la contemplación de sí misma; de haber sacudido este quietismo enervante en política internacional, quietismo que ya por sí solo determina la muerte, soluciones hubiera hallado para resolver el conflicto sin mengua alguna de su prestigio y aun quizás salvando algunos jirones de su pasada soberanía! Turquía ha orillado recientemente el conflicto de Creta colocando á esta isla bajo el patronato de las grandes naciones de Europa, como hubieran podido quedar nuestras Antillas, añadiéndole además el de los Estados Unidos, con lo que habríamos conservado, como aquélla, los prestigios de la bandera allí enclavada. Prueba más patente de que tal modo

de obrar no implica desdoro ni rebajamiento nacional la tenemos en Suiza, que existe bajo el patronato y salvaguardia de las potencias en virtud del Congreso de Viena de 1815; la neutralización de Bélgica, acordada por las mismas en 1831; la del Luxemburgo en 1877 y la del Estado libre del Congo en 1895; y con estos ejemplos, que señalaban una perfecta orientación política, se lanzó ciega nuestra España hacia lo desconocido, determinando su caída.

No se nos oculta que para solicitar algo es necesario estar en condiciones de ofrecer, y que la España de hoy, quebrantada en los prestigios en que cifraba su mayor orgullo, huérfana de marina, que la gran masa inculta del país rechaza por su antítesis á todo lo que con él mar se relaciona (1), y sin el natural aliento que prestan á este organismo las brisas marinas, cuyo puro ambiente no llega al centro de la Nación, donde reside su cerebro; con un litoral abierto y adornado más bien que guarnecido de venerable material de artillería; abiertos al exterior los portillos de Gibraltar y Portugal y con sus sempiternas luchas y disidencias refractarias á toda concepción noble y elevada, España, la que un tiempo fué señora de dos mundos, nada puede ofrecer hoy por hoy que sirva de compensación á una alianza. Decídase á variar el molde de sus procedimientos, restañe á fuerza de trabajo y seriedad sus heridas, aún abiertas, y la Nación, considerada moribunda, entrará de nuevo y por derecho propio en el concierto del mundo, del que la excluye hoy la debilidad interior y la humillante compasión de fuera. *Que Dios guíe á España por la buena senda.*

ARTURO LLOPIS,

Capitán de fragata.

San Sebastián y Mayo de 1900.

(1) Entre algunos, no pocos, escritores que ofician de conspicuos se ha sostenido en la prensa la inutilidad de rehacer nuestro poder naval, alegando entre otras razones que, por muchos que fueran los sacrificios que España hiciera con tal objeto, quedaría siempre en evidente inferioridad respecto á la Gran Bretaña. De herejía ilógica nos permitimos calificar la sustentación de esta tesis, pues por el mismo orden de ideas Italia y otras naciones deberían anular la suya, como así propio y disertando con la misma lógica, deberíamos suprimir nuestro ejército por ser éste menor que el de Francia, nuestra vecina, y ésta á su vez licenciar el suyo por hallarse en reconocida inferioridad con el de Alemania. ¡A qué aberraciones se presta nuestro intelectual desequilibrio!

LA EXPOSICIÓN POR FUERA

Sr. D. Rafael Álvarez Sereix.

Mi querido amigo: No se puede usted figurar que me haya muerto, ni siquiera que me encuentre enfermo, pues le habría llegado la noticia pronto, como todas las malas; tampoco ha de atribuir usted á pereza ú olvido mi silencio, conociendo mi actividad y mi tenaz recuerdo de las promesas; pero sin duda se ha preguntado usted la causa que hasta ahora me ha obligado á cerrar la boca y no decir palabra de la Exposición, aunque lleve ya mes y medio de inaugurada. Es que el Presidente de la República la declaró abierta no concluída, y no es otro el impedimento que me vedó visitarla más pronto; no me parecía posible ver, examinar y tomar notas con la preocupación de recibir encima de la mismísima cabeza, preciosa por ser única, alguna tabla de andamiada ó cuál brochazo de pintor distraído.

Hoy las cosas cambian; ya es dable pasear con toda tranquilidad, sin ir mirando á los suelos para evitar zanjas, agujeros, charcos y demás accidentes que tan peligrosa hacían cualquier excursión por la nueva villa que ha surgido á entrambas orillas del Sena. La rapidez de la ejecución es lo que primero sorprende y embebe el ánimo; los grandes palacios, el nuevo puente, concluídos en menos de tres años, cuando la edificación del teatro de la Ópera requirió veinte; más pasma todavía el esfuerzo, increíble por lo colosal, que todos los cuerpos de oficio han hecho en los últimos meses, y con más particularidad desde la apertura. De la noche á la mañana, y no es exageración en muchos casos, han brotado de la tierra, con la prontitud de los espárragos tras noche de lluvia, puentecillos, casillas, kioscos, cafés y aun pabellones de

mampostería que, por ligeritos que sean, su trabajo tienen.

Puede afirmarse que la Exposición está concluída, con más verdad y menos osadía que lo hizo el Sr. Millerand; y aun entiéndase, exteriormente, ya que es cuanto me importa, habiéndole prometido á usted una serie de artículos acerca de la Exposición por fuera; penetrar en su entraña no es de mi intento, y no sé si la instalación interior se ha completado.

El instante delicioso, encantador y práctico de ir á la Exposición y pasearse en ella comienza á las ocho y finaliza á las diez, cuando más las once. Se lo advierto á usted y al lector por si se les ocurre venir á verla; tiene más importancia de lo que parece. Para ver con fruición las cosas al aire libre se necesita espíritu sosegado, y en general se sale de la cama reposado y contento: no hace calor todavía, no abunda la gente ni sus codazos, pisotones y comentarios, que son los que más temo; el París matutino es mucho más grato que el del resto del día; todo es serenidad y dulzura, y no está el aire recalentado por los efluvios de trabajo, pena, lujuria y neurosismo que más tarde forma la atmósfera de esta ciudad, inmensa en todo. Los *bulevares*, los Campos Elíseos y la plaza de la Concordia, bañados en sol, tienen á esa hora particular seducción.

En esta plaza se encuentra la famosa puerta monumental de Binet, que ha hecho gastar ya más botellas de tinta que lámparas eléctricas posee, y las cuenta á miles, unos para criticarla, otros, y son los menos, para defenderla. No sé si por fuerza del hábito, pues por lo frecuente suelo andar con las minorías, lo mismo en arte que en política, si he de contarme, me sumo con los menos. El solo mal ha sido el adjetivo que la prensa y el público han dado en pegar al sustantivo puerta, porque monumental, no lo es con efecto, si se compara á los monumentos de la plaza. Fuera de eso, ni es fea arquitectónicamente, ni ofende la vista ni desagradada, y cuando llegada la noche se ilumina y aparece cuajada como de zafiros, rubíes, esmeraldas y topacios, es de efecto fantástico, ensoñador y, desde cualquier punto de vista, artístico.

Como su arquitecto es también un pintor excelente y ha conservado insistente recuerdo del arte árabe que estudió en España, nada tiene de extraño que haya querido aplicar á su puerta coloraciones brillantes; la tonalidad general, crema, azul y oro, es discreta y luminosa á la par, y aunque sólo sea como innovación moderna, debemos atenderla y aprobarla; si á cada paso nos quejamos de la rémora que las escuelas aportan al cerebro de los arquitectos, ¿por qué caer garrote en mano sobre quien trata de desprenderse de ellas? Favorecer las tentativas nuevas, sean cuales fueren, ¿no es abrir al arte nuevos y fecundos horizontes?

No he de describir con detalle ninguna construcción, pues todas ellas son ya conocidas, popularizadas por el grabado ó la fotografía. Señalaré buenamente, de paso, «la frisa del trabajo», de Mr. Guillot, que merece conservarse. En cuanto á la traída y llevada parisiense de Mr. Moreau-Vauthier, que sirve de remate á la puerta Binet, no me chocaría ni poco ni mucho su traje actual, y se comprende por lo que acabo de decir, si la estatua tuviese más vida, si oliese menos al maniquí que sirvió de modelo, si fuese más bonita, más verdad. La característica de la parisiense es la esbeltez, la soltura y la gracia de todo el cuerpo, y aquí no veo más que rigidez, dureza y tiesura, sin que exista la majestad que el escultor ha querido dar á su obra.

Recordando la parte utilitaria, Mr. Binet debía construir una puerta que pudiese dar entrada á miles de personas por hora (son 40.000) sin angosturas ni estrujones, y lo ha conseguido con la disposición ingeniosa de sus 36 postigos—si este vocablo sirve para traducir el francés *guichets*—en hemiciclo relativamente reducido, que corta en su centro ligera verja dorada con los escudos en color de todas las provincias francesas y sirve de entrada á las comitivas oficiales.

No sigo el jardín al que da la puerta y adornan numerosas estatuas, para entrar en la Exposición por la nueva avenida de Nicolás II. Tras de sencillo y elegante encañado de hierro tenemos á la vista lo más admirable de la Exposición: á la derecha el Gran Palacio, el pequeño á la izquierda, más allá el Puente Alejandro, más lejos aún, siempre en línea rec-

ta, las galerías nacionales y extranjeras de la explanada, y en el fondo, cerrando el paisaje con la cúpula de oro que tanta gloria militar abriga, los Inválidos. Todo esto es grandioso é inolvidable por la majestad de los monumentos, por la hermosura arquitectural, por la anchura prodigiosa de avenida y puente, por el vastísimo trozo de cielo que lo cubre. Se experimenta pueril orgullo, como si fuera aquella obra propia, por ser hombres quienes lo concibieron y ejecutaron; tan luego se abandona se desea volver á contemplarlo y no se decide el ánimo á dejarlo sin estudiarlo todo. Punto nada fácil en una primera visita, por las muchas bellezas que solicitan la atención á un tiempo.

Le sucede al Gran Palacio lo mismo que al Louvre y á ciertas antiguas moradas señoriales á las que de generación en generación íbanse añadiendo tal ala por aquí, cual galería por acullá, ateniéndose al gusto dominante de la época, puesto que en él hallamos el Románico castizo, el Renacimiento, el estilo Luis XIII y el Luis XIV. Para explicar esta anomalía conviene decir que, habiendo obtenido los tres arquitectos premiados en el certamen que se celebró para la edificación de este palacio iguales recompensas, se dispuso que se concertaran y ejecutasen en uno sólo lo mejor de cada plano. La fachada principal es de Mr. Deglane, la de la avenida de Autín se debe á Mr. Thomas y la junción simétrica de estos dos cuerpos de distintos órdenes representa la parte de Mr. Louvet.

El conjunto es perfecto y merecen cumplidos elogios los tres constructores por haber realizado, cada uno en el estilo que adoptó, y respetando el de los otros, cuanto se podía desear.

La fachada de Deglane, la que más ve la gente por dar á la avenida de Nicolás II, es imponente y majestuosa. Comprende lo más notable, lo realmente hermoso de esta vastísima fábrica que cubre 40.000 metros, y es la soberbia columnata que corta en su centro ancho y gigantesco peristilo con tres entradas. Por la armonía de sus proporciones, la sobriedad de su ornamentación y su robusta ligereza pueden competir estas columnas con las más alabadas de su género.

Lo mismo éste que el otro palacio no tienen aún la patina que necesita la piedra para ser bella y encantadora; están aún demasiado blancos, y sin llegar á la crudeza del campo-santo de Génova con sus recientes estatuas, hiere un tanto esta blancura. Ya se encargarán los años con su polvo y sus intemperies de completar la obra humana, dando á cada detalle su valor propio.

Una sola nota discrepante será siempre la techumbre de cristales que cubre las naves interiores del edificio; no desconozco su mérito intrínseco; es de inaudito atrevimiento y no son pocas las dificultades vencidas, ya que en ciertos puntos se han colocado hojas de vidrio curvo de 3,40 metros de longitud por un metro de anchura y un centímetro de espesor; pero su aspecto por fuera produce malísimo efecto. Algo podría corregirse y aminorarse dorando las aristas, mas siempre será de sentir que Mr. Deglane no haya dado con el modo de ocultar esa enorme montera de cristales.

Muchas son las estatuas que concurren á la exornación del palacio, y si ninguna es mala, tampoco posee ninguna ese algo peculiar que hace vibrar los nervios del artista y le rinde á la admiración y al entusiasmo, como pasa con la frisa de la fachada opuesta, «la historia del arte al través de las edades». Ejecutada en greda cerámica policroma por la manufactura de Sevres, mediante los cartones de José Blanc y Barrias, produce la divina emoción que procura la belleza. No pasa mucha gente por aquella parte, no serán muchos los admiradores de esta verdadera obra maestra, pero los inteligentes la contemplarán con espacio y conservarán de ella imperecedero recuerdo.

No se crea, empero, que es la masa del público tan zafia é ignorante como suele suponerse; tenemos la prueba de lo contrario en la marcada predilección con que mira, desde un principio, el palacio pequeño, el que llaman más á menudo el Palacio Girault, del nombre de su arquitecto, y será justicia que le quede y se diga «el Palacio Girault», como «la cúpula de Mausard»; y no es mucho recordar nombre tan grande al hablar de esta inestimable joya, que, junto con el sufragio popular, obtendrá el de los artistas.

Nunca oculté mi gusto por el modernismo arquitectural, mis aficiones al hierro y al acero, que no ha rendido aún cuanto dar puede, á mi juicio; pero estas opiniones no me ciegan y apruebo á Mr. Girault por haber escogido para el caso presente la más clásica de las materias, la piedra, el estilo clásico por excelencia, el griego, y en éste el orden jónico, el más puro de todos, para su graciosa columnata. Como triunfó sólo en el certamen y únicamente se le impusieron modificaciones sin importancia, tiene su palacio la unidad de concepción y ejecución que le falta á su vecino de enfrente, y toda la parte escultural, que es grande y notable, está ideada para el efecto arquitectónico, lleno de elevación y elegancia, de gracia y majestad, tan hermoso en su conjunto y en sus detalles, que tal vez sea tenido, en lo venidero, por la obra más considerable y bella de la arquitectura francesa en nuestro siglo. No escatimo los elogios al arquitecto, y nunca serán bastantes para pagarle el encanto que su obra magistral vierte en el ánimo.

Ancho pórtico de frontón triangular, que corona un grupo monumental de Injalbert, ocupa el centro de la fachada; desde su verja de hierro fundido, dorado á trozos, se descubre el vestíbulo, cuyas paredes revisten por completo mármoles violados con zócalo de mármol amarillo, y más allá el patio interior con columnas de mármol rojo obscuro, en semicírculo. Á cada lado de esta entrada se elevan por encima del basamento diez y seis columnas, con estatuas entre los intercolumnios. Siete vanos inmensos abren en las fachadas laterales, que se unen á los pabellones circulares de ambos extremos. En lo alto, coronando el ático, ligera balaustrada corre á lo largo del techo, disimulándolo. Las tres cúpulas, doradas con sobriedad, son esbeltas y gallardas.

Tal es el conjunto abarcado de una mirada. La minuciosa descripción sería para mí tan agradable, que suma fuerza debo hacerme para no emprenderla, recordando que me ha pedido usted una reseña general y sucinta, en la que más abunden mis impresiones que la enunciación técnica de lo que vaya viendo. Y mi impresión expuesta queda. De cuantas

maravillas hay en la Exposición, y no faltan, ésta es la más peregrina, añadiendo que el espacio, bastante reducido, de 7.000 metros y la forma trapezoide no dejaban presagiar el ventajoso partido que ha sacado el arquitecto para la edificación de su fábrica.

Como niño que, entre muchos juguetes de su gusto, va del uno al otro con igual ansia y júbilo, así me encamino hacia el Puente Alejandro, que atrae, desde la entrada, con singular potencia por su desusada anchura, por la inmensidad luminosa del cielo, por el agua que sabemos corre bajo su arco único; de osadía tan gigantesca como lo era, en la Exposición del 89, la Galería de Máquinas, pues mide más de 100 metros de apertura. Notaré, como justificación de lo que he dicho, del hierro y del acero, que el empleo de este metal, usado ahora por vez primera en la construcción de un puente, es lo que ha permitido descender el tablero de modo que, sin perjudicar á la navegación, deje intacta la magnífica perspectiva de los Inválidos. También apuntaré los nombres de los ingenieros que á tal innovación se han atrevido: Mrs. Resal y Alby.

Soberbio es el puente, rica, aunque tal vez un tanto excesiva, la decoración y la parte escultural, entre la que se destacan por cima de toda alabanza los nerviosos leones de Gardé; pero más soberbia es aún la vista que desde el puente se goza. Á la izquierda la portentosa calle de las Naciones, que vale un artículo ella sola, la calle de París á la derecha, en el fondo la torre de 300 metros, el Trocadero, los centenares de edificios que han creado allí otra ciudad. Horas enteras permanecería allí el artista, sin saciarse, de no estar tan acompañado y distraído á su pesar á cada paso por los otros visitantes.

Y se quedaría horas con tanto mayor motivo cuanto que el espíritu va á decaer ahora, de golpe y porrazo, al entrar en la Explanada. Los palacios de las Manufacturas nacionales, que forman dos alas, dejando entre ellos avenida central, son de hierro interiormente, y es natural, pues, como llamados á la destrucción inmediata, tan luego cierre la Exposición sus puertas, nada más á propósito que ese metal. Pero,

en vez de pedir al hierro sólo los motivos de decoración, los arquitectos han recurrido al yeso, más crudo y desapacible aún en su blancura que la piedra, y al horrible «staff», que me apesta como toda mentira, pues es la falsedad arquitectónica por excelencia. Con el hierro, las lozas cerámicas y los vidrios de colores, un artista genial hubiese edificado estos palacios con igual ligereza, con coste igual y más belleza artística. No ha salido en este caso el hombre esperado, y es gran lástima.

En verdad, tal vez sea yo sobrado difícil, pues la gente suele deleitarse con esta arquitectura, que á mí se me antoja digna de un confitero. Afortunadamente tenemos delante la insuperable cúpula de Mausard, y al mediar el camino, la manufactura de Sevres ha levantado una fuente que nos reconcilia con lo demás por su armonía de tonos, su elegante dibujo, la gracia de sus figuras. Con su impresión me quedo en esta primera visita, y me apresuro á irme para no salir con otra triste y desabrida, volviendo al yeso y al «staff».

Injusto sería, sin embargo, cerrar esta primera carta olvidando la obra de los jardineros franceses, que á todo el largo de la avenida de Nicolás II, á los lados del puente y en las orillas del Sena, han puesto una serie de jardines con la maestría que de antiguo los caracteriza.

Y estrechándole á usted la mano y suplicándole dispense mi torpeza si con tanta hermosura no supe interesarlo, quedo su devoto y atento amigo que le aprecia,

L. GARCÍA-RAMÓN.

París 26 de Mayo de 1900.

ALGO DEL ECLIPSE DE 28 DE MAYO DE 1900

Entiendo deber ineludible la publicación de cuantas observaciones científicas se hayan realizado durante el grandioso fenómeno de que se trata; todas ellas, compiladas por quien debe, y seguramente que nuestros Observatorios de Madrid y de San Fernando lo harán, han de contribuir á la formación del cuerpo de doctrina resultante de cuanto se ha visto y observado. Por ello, considerando que, así como se dice que no hay libro malo que no tenga algo bueno, no habrá observador, por poco hábil que haya sido, que no pueda proporcionar algún dato utilizable, me lanzo á escribir mis observaciones, por insignificantes que las crea, con tanto mayor motivo cuanto que han sido las únicas hechas sobre base científica en Aspe, localidad poco conocida de la provincia de Alicante á pesar de ser población culta y rica, desde la que el eclipse ha podido ser admirablemente estudiado.

Asienta Aspe sobre las suaves ondulaciones en que concluye hacia el N. la sierra de Crevillente, hallándose por término medio á unos 240 metros sobre el nivel del Mediterráneo, dominando la fértil vega en que también se hallan Novelda y Monforte, á pocos kilómetros de ambas poblaciones, á la misma latitud casi que Elche y á unos 12 kilómetros al O. del mismo, separándolos una serie de abruptos montecillos, por entre los que serpentea la carretera que une á ambas poblaciones.

Dedicado yo en mi cátedra á las ciencias naturales, parecióme más lógico mirar al suelo que al cielo durante el eclipse; allí estaba mi modesta función, y fuera por otra parte insigne osadía preguntarles nada á los astros tan cerca de Elche, donde tenían tantas sabias interrogaciones contra ellos asestadas. Hube, pues, de limitarme á observar los principa-

les efectos que el grandioso fenómeno celeste ocasionara sobre animales, plantas y personas, eligiendo á Aspe por su propia cercanía al mar, por ser tierra de huerta y por brindarme hospitalidad, cariñosa compañía y eficaz auxilio como observador mi tan ilustrado como modesto compañero el catedrático de latín y castellano del Instituto de Valencia, don Vicente Calatayud, que allí tiene su casa natal.

El sitio para nuestra modesta labor fué una casa de campo, «La Nía», propiedad de D. Vicente Bonmatí, á quien somos deudores de todo género de facilidades, prueba de su amabilidad y sobre todo de su cultura. Desde aquella dominábamos la vega en dirección NO. á SE., ó sea la en que había de venir la invasión de la sombra.

Preparados los elementos para la observación, hé aquí los resultados que de ella obtuvimos:

Barómetro y termómetro.

Hora de Madrid.	Temperaturas.		Presiones.	Viento.
2h. 23 ^{m.}	21. ^o	b.	744	Calma.
2 43	22	»	744	»
2 53	22,50	»	744	»
3 3	22	»	744	»
3 13	22	»	743,75	»
3 23	20,50	»	743,75	»
3 33	20	»	743,65	»
3 43	19,75	»	743,50	Semueye brisa O
3 51	19	»	743,25	} Sigue y se acentúa más.
3 57	18	»	743,25	
4 3	17,50	»	} Continúa invariable la presión.	} Cambia la brisa al E. brusca-mente, suave al principio, más fuerte después, comenzando á ceder al fin de la observación.
4 13	18	»		
4 23	18	»		
4 33	18,50	»		
4 43	18,50	»		
4 53	18,50	»	743	
5 3	18,50	»	743	
5 10	19	»	743	

Efectos sobre los animales.

Pava con pollos de gallina:

Á las 3,34 la pava dió señales de inquietud mirando repetidamente al cielo llamando á los pollos y yendo con ellos á

cobijarse primero junto á una pared, más tarde al corral, donde en un rincón los incitó y casi obligó á meterse bajo su cuerpo y alas, á pesar de no caber ya por su número y tamaño que alcanzaban.

Gallo y gallinas:

Bastante indiferentes al fenómeno en los comienzos de éste, recogieronse, sin embargo, á las 3,47, no sin antes comer ávidamente y de prisa. Á las cuatro canta el gallo y pocos minutos después se estiran y desperezan el sultán y sus odaliscas y salen de nuevo al campo á pasear su garbo.

Golondrinas:

Una pareja tenía su nido en un granero, cuya ventana daba sobre nuestras cabezas. Durante todo el eclipse estuvieron entrando y saliendo, salvo de las 3,50 á las 4 y 5 en que permanecieron dentro de su colgado hogar.

Filguero enjaulado:

Al ir obscureciendo comió también con abundancia, lanzó su melodioso canto, con mucha fuerza, por cierto, y se acostó tranquilamente poco antes de la totalidad; restablecida la luz, apareció como aturdido é inquieto, sin cantar.

Pájaros de la huerta:

Indudablemente creyeron que venía la noche, porque se congregaron en los árboles por grupos entonando sus habituales y alegres pitorreos vespertinos, callando á la hora de la sombra total y dispersándose lentamente y silenciosos después de restablecerse en mucho la luz.

Palomas:

Fueron las más prontas para encerrarse y acostarse y las más tardías para volver á la normalidad. Á las 3,40 ya se habían recogido. Hasta más de las 4,15 no reanudaron sus revuelos.

Murciélagos:

Se les vió revolotear mientras hubo poca luz.

Perros:

No manifestaron impresión alguna por el fenómeno los dos mastines que se hallaban atados á dos árboles en la cercana huerta.

Hormigas:

En varios hormigueros próximos tenían estas trabajadoras

infatigables á sus larvas expuestas al radiante sol que hacía; cerca de la totalidad ya, las recogieron y escondieron con grande apresuramiento. Las reatas que para su trabajo forman las hormigas, ó se recogieron en sus hormigueros, ó se dispersaron los individuos que las constituían, guareciéndose bajo las yerbas.

Efectos sobre las plantas:

En la huerta pudimos observar varios pies de judías, tomateras y patatas.

Las primeras presentaron el notable fenómeno, frecuente en ellas durante la noche, de, teniendo en pleno sol las hojas con los peciolos erguidos y los foliolos presentados de canto hacia el astro rey, colocarlas durante la sombra y algo después aún con los peciolos inclinados hacia la tierra y los foliolos en posición natural, hacia el sol.

Las tomateras no dieron señal alguna observable, tal vez por estar plantadas y regadas de reciente.

Las plantas de patata doblaron los limbos de sus hojas por el nervio medio hasta formar un ángulo de tal vez 60° , durante los minutos siguientes á la totalidad de la sombra: antes y después los tenían aplanados como de costumbre durante el día, y siempre estuvieron dirigidos hacia el sol.

En otras plantas herbáceas espontáneas pudo observarse los fenómenos habituales á los crepúsculos y entrada de la noche.

Efectos en las personas:

Ni voy á detallar los que la admiración y la novedad produjeran en los campesinos que nos rodeaban, ni voy á describir el pintoresco espectáculo que ofrecían los picos cercanos á nuestro sitio, cubiertos por racimos de curiosos, ni es mi pluma bastante dócil ó hábil para que aquí pueda consignarse el homenaje que de cuantos cerebros humanos había por allí surgió espontáneo y exuberante durante todo el curso del eclipse; pero sobre todo cuando el negrísimo disco lunar se veía rodeado por el nimbo argentino desigualmente radiante y magníficamente luminoso de la corona solar, destacada sobre un fondo azul sombrío y muy mate, en el que fulguraban algunas estrellas. Esto hubo de suceder en

todos lados donde el fenómeno se observara; esto lo han descrito muchísimo mejor otras plumas; esto lo hemos sentido cuantos el eclipse hemos visto.

Voy tan sólo á consignar que son muchos, de los que me rodeaban, los que nos dijeron que al llegar la sombra habían visto temblar la tierra, engañados por la ilusión óptica que les produjo el rápido pasar de las fajas alternativas de luz y de oscuridad que acompañaban al eclipse total. Este fenómeno merece consignación, porque revela lo visible y rápido del paso de tales fajas.

Queda mi granillo de arena lanzado: bárralo el viento de lo inútil, recójalo alguna mano hábil que lo una á materiales de mayor valía, siempre revelará la recta intención y el esfuerzo que para el cumplimiento de lo que entendía un deber profesional puso quien lo lanzara.

DR. EMILIO RIBERA,
Del Instituto de Valencia.

LA ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO ⁽¹⁾

IV

Estas últimas ideas del ilustre historiador de los reformadores y socialistas modernos, nos inducen á dedicar algunas consideraciones al concepto formado del trabajo por el Cristianismo en general y en particular por la Iglesia católica, acudiendo para ello á las opiniones de dos escritores pertenecientes á muy distintas escuelas, por traducirse en ellas las encontradas ideas que se sustentan, el Conde de Casal Ribeiro y Mr. Rouxel, tales como las emitieron, el primero en su estudio acerca de *Las cuestiones sociales y el ideal cristiano*, publicado en la *Revista de España*, y el segundo en el referente á *La Iglesia y el trabajo*, que vió la luz pública en Noviembre de 1898 en la *Revue Socialiste*, de París.

El Cristianismo, religión de amor, de caridad, de humildad, de fraternidad y de igualdad, inspirado en los más nobles y levantados sentimientos, brotando, por decirlo así, del pueblo, y al pueblo dirigiéndose en primer término, tanto que de entre los más humildes reclutó sus apóstoles y surgieron sus confesores, sus fervientes adeptos y sus mártires, no podía menos de consignar en sus doctrinas, máximas y preceptos que dignificasen el trabajo, elevando la condición del trabajador, colocándole al nivel de los señores y de los potentados y preparando su emancipación. El ejemplo del Salvador, nacido de un menestral pobrísimo, rodeado de discípulos cuya situación no era menos triste, predicando la ley bíblica que impuso al hombre el deber de ganarse el pan con el sudor de su rostro, y proclamando la dificultad

Véase la pág. 549 de este tomo.

de que el rico, por su egoísmo, llegase al reino de los cielos, cambió por completo el concepto que se tenía del trabajo y marcó al trabajador la senda que debía seguir para alcanzar el preeminente puesto que le corresponde en la sociedad. De las doctrinas evangélicas han sacado los socialistas consecuencias las más lógicas, pero que han sido rechazadas por muchos escritores, y en tales doctrinas han apoyado también los obreros sus reivindicaciones.

El Conde de Casal Ribeiro, que no ha mucho tiempo perdiera el vecino reino, al analizar las doctrinas del Cristianismo, se apartó de toda clase de exageraciones y buscó el apoyo de los apóstoles y doctores de la Iglesia, cuya autoridad no puede recusarse al determinar el concepto que ésta ha formado del trabajo. «Humilde y pobre escribía—Jesús fabrica instrumentos de labor en los intervalos de su propaganda, según testimonia San Justino. En la parábola del padre de familia convoca á los operarios á trabajar la viña y reprende á los ociosos, y luego atribuye recompensa á la diligencia. San Pablo, el apóstol infatigable, consagraba parte del tiempo á los artefactos en que se ocupaba antes de la conversión en el camino de Damasco; rehusaba estipendio por la predicación y ganaba por sus manos para sí y para la limosna. Procediendo de este modo autorizaba el rigor con que fustigaba la ociosidad en aquel hermoso aforismo: «Quoniam si quis non vult operari né mandacit»: Los otros apóstoles también trabajaban. Ante el ejemplo del Maestro y de los mismos apóstoles, los prelados y sacerdotes de la Iglesia primitiva acumulaban el trabajo manual á la predicación del Evangelio. San Basilio disculpábase de no haber escrito á San Eusebio porque sus secretarios estaban ocupados en los menesteres de que vivían. El trabajo, en sentir de San Juan Crisóstomo, no es solamente expiación del pecado, sino fuente de buenas obras. La condenación lanzada por el Antiguo Testamento transformóse: lo que era señal de culpa, tornóse en deber de caridad. San Ambrosio compara el homicida al que llena los graneros con el fruto de la labor de los mercenarios sin prestarles salario suficiente con que proveer á su subsistencia.»

Estas citas, tomadas de los apóstoles y á venerables miembros de la primitiva Iglesia cristiana, reunidas con verdadero acierto por el distinguido publicista portugués, ponen de relieve el elevadísimo concepto que á Jesús y á sus más esclarecidos discípulos mereció el trabajo, convertido en *deber de caridad*, demostrando asimismo cuán alta estimación les merecían aun las faenas más humildes, con el hecho de dedicarse á ellas para ganarse el sustento y poder socorrer á los necesitados, y el horror que les producía la ociosidad, sin exceptuar la de los ricos, á la que dirigían durísimas censuras, y demuestran igualmente que los socialistas cristianos, al proclamar el imperioso é ineludible deber del trabajo, sus excelencias y la necesidad para todos de cumplirlo, regularizarlo, basarlo en los principios de equidad y de justicia y atender y considerar á los que á él se dedican y de él viven, no han hecho ni hacen otra cosa que seguir el ejemplo del Maestro y de sus discípulos y llevar á la práctica, interpretándolas rectamente y dándolas la aplicación debida, las máximas y doctrinas evangélicas, tan conformes con las de la verdadera ciencia económica.

Pero el escritor mencionado, á quien, ciertamente, no se calificará ni de radical ni de socialista, no se limitó á transcribir las ideas de los padres y doctores de la Iglesia; entró en otro género de consideraciones, muy dignas de que hagamos mérito de ellas. «El mundo antiguo privaba al trabajador, al esclavo, del dominio de la tierra, hasta del dominio del propio trabajo. La tradición evangélica reconoció á todo hombre el *derecho al producto de su actividad*; el salario debía fijarse en razón de la capacidad productiva. «Unus cuique propriam mercedem accipiat secundum suum laborem» —decía San Pablo en la primera epístola á los corintios. «El que labra la tierra —añade el apóstol— espera, con razón, compartir el grano.» Si el estado servil no fué desde luego abolido en sus leyes, la propiedad del trabajo, esencial al hombre, proclamada por Jesucristo, contuvo el principio de la emancipación. Hay más, hay, para servirnos de la frase de un distinguido publicista, Moreau Cristhophe (*Del problema de la miseria*), la consagración cristiana del trabajo, con el

doble fin de levantar el nivel de las clases inferiores, restituyendo al trabajo la consideración de que le tenía privado la esclavitud, y de hacer de él recurso seguro para el trabajador.»

V

Con mayor extensión, pero con distinto criterio y no poco apasionamiento, se ha ocupado Mr. Rouxel, muy recientemente, de esta misma cuestión, expresando con toda claridad cuál es, á su juicio, el verdadero espíritu de la Iglesia respecto al trabajo. Sentimos que la grande amplitud que da á su estudio no nos permita transcribirlo por completo; pero sí lo haremos de aquellos pasajes que mejor reflejan el pensamiento del distinguido colaborador de la importantísima y doctrinal *Revue Socialiste*. Las censuras y aun los anatemas que algunos católicos exaltados, militantes en el ultramontanismo, que tanto ha dañado á la causa que creen defender, han fulminado contra el socialismo en general, y tanto ó más contra los socialistas cristianos, que, conforme ya hemos indicado, son los que mejor interpretan las doctrinas y principios del Cristianismo referentes al trabajo y al trabajador, nos obligan á insistir en este particular, con tanto mayor motivo cuanto que los calificativos de disolvente perturbador, demagógico, etc., dirigidos por sus adversarios al socialismo obrero, que, en gran parte, no hace sino desarrollar lo que el Evangelio contiene y los Santos Padres proclamaron, recaen sobre éstos y patentizan cuán poco se han penetrado sus autores del verdadero espíritu del Cristianismo.

Comienza Mr. Rouxel su estudio copiando estas palabras de León XIII: «En otro tiempo, y aun hoy mismo, el trabajo fué y continúa siendo objeto de desprecio donde quiera que el Cristianismo no extiende su benéfico imperio. Aristóteles le llamaba *iliberál*, y el mismo Platón le gratificaba también con este título. El obrero, á quien la Iglesia ha rodeado siempre con sus solicitudes amorosas, no era estimado por los griegos digno del nombre de ciudadano y á sus ojos se con-

fundía en el rango de los esclavos. Entendían que un hombre de espíritu que gozaba de todos los derechos no debiera trabajar y podría también desdeñar las bellas artes; tal debía aparecer en los libros y en sus frecuentes reuniones. Estos hábitos de los griegos diferían poco de los propios de los romanos. El orador y filósofo que tan solemnemente lleva el nombre de Marcus Tullius profesaba tal desdén respecto al trabajo, que obreros y jornaleros no eran tenidos en su tiempo sino como bárbaros y gentes despreciables. Terencio, que es un buen testigo de las ideas profesadas por la Roma de su época, nos da á entender que era tenido en gran honor y respeto el que llevaba en la ociosidad una vida que no le obligaba á ganar su pan trabajando. ¿Cuál fué la ocupación querida de los romanos libres? Juvenal nos la enseña: «Rivalizaban en insolencia con los ricos para tener su pan y sangrientos pasatiempos». Tal fué la suerte que depararon al trabajo los dos pueblos más civilizados del paganismo, sin que en el resto del mundo tuviese mejor fortuna. Entre los viejos germanos, cuya historia refiere Tácito, era el trabajo despreciado instintivamente: hoy observamos la misma antipatía entre los pueblos á quienes no alumbra todavía la luz del Evangelio. En las Indias un brahman, es decir, un hombre de la clase elevada, se creería manchado si tan sólo tocara con la mano una herramienta. Los salvajes de la América del Norte, absteniéndose de todo trabajo, reservan los oficios penosos á las mujeres, que son tenidas por sus maridos como esclavas.» (*Catecismo social*.)

Mr. Rouxel no niega en absoluto la exactitud de tales hechos; pero dice deber observar: «1.º, que no son pruebas sino para los tiempos y los lugares á que se refieren; 2.º, que al cabo de diez y nueve siglos de cristianismo la situación no ha cambiado sensiblemente, difiriendo tan sólo las palabras; 3.º, que si en la India los brahmanes, es decir, no solamente la clase elevada, sino la *sacerdotal*, se creían manchados por el trabajo manual, sus cofrades del Occidente, los sacerdotes católicos, creían exactamente lo mismo, ó al menos han obrado como si lo creyeran, lo que viene á ser exactamente igual».

Después de estas á modo de proposiciones, en las que con algo de apasionamiento se ponen en duda, y decimos que en duda, pues una negación absoluta sería temeraria, los servicios prestados por el Cristianismo á la civilización en general y en particular á las clases trabajadoras, y se afirma que la condición de éstas, y por consiguiente la del trabajo, no ha mejorado sensiblemente en los diez y nueve siglos de nuestra era, afirmaciones que terminantemente rechaza la historia, pues aparte de haber desaparecido de todos los países civilizados la esclavitud, la servidumbre, las irritantes opresiones feudales, los obstáculos que infranqueables se oponían á la fusión de las distintas clases sociales, la estrecha organización de los gremios, y de ser indudable, tanto que los más reñidos con el actual régimen social no lo niegan, que la condición de nuestro proletariado, dentro del cual ocupan los trabajadores puesto preeminente, aunque triste y lamentable, es mucho mejor que en todos los tiempos anteriores; después de estas proposiciones, y con el objeto de fundamentarlas, se ocupa Mr. Rouxel de una cuestión que califica de importante, ó sea la de si «es universal el desprecio al trabajo, de si ha sido tal la regla en todos los países y en todos los tiempos hasta el advenimiento del cristianismo, en una palabra, si el odio al trabajo es natural al hombre», y dice: «Esto *a priori* no parece admisible. En efecto, ¿cómo los hombres primitivos, si hubiesen tenido una repugnancia instintiva al trabajo, si nadie entre ellos hubiese querido trabajar, cómo habrían podido salir nunca del estado salvaje y formar grupos y sociedades? ¿Habrán los unos obligado á los otros al trabajo? Esto no es creíble. Los trabajadores no se habrían sometido nunca á un régimen antinatural sin una resistencia obstinada que habría hecho la condición de los que mandasen mucho peor y menos segura que la de los trabajadores».

Afirma á continuación que, conforme nos vamos apartando de los orígenes del hombre, se ve cada vez más honrado el trabajo; que las tradiciones é historias más antiguas enseñan «que fueron trabajadores todos los fundadores de sociedades», los cuales, al mismo tiempo, dieron á conocer

las primeras nociones de la agricultura, la industria y el comercio; que los mismos dioses de aquellos tiempos tan remotos, en que se habían convertido los fundadores de sociedades, «rivalizaban con los hombres en habilidad manual», descendiendo de las alturas para ponerse al servicio de los mortales, «lo cual prueba que el salario no era considerado entonces por la opinión pública como envilecedor y despreciable»; que en los tiempos heroicos los reyes eran «los más hábiles, tanto en las artes manuales como en las otras artes y ejercicios»; y que ya al iniciarse la época histórica se dibuja algún cambio en el concepto que merecía el trabajo, tanto que «Hesiodo se ve obligado á recordar á sus contemporáneos que ningún trabajo es vergonzoso, y que no hay sino la holganza que lo sea, lo cual implica que se comenzaba á desdeñar el trabajo manual; y en tiempo de Solón, la división de los trabajos en nobles y viles parece todavía más acentuada».

Estas indicaciones históricas, y las demás que con notable erudición hace Mr. Rouxel, lejos de destruir lo por León XIII establecido, vienen á confirmar sus aseveraciones, toda vez que revelan que desde los tiempos históricos, únicos á que con relativa certidumbre se puede acudir, y aun en el período anterior, envuelto en las nebulosidades de la fábula, y que puede decirse mitológico, el trabajo manual se hallaba muy lejos de merecer consideración y aprecio, era tenido como vil, era contrapuesto á otros trabajos llamados nobles, y á él únicamente se entregaban, aparte de los esclavos, pues esclavos hubo desde las épocas más remotas, mayor ó menor número de individuos cuya situación era tal que les asemejaba á los mismos esclavos, sin que puedan desvirtuar estos hechos algunas deducciones conjeturales, y, por lo tanto, sin base sólida, referentes á tiempos aún envueltos en las sombras de la prehistoria.

Pero dejando á un lado esta cuestión, que únicamente tiene para nosotros un interés secundario, veamos cuál es la opinión de Mr. Rouxel, y en qué argumentos la apoya, respecto al influjo más ó menos beneficioso del Cristianismo en el trabajo. Al tratar de ello prescinde de los tres primeros si-

glos, porque podría alegarse que, «si entonces no rehabilitó al trabajo, fué porque no se había extendido lo bastante ni poseía el poder». Comienza, pues, su estudio, en el siglo IV, «época en que Constantino hizo del Cristianismo la religión oficial del Imperio romano», y desde la cual se hizo «rico y poderoso». Entonces—dice—«fué cuando escribió un Obispo»: La envidia, la ambición, la hipocresía se deslizaron entre nosotros; nos hacíamos la guerra, si no por las armas, con los discursos y los escritos, los mismos pastores se entregaban á querellas y se disputaban los puestos eclesiásticos, como los principados seculares». «Las fieras, dice á su vez Ammiano Marcelino, son menos crueles para los hombres que los cristianos lo son en sus disputas contra la envidia y la corrupción de la Iglesia cristiana.» Salviano, sacerdote, la apostrofaba en los siguientes términos: «Has perdido tu desprendimiento de las riquezas humanas y has ganado en vicios, y cuanto más rica te has hecho por el número, más pobre has sido en devoción».

Á continuación de las anteriores citas y de consideraciones en ellas basadas, que, aun concediendo su completa exactitud, nada dicen contra el influjo del Cristianismo en bien del trabajo y de los trabajadores, á los que es indudable atendía, como á todos los proletarios, con sus instituciones de caridad, de beneficencia, con los auxilios que les otorgaba, con su intervención, directa á veces, en su defensa, y con las predicaciones, trata de la condición del trabajo en los pueblos germanos, expresando que en éstos, más que en aquél, hay que buscar los elementos que, si bien lentamente, contribuyeron á la rehabilitación del trabajo manual. Con tal objeto añade: «Todo indica que los germanos trabajaban á su manera, y que el desprecio al trabajo que les supone el historiador romano Tácito se refiere al trabajo á *la romana*, al trabajo esclavo. Por otra parte, podríamos poner á Tácito en contradicción consigo mismo en este punto; pero contentémonos con interrogar á otros escritores que reseñan mejor las costumbres de los bárbaros invasores del Imperio. Hé aquí el retrato de los francos, trazado por el historiador griego Agathias: «Los francos me parecen extremadamente

cultos. Entre las excelentes cualidades que hacen recomendable á esta nación, admiro sobre todo el cuidado que tienen en conservar entre sí la paz y la justicia. Aunque en el siglo pasado y en el nuestro haya sido dividido su reino muchas veces entre tres príncipes, y aun entre más de tres, no se han manchado nunca con ninguna guerra civil, y no han aprendido á empapar sus manos en la sangre de sus conciudadanos». Los usos y costumbres de los borgoñones no diferían visiblemente de los de los francos. Amaban la paz y trataban á los Jalo-romanos con dulzura, sin hacerles daño, no como pueblos conquistados, sino como hermanos en Jesucristo. *Honraban el trabajo como se merece, eran casi todos artistas y se mostraban muy satisfechos ganándose la vida con el trabajo.* Los lombardos se encontraban en el mismo caso: «*Honraban, dice Uresnam (La enseñanza en la Edad Media), la industria y el comercio hasta el punto de elevar á todas las dignidades á los mismos que en otras partes se rechazaban cual si fuesen leprosos.*» Estos y otros muchos hechos que pudiéramos ofrecer explican la rehabilitación del trabajo y la restauración social que fué consecuencia de ella en la Edad Media, que el *Catecismo social* señala, pero que interpreta equivocadamente atribuyéndola al Cristianismo y más aún al monaquismo.

Pero, diremos á nuestra vez, ¿el que los francos, los alemanes, los borgoñones, etc., considerasen al trabajo tal como de las anteriores citas se desprende, citas que se refieren á una época en que el Cristianismo ya había hecho sentir su acción en los expresados pueblos, como lo demuestra la diferencia entre sus ideas, usos y costumbres, de las que con bastante exactitud consignó Tácito, ¿arguye en contra del influjo beneficioso de las doctrinas del Cristianismo? Tácito se refirió á un período mucho anterior, cuando los llamados bárbaros apenas se habían puesto en contacto con el mundo romano: los escritores á cuyo testimonio acude monsieur Rouxel refieren las costumbres y usos de aquellos pueblos cuando ya hacía siglos que el Cristianismo había penetrado en las regiones del Norte de Europa, cuando ya se había ido infiltrando en su seno, cuando se había apoderado

de su espíritu. Y así, en lugar de ser un argumento en su contra, le es favorable. Los germanos de Tácito eran paganos y se hallaban muy lejos de honrar y considerar el trabajo manual: los germanos de los escritores aludidos eran ya cristianos, y habían ya sentido los efectos del contacto con los cristianos y con sus ideas, y no sólo consideraron al trabajo, sino que elevaron á distinguidos trabajadores hasta los puestos más importantes. Pero Mr. Rouxel, según se desprende de algunas palabras del comienzo de su estudio, no niega en absoluto el influjo del Cristianismo en el cambio que á poco de su aparición comenzó á efectuarse en la consideración del trabajo y del trabajador manual. Lo que más bien parece sustentar es que dicha acción no fué exclusiva ni la más preponderante, sino que también concurrieron otros factores, cuales el espíritu nacional y ciertas costumbres de los pueblos germanos, factores que ejercieron la acción más decisiva.

No seguiremos á Mr. Rouxel en la extensa crítica que hace del *monaquismo* de Occidente, impugnando otras de las ideas emitidas por León XIII. Á este estudio no era pertinente sino la parte que dedica á la apreciación del influjo del Cristianismo sobre el trabajo material. En sus apreciaciones hay mucho de apasionamiento, pero también hay bastante que consideramos exacto. Es indudable que el Cristianismo ejerció una acción benéfica en el trabajo y que favoreció al trabajador; pero igualmente es cierto que á la par de él, y también muy eficazmente, concurrieron elementos de muy distinto orden, ayudados por el espíritu y por ciertos usos y costumbres de los pueblos invasores. Con el historiador Kholraush diremos que las creaciones de Bonifacio y los demás varones apstólicos, «no tan sólo fueron la antorcha de la cual recibieron los pueblos la luz del Evangelio y de la civilización, sino que la mayor parte de sus establecimientos fueron la causa del principio y del engrandecimiento de las ciudades y las aldeas que se formaron en sus alrededores y á su sombra; que no sólo los que dependían de estas casas religiosas edificaron habitaciones en torno suyo, sino que otros muchos fueron á buscar protección al abrigo de sus

muros, y que sobre todo un número considerable de mercaderes fijaron allí su residencia». Con la creación y desarrollo de esas poblaciones y con el apoyo que los artistas encontraron en la Iglesia, comenzó á crecer la industria, se desarrolló el comercio, se formó la cofradía, de la que surgió la corporación profesional, se agruparon los individuos de las llamadas clases bajas y se preparó la emancipación de las municipalidades, todo lo cual determinó á su vez la mayor consideración que fué teniendo el trabajo manual.

CAPITULO II

El trabajo, su necesidad y su significación, según Courcelle Seneuile y Rodríguez de Brito.—Ideas del Sr. Sanz Escartín y de un obrero catalán.—Los humanitaristas Desage y Desmoulins y sus aforismos referentes al trabajo.—La *Icaria* de Cabet, el *Código de la naturaleza*, de Morelly, y el sistema societario de Fourier.—Algunas ideas de Mr. Proudhon referentes al trabajo.—El trabajo, su importancia y sus relaciones con el valor y la creación de las riquezas, según Karl Marx.—El anarquismo y el trabajo: ideas de Tolstoi y de Walter Jourde.—Opinión de Mr. Poinssard.

I

Prosiguiendo nuestro estudio preliminar del concepto del trabajo, de sus verdaderas leyes y de sus caracteres, necesario para poder apreciar con exactitud los planes ó sistemas referentes á su organización, expondremos varias de las ideas sustentadas por escritores pertenecientes á las dos grandes escuelas que, manteniendo principios los más opuestos, luchan principalmente en el terreno sociológico y en el económico, ó sean la de los economistas individualistas y la de los socialistas, que en este particular ofrecen algunos puntos de contacto. Como habremos de ver, los unos atribuyen al trabajo un carácter más individual y material, los otros más social y moral; aquéllos le restringen hasta el extremo de no considerar al trabajador sino cual un instrumento animado de la producción, éstos le extienden y

elevan hasta el punto de conceptuarlo con razón como una función pública de la sociedad, y al trabajador cual no menos importante funcionario de la misma; los unos enlazan exclusivamente el trabajo con la creación de las riquezas, y dejan de cuidarse del obrero cuando sale del taller, de la manufactura, de la mina, mientras que los otros agrandan indefinidamente su campo y aprecian al obrero en todos los momentos de su vida. De aquí la considerable distancia que media entre sus respectivas conclusiones.

«El esfuerzo que tiene por objeto la satisfacción de un deseo, se llama *trabajo*—dice Mr. Courcelle Seneuil en sus apreciabilísimos *Estudios sobre la ciencia social*,—cualquiera que sea su dirección. Hay trabajo industrial y trabajo no industrial, y tanto en el uno como en el otro un sinnúmero de ramas de las que sería inútil intentar la enumeración. Pero como el hombre, aun cuando destinado á la acción, no la ama y busca sustraerse á ella, el trabajo, cualesquiera que sean su dirección y su objeto, cuesta una pena que el hombre únicamente soporta con la esperanza de librarse de una pena mayor, cual lo es la del deseo no satisfecho. Si la pena del trabajo es considerada como superior á la del deseo, no tiene lugar la acción, sucediendo lo contrario cuando la pena del deseo es considerada cómo superior á la de aquél. La deliberación á que se entrega el hombre antes de trabajar puede muy bien dar lugar á un resultado negativo para tal ó cual acto determinado, y no para todos, porque si el hombre tomase la resolución de no trabajar más por completo, le conduciría á su muerte. Puesto que la vida se muestra por el trabajo, no cabe duda de que es tanto más intensa cuanto que el trabajo es más activo y poderoso. Cuando se trata de individuos aislados que trabajan en distintas direcciones, es difícil hacer la comparación de esta potencia, pero la cosa es más fácil cuando se trata de grupos de hombres cuya actividad se ejerce en todas direcciones. Con efecto, entonces el trabajo reflexivo del alma sobre sí misma, que cuando se considera al individuo aislado no produce siempre resultados visibles, se manifiesta por la misma dirección que se ha impuesto al conjunto de la actividad social, por su dirección

en ramas diversas y por la importancia atribuída á cada rama.»

«Siendo el trabajo—prosigue diciendo—el modo necesario de llegar á los objetos de nuestros deseos, la sociedad no es otra cosa, en definitiva, sino un arreglo de trabajos que tienden á un objeto común, á la satisfacción de la mayor suma posible de deseos, para el mayor bienestar, es decir, para la completa existencia de todos los concurrentes. Estos arreglos del trabajo comprenden la actividad humana en todas las direcciones y en todas sus ramas. Así en nuestras sociedades los unos trabajan para la conservación y el desenvolvimiento de las ciencias y las artes, los otros para la satisfacción de las necesidades de orden industrial, otros para la seguridad y buen orden del trabajo común. Los trabajos de todos se dividen y se subdividen en multitud de ramas, que la nomenclatura más minuciosa con dificultad podría enumerar. Todos estos trabajos se hallan tan íntimamente enlazados, que no podrían detenerse ó suspenderse los unos sin que á su vez sufriesen los otros, y sin que cierto número de necesidades que hoy se satisfacen dejaran de ser satisfechas. Los deseos nos llevan al trabajo y nos condenan á él; pero si el trabajo es la condición necesaria de la vida, no es su fin y su objeto, no es sino un medio que debemos poner en práctica cuanto nos sea posible, á fin de aproximarnos cuanto nos sea dado al objeto por una acción más poderosa.»

Se ve por las líneas copiadas, que Mr. Courcelle Seneuil, psicólogo y sociólogo distinguidísimo, influído por el economismo clásico, tan preponderante cuando escribió su libro, no considera al trabajo sino por su más material aspecto, como la actividad humana encaminada á la satisfacción de los deseos. En la lucha entre éstos y la repugnancia al trabajo, que dice ser innata al hombre, encuentra el motivo de la mayor ó menor aplicación á éste de su actividad, y en la infinita multiplicidad de los deseos y las necesidades, la diversidad de los trabajos y su correlación. Bajo el punto de vista de la producción de los bienes materiales, puede aceptarse tal teoría; pero como en el trabajo del hombre hay

bastante más que esto, precisamente lo que más le eleva, puede concluirse en el sentido de considerar á dicha teoría como incompleta, y por lo tanto inexacta.

Militante en la misma escuela económica, y clasicista también como jurisconsulto, ha sustentado ideas muy parecidas á las que acabamos de referirnos, pero más amplias, el ilustre publicista portugués Sr. Rodríguez de Brito, que publicó su *Filosofía del derecho* poco tiempo después que Mr. Courcelle sus *Estudios*. Entiende el Sr. Rodríguez Brito que trabajar «es condición general de todos los seres creados, porque el trabajo en sí es la *manifestación temporal de la actividad virtual del ser, la acción por la cual se produce un efecto*, puesto que toda la sustancia es causa, y en la naturaleza todo es actividad, esfuerzo, movimiento, vida, esto es, trabajo, trabajándo las fuerzas generales, los minerales, los vegetales, los animales y el hombre»; ideas hasta cierto punto erróneas, pues ni los minerales, ni los vegetales, ni los animales trabajan, en el verdadero sentido de la palabra.

«El hombre—añade—necesita trabajar, porque la naturaleza exterior no le proporciona las satisfacciones de que precisa, y para vivir es necesario apoderarse de sus secretos, apropiarse sus fuerzas y, sujetándola á su poder, obligarla á satisfacer sus necesidades, y por ello suprimir el trabajo es suprimir la satisfacción, la vida, la virtualidad del hombre. El trabajo es, pues, una ineludible necesidad, un deber importante, porque asegura los medios de vivir y desenvolver la inteligencia, depura y endulza el sentimiento, moraliza la voluntad, evita la pasión, el exceso del apetito, el vicio y el crimen, conserva la salud y prolonga la vida. Es un deber digno de nuestra personalidad, porque mantiene la dignidad de la misma, proporcionándonos medios de vivir con el producto de nuestra actividad.»

La importancia suma del trabajo y su grandísima significación, casi constantemente desconocidas, resultan de estas breves consideraciones del Sr. Rodríguez Brito, así como también el interés de la sociedad en que sea colocado sobre sus naturales bases para que produzca los debidos efectos,

materiales y morales, y en que desaparezcan los ociosos, sean las que se quieran las causas de su ociosidad voluntaria, *homes valdíos de que nengun pro resulta à la tierra*, como decía el Rey Sabio. El trabajo obedece á leyes naturales, es un deber cuyo cumplimiento enaltece al hombre, elevando su dignidad, sin el cual la sociedad no podría subsistir, y cuyo incumplimiento le rebaja. Aumentar el número de los trabajadores y disminuir el de los vagos es lo que debe procurarse, escribió uno de los utopistas. Dignificarlo, haciendo sentir la elevadísima é ineludible misión que le corresponde, apartando las causas que le hacen repulsivo y que se le tenga cual una pena, es lo que igualmente corresponde á la sociedad hacer, exclaman todos los reformadores. Con el régimen actual no sucederá nada de ello. Por eso es de apetecer, en bien de la sociedad y en bien del individuo, que semejante régimen se cambie cuanto antes.

II

Algo más que los publicistas anteriores eleva sus miras, al ocuparse del trabajo y de su concepto, el economista ecléctico Sr. Sanz y Escartín, cuyos escritos, por otra parte apreciables, de los que hacemos frecuentemente mérito, por pertenecer á un publicista español, revelan no poca vacilación en las ideas. Así en el libro que publicó con el título de *El individualismo y la reforma social*, consigna los siguientes pasajes: «Entendemos por trabajo *el ejercicio voluntario de nuestras facultades para el cumplimiento de fines humanos, según la ley de solidaridad que une á todo hombre con sus semejantes*. El principio de solidaridad implícito ó explícito es lo que constituye su carácter social. La actividad dirigida á una satisfacción meramente egoísta no es trabajo, en el sentido que á este vocablo atribuyen sociólogos y economistas. Es, pues, el trabajo, cooperación al fin colectivo que contiene y abraza todos los fines individuales, participación en la labor incesante y necesaria que lleva al ser humano, de las sombras de lo instintivo y lo inconsciente, á la luz de la razón

y al prestigio de la libertad, comunión en el sentimiento más alto de humanidad, en el amor que no se disipa en símbolos verbales, pero que se demuestra en el sacrificio sagrado y necesario de nuestra vida por los demás hombres. Cuanto somos, cuanto poseemos, lo debemos en su mayor parte al trabajo».

Después de estas líneas, en las que no brilla la claridad, pero en las que transpira algo del espíritu socialista, hace el Sr. Sanz y Escartín varias y atinadas consideraciones referentes á la ociosidad de los ricos, que se constituyen en verdaderos parásitos de la sociedad, que faltan á la ley natural de la cooperación al bien común por el ejercicio de su actividad y el empleo de sus facultades en obras útiles; consideraciones que ni los socialistas más radicales rechazarían, pero que no transcribimos por no corresponder á la materia que nos ocupa, y añade á continuación que «el reconocimiento de la obligación moral del trabajo, de la necesidad fisiológica del mismo, como condición de toda vida floreciente y completa; la convicción firme de que, lejos de ser una maldición, es fuente de donde brota la ventura sobre la tierra; la seguridad de que no hay trabajo útil que no sea digno del hombre, por humilde que sea, hé aquí el espíritu que puede levantar á los pueblos del letargo y de la decadencia».

Analiza, por último, la definición del trabajo dada por el eminente jurisconsulto y sociólogo Mr. Tarde, una de las mayores autoridades del mundo científico, y apreciando al mismo tiempo sus ideas, escribe: «Definir el trabajo como le define este ilustre sociólogo, diciendo que es «un conjunto de acciones similares, de actos repetidos al ejemplo consciente ó inconsciente de un primer acto, que de ningún modo emana del trabajador mismo, sino de un inventor anterior ó reciente, conocido ó desconocido», y agregar que constituye sencillamente una rama de la imitación, es quizá original, pero dudo que sea verdadero. Negar el carácter de trabajo á la actividad de un Wat ó de un Pasteur, de un Taine ó de un Barthelemí de Saint Hilaire, es oponerse sin razón al común sentir. Precisamente, si algo hay demostrado, es que sin grandes y perseverantes esfuerzos, sin trabajo continuo

é intenso, rara vez se producen obras de verdadero mérito, rara vez se realizan verdaderos progresos».

Elevándose, cual el Sr. Sanz y Escartín, por cima de las pequeñeces de los que han materializado y rebajado el concepto del trabajo hasta hacer posible su asimilación con los esfuerzos puramente fisiológicos é instintivos de los animales, uno de los obreros que en España honran á su clase, el Sr. Aguarad, ha emitido en la revista del Ateneo Obrero de Barcelona, institución tan floreciente cuanto beneficiosa y digna de ser imitada, ideas que encierran uno de los más exactos conceptos del trabajo. «Una condición que hay que tener en cuenta en el trabajo para que produzca los bienes á que la sociedad es acreedora—decía—es que los individuos la ejercen, no como una carga de la que es preciso desembarazarse á la mejor ocasión propicia, trabajando entonces para sí mismo, sin atender á los deberes que tiene para con la sociedad, la que es dueña de todo su sobrante de tiempo y de bienes, sino por gusto, por el deber que tiene que cumplir mientras pueda. En este concepto del trabajo se cifra, á nuestro entender, el verdadero altruísmo, sin el que no es posible que terminen los exclusivismos y los males que nos aquejan, y establecerse la verdadera fraternidad humana, que haga del mundo todo una sola nación, y de sus habitantes una sola familia, unida por los estrechos vínculos de un amor puro».

Prescindiendo del espíritu socialista-internacionalista, que en absoluto no es de condenar, y sobre todo *colectivista*, que se descubre en el anterior párrafo, que tampoco en absoluto debe rechazarse, pues si hoy aparece como *utópico* y contrario al general sentir, muy posible es que por la mejor comprensión de sus principios se convierta mañana en realidad, encontramos en su fondo, en su esencia, ideas acertadísimas, cuales lo son las de que el trabajo es un deber individual realizable por el individuo en bien de la sociedad, un deber moral, y acaso más que moral y exigible en derecho, un deber que, por lo mismo que es tal, exigible por y para la sociedad, no concluye una vez satisfechas las necesidades ó cumplidos los deseos de quien lo cumple, cuando éste quie-

re darlo por terminado por un acto de su libérrima voluntad.

La sociedad, dice muy bien el obrero á quien nos referimos, tiene derecho á que los individuos no paraliquen ó de tengan su actividad productiva, disminuyendo, por el hecho de suspenderla, la riqueza social, cuyo acrecentamiento aumenta el bienestar general; tiene el derecho de impedir que el hombre válido se convierta en ocioso voluntario, aunque fundamente su ociosidad en la posesión de fortuna suficiente; tiene el derecho de impedir que el egoísmo contrarie y aun sofoque los sentimientos altruistas, y procurar que no se mire exclusivamente al *yo*, sino que se aspire á cooperar al bien de los demás, puesto que la sociedad es el organismo que asume en sí todos los organismos particulares, sumando y encaminando todas las actividades á la realización de sus elevadísimos fines.

Si en el empleo consciente de la actividad del hombre para la producción de los bienes se viese tan sólo un derecho, cual por las escuelas individualistas se pretende, y no el cumplimiento de una ley natural y de un deber para con la colectividad, como los socialistas, sin excluir á los católicos, sostienen fundadamente, ninguna censura se podría dirigir, y menos fulminarse penas, contra la ociosidad voluntaria, ni contra la vagancia por hábito, tan perjudiciales. si se las considera desde el punto de vista económico, y tanto ó más dañosas en el orden moral, pues no serían otra cosa que la actuación de un derecho, y quien hace uso de su derecho, ni peca, ni delinque, ni merece censuras, y consecuencia lógica de ello sería, si bien consecuencia funestísima, el que la sociedad y los poderes que la representan habrían de contemplar indiferentes la paralización egoísta de los trabajos útiles por mayor ó menor número de individuos. Y es también otra de las ideas aceptables á que aludimos la de que del concepto del trabajo como un deber se llega al verdadero altruismo, porque mediante dicho concepto se posponen las conveniencias individuales exclusivistas al bien general, estableciendo la solidaridad humana.

(Continuad.)

MANUEL GIL MAESTRE.

UNA OPINIÓN EN PRO DE QUE ESTAMOS EN EL SIGLO XX ⁽¹⁾

Se dijo que el Emperador de Alemania había dado por resuelta esta cuestión en el mismo sentido. No sé si para hacerlo habrá alegado fundamentos; pero sería bien extraño que quien se halla al frente de un pueblo serio, donde tantos y tan eminentes hombres de ciencia existen, se hubiese lanzado por sí y ante sí, sin consultar á nadie, á decidir un punto algo complejo que viene siendo objeto de lata controversia; por lo mismo que una opinión ú otra no es cosa indiferente si no se ha de introducir confusión y notables contradicciones en los anales cronológicos é históricos.

De todas suertes, opinando yo como aquel excelso prócer, no creo que voy en mala compañía; pero por mi cuenta quiero alegar las razones con que me asisto para afirmar que hemos entrado en el vigésimo siglo de la Era Cristiana. Quizá sea erróneo mi modo de pensar, aunque nace del más profundo convencimiento, según mi pobre saber y entender. Esto no obstante, confesaré paladinamente no haber llegado á mi noticia todo lo mucho que se ha escrito y publicado sobre el particular, y que, por lo tanto, ignoro si sobre ello está dicha ya la última palabra y si voy á porfiar sobre lo pasado en autoridad de cosa juzgada. Si fuere así, pido desde luego perdón á mis lectores, pero, de lo contrario, les ruego que mediten y pesen un poco mis razones, por si pudieran contribuir al mejor esclarecimiento de la verdad en cuanto á la esencia ó á los accidentes de la cuestión.

(1) Este modesto trabajo, fruto de una humorada á que me provocó cierta contienda particular, no lo tenía destinado á ver la luz pública y lo conservaba en mi poder hace algún tiempo. Sólo á ruegos de amigos míos cariñosos, que se tomaron la molestia de leerlo, quebranto hoy mi propósito y me arriesgo á darlo á la estampa por ser con ellos complaciente.

Sugirióme la idea de tratar este asunto el haber leído, hace ya bastantes días, en el núm. 32 de la revista ilustrada *Alrededor del Mundo* lo siguiente, dicho con cierto desenfado: «La Era Cristiana no principió el año cero, sino el año uno, y teniendo el siglo cien años, claro es que el último año del siglo XIX será el 1900, y hasta que den las doce de la noche del 31 de Diciembre de 1900 no empezará el siglo XX».

Añade la propia revista que el mismo criterio tiene el célebre astrónomo Flammarión, y al efecto transcribe palabras que éste publicó en la *Revue des Revues*, donde ciertamente he visto que sostiene la misma opinión con argumentos que no me convencen, contrayéndose, en suma, á hacer iguales afirmaciones y negaciones que la otra revista primeramente citada. Y como entiendo que uno y otro articulistas, por sólo lo que dicen, están equivocados, voy á pretender demostrarlo, sin más que invocar los hechos, atenerme al recto sentido de las palabras y hasta á la aritmética misma.

Una *era* consiste en el transcurso de los años que van pasando desde un hecho memorable, punto fijo éste que sirve de partida para que aquéllos comiencen á contarse. La Era Cristiana, por lo tanto, nació y se cuenta desde que vino al mundo Nuestro Señor Jesucristo; pero resulta que este hecho está envuelto en mil nebulosidades respecto al momento fijo de dicho nacimiento. Después, son tantos los cómputos que se han seguido por los diversos pueblos de la antigüedad con las varias denominaciones de año civil, año solar, lunar, astronómico, secular, sideral, anomalístico, trópico, heliaco y otras, que no es posible establecer la exacta correspondencia de esos años con los que cuenta la cristiandad en sus anales para fijar un certero punto de partida. Por fin la cronología ha venido á convenir en que el año solar, que consiste en la revolución aparente y regular que el Sol hace alrededor de la Tierra, y que consta en redondo de 365 días, sea el elegido para los cómputos civiles en el curso del tiempo; mas no ha resuelto tampoco ciertas dificultades de origen, y hubo por tanto que recurrir á hipótesis y convenciones que nos están sirviendo de guías.

Un monje que floreció en el siglo VI, llamado Dionisio el Exiguo, fué quien al parecer propuso la institución de la Era Cristiana, fijando el nacimiento de Jesucristo en 25 de Diciembre del año 753 de la fundación de Roma, designando como primero de aquélla el siguiente 754; y, sin embargo, todavía se reconoce que padeció manifiestos errores. Esto no obstante, pasóse por ellos y aceptóse lo por él propuesto.

Después de todo, lo verdaderamente razonable hubiera sido fijarse en aquellos datos admitidos unánimemente como ciertos, y partiendo de ellos aproximarse más ó menos á la época ó épocas en que los acontecimientos que se desee conocer tuvieron lugar. Hoy tenemos que aceptar ya como hecho convenido que la cristiandad lleva de existencia 1900 años. Pero yo debo prescindir, admitiendo este cómputo, de toda cuestión de origen. porque me es igual que sea tiempo antes ó tiempo después el verdadero principio de la Era Cristiana, toda vez que mi propósito se reduce á determinar nada más el cómo deben contarse los años de que consta, en el concepto que de mi modo de contar, que entiendo es el racional y matemático, resultará forzosamente que viven muy equivocados los que creen que no ha terminado el siglo XIX en el acto de cambiarse en el Calendario la cifra 1899 por la de 1900.

Dice el astrónomo Flammarion: «La cuestión es muy sencilla. La decena se compone de diez unidades. El número diez forma parte de la decena. No ha habido año cero en la Era Cristiana. El año primero de ésta fué el año uno». Después añade: «Una decena va de uno á diez, una centena de uno á ciento».

Tales conceptos, dichos así sin más explicaciones ni marcada trascendencia, no hay duda de que son ciertos; mas no entiendo que vengan á resolver nada en la contienda suscitada entre los partidarios del siglo acabado ó no acabado. Sin embargo, no puedo dejar de contradecir la absoluta afirmación de que en la Era Cristiana no hubiese año cero, porque si es verdad que no puede, en el rigorismo de la expresión, decirse que lo hubo, en el concepto matemático hay

siempre cero años, que es lo mismo, como hay cero enteros, cero grados, cero metros, cero pesetas, etc., siempre que se empieza á contar por fracciones de la unidad hasta que se llega á esta misma. El cero, expreso ó sobreentendido, aunque por sí es signo sin valor propio, á la vez que sirve para llenar los vacíos en la numeración, también es punto de partida ó elemento de sustentación para empezar á contar una cantidad, en cuyo caso su lugar es al principio, pero sin precisa significación numérica. En tal sentido es el cero en aritmética lo que el punto en geometría, una abstracción que utilizamos para pasar á lo concreto.

Asegura también aquel sabio que *la decena se compone de diez unidades y que el número diez forma parte de la decena*. Nadie, por supuesto, dice lo contrario. El modo racional de contar ha sido y será siempre el mismo: cada cifra numérica ó guarismo expresa por sí exactamente su valor; así, cuando digo, por ejemplo, *cuatro*, es que me refiero á un número en que está comprendida una unidad, más otra, más otra y otra; y si digo *ciento*, se entenderá que hablo de cien unidades cabales; pero importa sobremanera no confundir las especies. Siempre que al contar una decena, que estará completa desde el momento que expreso el número diez, si después continúo contando dieciuno (once), dieciséis (doce), etc., no hay ni remotamente que pensar que semejantes números tengan ya nada que ver con el diez de la decena pasada, aunque en ellos vaya incluída la misma palabra porque necesite llevar cuenta de la cantidad que voy acumulando; pues en la decena, como en la centena y el millar, sus denominaciones son absolutas, y cuanto exceda de ellos pertenece indudablemente á los respectivos decena, centena ó millar subsiguientes.

Ahora bien, lo que interesa dejar bien sentado es que cuando los números pasan de abstractos á ser concretos, como que la unidad tiene entonces una significación determinada en el orden de las cosas existentes por que son capaces de distinguirse de otras, como metros, pesetas, años, resulta muy claramente la necesidad de empezar á contar por delante de tales unidades las fracciones de que se componen, á

partir de un signo representativo de la nada, cuyo signo en aritmética se llama cero, y así tiene que comenzarse diciendo: *cero unidades*; con lo cual expreso que no tengo todavía reunida ninguna de éstas, contrayéndome, por lo tanto, á tomar en cuenta previamente nada más que sus elementos generadores.

Para aclarar debidamente la doctrina voy á tomar ahora por ejemplo una cinta de medir longitudes, en la cual sabido es que la unidad es el metro. Éste se divide en cien partes, llamadas centímetros. Pues bien, como no tengo al empezar á contar por dicha medida formadas nativamente las unidades, para llegar á la primera he de dar principio diciendo: *de cero al primer centímetro, uno; del primero al segundo, dos; etc.* Y obsérvese que me hago cargo de los espacios y no precisa y aisladamente de los números, porque se trata de extensiones sin solución de continuidad; es decir, de trozos de la medida. Continúo después de tal manera mi cuenta, que al llegar al noventa y nueve de los centímetros forzosamente habré de decir: *de noventa y nueve al centésimo ciento*; con lo cual dicho se está que tendré ya cien partes completas de la unidad, ó lo que es lo mismo, el primer metro, y de la propia forma procedería para ir acumulando todos los demás que fueran necesarios; pero hase de tener muy en cuenta que tras la expresión de los respectivos números de centésimos y metros, señalados en la medida, nada me será lícito añadir para completarlos; pues hasta las más mínimas fracciones que tras ellos contase, es bien notorio que pertenecerían ya á los centésimos y metros subsiguientes. Esto parece ser sobradamente claro, pero importa añadir que lo dicho sobre el modo de contar los metros debe hacerse extensivo á los grados, á las monedas, á las edades de las personas y de las cosas y á los pesos y medidas.

Tócame ahora ocuparme de lo que sucede con el tiempo. ¿Acaso existen para la medida de éste otras reglas y principios que los referidos? No por cierto. El tiempo se cuenta y acumula como las cosas materiales. El Diccionario lo define diciendo que es: «Duración de los seres sujetos á mutación sustancial y á mutaciones sucesivas de su naturaleza

que caen bajo el dominio de los sentidos. Epoca durante la cual sucede ó sucedió alguna cosa».

Para su apreciación hay, pues, que contemplarlo á medida que va pasando ó ya pasado, pero con relación á algo. En tal concepto viene á ser sinónimo de edad, la cual á su vez se define diciendo que es: «Tiempo que una persona ha vivido á contar desde que nació. Duración de cosas materiales á contar desde que empezaron á existir. Espacio de años que han corrido de tanto á tanto tiempo».

Tenemos, para medir éste precisamente, un instrumento típico llamado reloj ú horario. Él nos da el principio exacto de donde, en progresión ascendente, se derivan todas las divisiones del tiempo. Su monótono tic-tac nos dice que va pasando, y lo que comienza en el inapreciable instante se va gradualmente elevando en el espacio á segundo, á minuto, á hora, que luego se convierte á la vez en el día, el mes, el año y el siglo.

La dicha máquina reloj se divide en toda su mayor extensión en veinticuatro partes iguales, que son las horas, la hora en sesenta minutos y el minuto en sesenta segundos. Para más fácil comprensión de lo que voy á decir, me referiré al reloj más usual, al de doce horas, que hace su evolución total en dos veces. Ahora bien; considerando en él como unidad la hora, empezaré necesariamente á contar las que vayan pasando, tomando como punto de partida la hora doce, que será, digámoslo así, el *cero horas*; y comienzo de tal manera, porque al sonar la hora doce de medianoche se acaba el día y empieza otro. De modo que, siendo consecuente en el sistema explicado antes, para contar la primera hora (la una) tengo forzosamente que hacerme cargo por adelantado de los sesenta minutos que la preceden, pues sin que éstos pasen no hay tal hora; es decir, que cuento como en todas las medidas las fracciones de que la unidad se compone antes de llegar á ella. Una vez ésta completa, un solo minuto que corra después será ya contingente para formar la hora segunda (las dos). Del propio modo seguiré el recorrido de toda la esfera, que se completará contando los últimos sesenta minutos que median en el espacio de la hora

once á la doce, siendo ésta la hora final, que estará perfectamente acabada tan pronto como suene la campana y la manecilla del minuterero la señale.

Por lo visto no deben todos apreciar esta cuenta del mismo modo; porque, si son lógicos y consecuentes los que sostienen que el siglo XIX no se acabó al sonar las doce de la noche del 31 de Diciembre último, pretendiendo que para que eso se consiga tiene que pasar un año más, que suponen ser el complemento del designado con el guarismo 1900, ó lo que es lo mismo, añadir á éste, *post facto*, 365 días, de ningún modo los que piensan así pueden dar por terminada la hora doce en el momento que dejo designado, sino que la prolongarán por los sesenta minutos que siguen hasta la hora una, y siguiendo el propio sistema con las demás. Tal cual persona, pues así lo he oído, entiende que puede ser argumento para sostener tan extraño recuento de las horas el que se diga, por ejemplo, *las doce y cuarto, las doce y media*. Pueril por demás paréceme la razón, porque los que de tal modo piensan no tienen en cuenta que ese decir es el de una locución viciosa, como tantas y tantas hay autorizadas por el uso, y lo es por la sencilla razón de que como los minutos que siguen á la hora dada pertenecen ya á la siguiente, lo correcto sería decir: *el cuarto para la una y la media para la una*; pues el mismo uso, unido al buen sentido, así lo abona también enmendando la incorrección siempre que decimos: *los tres cuartos para la una ó la una menos cuarto*. Pero, de todas suertes, lo que de un modo concluyente echaría por tierra el sistema de los que cuentan por detrás las fracciones de la unidad dándoles una extensión imposible y absurda es, en este caso de las horas, la consideración importante de que al dar la hora doce de medianoche no puede haber nada más allá, toda vez que entonces concluye el día y comienza otro con cuenta nueva en opinión de todas las gentes.

Como de la acumulación de las horas resultan los días y de la de éstos los años, que á su vez forman también los siglos, voy á fijarme ahora para mi objeto nada más que en los años, á los que seguiré aplicando la doctrina que dejo

sentada y tengo por racional. Es, pues, notorio, y dicho ya, que el año se compone de 365 días, y de uno más cuando es bisiesto, de cuya fracción quiero prescindir ahora para evitar confusiones. En tal concepto voy á comenzar aquí á medir el tiempo por años, limitándome á una decena de éstos. No hay que decir que seguiré el mismo procedimiento que empleé al hablar del reloj, toda vez que la similitud no puede ser mayor, porque son los días para los años lo que los minutos para las horas.

Ahora bien, como que de años se trata, no hay que decir que la unidad ha de ser el año, y así comenzaré contando *cero años* como punto de partida, después iré tomando en cuenta día por día los 365 que son generadores del año y contaré el primero, que habiendo comenzado en 1.º de Enero tendrá su fin en la medianoche del 31 de Diciembre. Del mismo modo continuaré para obtener las segunda, tercera, cuarta, quinta, sexta, séptima, octava y novena unidades de la decena, y colocado en el 31 de Diciembre de la última, volveré á contar otros 365 días, que me harán ya cambiar la cifra nueve por la de diez, con lo cual, sin más adiciones tendré perfectísima del todo la decena, es decir, que la última unidad complementaria de ella se compondrá con el transcurso de los días que se cuenten desde la novena á la décima y, por consiguiente, todo lo que de allí pase será de la siguiente decena.

Á trueque de que se me tenga por pesado y machacón todavía quiero concretar más con un nuevo ejemplo harto tangible la tesis que sostengo. Se trata, pues, de averiguar cuándo hubo de cumplir exactamente diez años una persona nacida en la madrugada del día 1.º de Enero de 1890.

Después de las amplias consideraciones anteriormente expuestas, la cosa no puede ser más sencilla. El punto de partida para hacer semejante cuenta es evidente que no puede ser otro que el mismo acto del nacimiento, el cual tiene que ser el *cero años* del sujeto. Desde allí, pues, contaré los 365 días que me darán el primer año, que se cumpliría en 31 de Diciembre, y al día siguiente, 1.º de Enero de 1891, empezarán á correr los otros 365 días, fracciones precursoras del se-

gundo año, que á su vez se completó al expirar en 31 de Diciembre á la medianoche. Síguense después contando del mismo modo los años 92, 93, 94, etc., hasta llegar al 1.º de Enero de 1899, y recorriendo desde allí los últimos 365 días, seguro es, segurísimo, que se cumplirían entonces los diez años de edad de nuestro candidato, y los cumpliría indefectiblemente al pasar por la medianoche del 31 de Diciembre, ó si se quiere más propiamente, al empezar el 1.º de Enero de 1900 que se siguió por ser el momento aniversario del nacimiento. Nadie me podrá, con razón, ajustar de distinto modo la cuenta de esos diez años, que se dieron por concluídos al verificarse en la medida del tiempo el cambio del guarismo 1899 por el de 1900; con lo cual es también de notoriedad que el nacido en 1890, á la vez que cumplió en el momento indicado los diez años, entró también en el siglo XX.

Siendo esto verdad, que supongo que no habrá nadie que lo niegue, con sólo este último ejemplo creo tener resuelta á mi favor la cuestión aquí discutida. No me resta más ahora que hacer un breve resumen de lo que en ella he alegado de sustancial.

Dije que la Era Cristiana, que se originó del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, no se sabe á punto fijo cuándo comenzó á contarse y, sin embargo, no pudo dejar de tener un principio que, por más que fuera convencional, debe hallarse atemperado á los mil novecientos años, poco más ó menos, que la cronología viene contando con asentimiento general. Mas, siendo de ello lo que se quiera, porque nunca fué mi propósito entrar en disquisiciones para fijar un primer año ó el cero años por donde empezara la cuenta de éstos, no obstante haber indudablemente existido, lo interesante para el fin que me propongo es hacer la exacta computación ó fiel estimación de la manera cómo en el sistema aritmético fueron, á través del tiempo, deslizándose los expresados años de la era hasta el primero de Enero último, que es el momento de actualidad.

Para ello yo no vacilo en asegurar que no hay otra cuenta que hacer que la regular, tratándose de números concre-

tos consistentes en años, y es poniendo siempre por delante de la unidad, que es el entero, los trescientos sesenta y cinco días, fracciones de éste; y luego que esos días se pasen, y no antes. será cuando estime y cuente en el orden correlativo de la numeración las respectivas unidades (años), que se mostrarán completas con sólo enunciar sus cifras representativas; de modo que en diciendo *diez*, por ejemplo, es que ese número de años está cabal, y hay que dejarlo, por lo tanto, atrás para buscar otra unidad por el mismo procedimiento.

No lo entienden del mismo modo que yo los que sostienen que corre todavía vivo el siglo XIX, y es que, con gran obcecación, á mi juicio, acumulan á las cifras representativas de los años los respectivos trescientos sesenta y cinco días de cada uno, agregándolos por detrás; en cuyo caso ha de entenderse que cuando ellos dicen *diez* ó *ciento* no tienen por completa la decena ni la centena si no añaden después una unidad más. Por eso pretenden que el año 1900, con sólo su enunciación numérica, no se halla completo mientras no corran en pos de él trescientos sesenta y cinco días y toque al 1901. Paréceme esto, tras de irregular, ridículo; porque entonces, por ley inexorable de lógica, habría que declarar que tampoco el metro que puse por ejemplo estaría completo hasta añadir á la unidad un centímetro más, y del propio modo no podría en el reloj contarse la hora una, por ejemplo, á pesar de ser sonada, en tanto que no llegase la de las dos, verificándose lo mismo en todas las demás horas. Con lo cual la resultante sería que, hecho de ese modo caso omiso del trayecto que va del cero ó punto de partida á la primera unidad apreciable, porque hubiera de empezarse la cuenta precisamente por la tal unidad escueta, nos faltaría en el metro un centímetro al llegar al número ciento, y en el reloj una hora al dar la doce en que termina el día. Créanme los lectores: la fórmula concreta y la discrepancia de opiniones consiste en que yo cuento los años diciendo: *de cero á uno, el primero; del uno al dos, el segundo; del dos al tres, el tercero*, etc. Y mis contradictores lo hacen de este otro modo: *del uno al dos, el primero; del dos al tres, el se-*

gundo; del tres al cuatro, el tercero. Y, claro está, para completar una centena, tienen que decir: *del ciento al ciento uno, ciento.* Por eso sostienen que el 1900 no es tal número completo hasta que se llega al 1901. ¡Que perturbación tan grande en el orden fundamental de la aritmética! Quiere decir que entonces ningún número es lo que suena ó representa, pues al contar nos encontraríamos siempre, y dispéñseme el lector lo paradójico hasta cierto punto de la comparación, con que el *uno* no sería nunca por sí solo tal uno, sino que para serlo tendría que llegar necesariamente á los confines de un dos, que á este número le sucedería lo mismo con el *tres* y que lo propio acontecería con todos los demás.

Todavía hay después de esto, como en muchas cosas sucede, una verdad desconocida por la mayoría de las gentes, de la cual quiero decir algo. Consiste en que á veces los errores y el extravío en las ideas nacen de la inexactitud de las palabras y de incorrecciones en el modo de expresarnos. Ya algo de lo mismo significué al hablar del reloj, y ahora tengo que repetirlo. Muy frecuente es, y mis lectores lo habrán oído con motivo de la presente cuestión, que se alegue, como uno de los argumentos en pro del vicioso modo de contar los años que dejo combatido, el sistema usual de fechar las cartas y otros instrumentos, pues que se dice, por ejemplo, *primero de Enero de mil novecientos*, como dando á entender que entonces corre dicho año, que sólo se terminará al llegar al 1901, y no hay nada más inexacto, por ser lo cierto que cuando aquél comenzó á pasar fué desde 1.º de Enero de 1899, para completarse en 31 de Diciembre del mismo. De lo cual se deduce que la locución perfecta y exacta en tal caso sería decir: *primero de Enero para mil novecientos uno*, por ser para donde se camina al descontar los días que á dicho año conducen, así como respecto del reloj decimos: *los tres cuartos para la una ó la una menos cuarto.*

Mr. Camilo Flammarion sienta una absoluta que nada explica al afirmar que el primer año de la Era Cristiana, el del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo (ó del en que se supone nacido) fué el *año uno*. No me opongo á semejante afirmación expresada así en términos generales y en cuanto

se entienda que corría en efecto entonces el primer año; pero la impugno si se considera el tal primer año como principio del cómputo sin haber descontado antes trescientos sesenta y cinco días. Nada resuelve, pues, el dicho del sabio, toda vez que se calla lo principal, que es el cómo debieron contarse los años.

Yo no sé, por fin, si habré acertado á resolver la para algunos intrincada cuestión de si nos hallamos en el siglo XIX ó en el XX, ó si quizá soy yo una de *las personas algo superficiales en lo que se refiere á cronología*, de que habla el repetido Flammarion; pero siempre en este caso abrigaré la esperanza de que *algunas veces también dormita el buen Homero*.

PEDRO PABLO BLANCO.

Madrid 15 de Febrero de 1900
(según el uso).

LA TELA DE ARAÑA

Hace siglos que, en la cumbre de una colina, la primitiva se erigió un oratorio dedicado á la Virgen, y blanquea como acabado de revocar, porque todas las generaciones del valle, manteniendo pura la devoción á la Madre de Dios, se han esmerado en renovar las paredes y el techo que guardan la imagen milagrosa, esperanza y consuelo y amparo de todos los afligidos de la aldea próxima, medio oculta en un recodo, y de las casas esparcidas, cuyos tejados brillan á la salida del sol entre la frondosidad, ó al pie de la última sierra que circuye el extenso valle.

No ha dejado su nombre escrito en la historia el escultor de la imagen venerada, y sin embargo, aquella Virgen tiene vuelto el rostro con una bondad y una mirada tan cariñosa hacia la puerta para recibir á los que van á contarle dolores, á pedirle beneficios ó á darle gracias, que indican verdadera inspiración en el artífice.

Artista oscuro, debió de sentir un momento en su alma, engrandecida por la fe y por el amor, el fuego que ilumina la inteligencia, cuando supo expresar en la figura una inspiración antes negada á su modesto escoplo; primer milagro, tal vez, que hizo la madera, santificada por su destino antes de tomar forma. Puede ser que desde entonces tenga fama de milagrosa aquella efigie vestida con telas de tisú y lama. Contenta debe estar con sus bordados de oro y sus piedras relucientes y sus ramos de lirios y su corona de plata, porque las numerosas ofrendas que llenan las paredes del camarín atestiguan las bondades con que corresponde al fervor de sus devotos.

Por el sendero que circundando la colina serpentea entre rocas y arbustos suben continuamente cojos que se arrastran

con muletas, rostros pálidos, respiraciones anhelosas, que van á pedir la salud del cuerpo ó la paz del alma; jóvenes madres que van á presentar á la Virgen su primer hijo; otras á rogarle que al suyo no le toque la suerte de soldado, ó que le proteja en las batallas; doncellas ruborosas que van á pedirle en secreto un novio rico y gallardo; labradores que necesitan lluvias, y tantos que necesitan tantas cosas. En los domingos por la tarde el caminito de la capilla es una procesión, pero en los demás días sólo algún solitario sube aquella cuesta.

Una tarde se dirigía al oratorio un anciano de entallada figura, en cuyo rostro, atezado por la edad, no aparecían huellas de padecimientos físicos que, añadidos á los años, agobiasen la espalda ni hiciesen tardío el paso del romero.

Delante de él, dos niños y dos niñas iban y venían cargados de flores silvestres, piñas, semillas de arbustos, plumas de colores, con que llenaban los grandes bolsillos del anciano, muy contento del botín, pues siempre acariciaba al merodeador, antes que volase de nuevo detrás de alguna mariposa.

Á media subida, y al pie de un acebuche, aún existe una piedra, descanso de muchos romeros que se han detenido á la sombra del árbol ó al abrigo de su grueso tronco para tomar aliento, resguardados del sol ó de los vientos del Norte.

En aquella silla natural tomó asiento el anciano, sin duda para recrearse, á juzgar por la expresión y actitud, mirando á sus nietos, más que nunca enardecidos detrás de un pájaro burlón. Cuando el desengaño y la fatiga los detuvieron, los llamó y dió un beso á cada uno de los rapaces, que, conociendo la intención, se dispusieron á escuchar, con los ojos inclinados al suelo y los pies y las manos en la impaciencia de la quietud forzada.

—¿Os acordáis de lo que os digo todas las mañanas?

—Sí, señor—respondió una niña mirando con pupila rápida y reluciente un insecto rubio que pasaba zumbando.

—Cuando lleguemos al oratorio pediréis á la Virgen, con vuestros labios puros, que me conceda lo que deseo.

—Sí, sí.

Y dejándolos libres, volaron en todas direcciones ansiosos de aleteo.

El anciano quedó meditabundo, surcada la frente por arrugas semejantes á olas que van hacia riberas desconocidas; y, fijos los ojos en el suelo, empezó maquinalmente á escribir con el bastón letras que no se grababan, como si el aire arrebatase de la contera los signos expresivos, sin duda, del pensamiento dominante.

Sin ruido de pisadas y al través de la maleza, llegó otro viejecillo de ojos chispeantes, de sonrisa maligna, de blanca dentadura de carbonero, que fué á colocarse cautelosamente detrás del que estaba sentado. Recogiéndose con una mano la ropilla en el pecho, y adelantada la cabeza para leer lo que el otro escribía, iba pronunciando gozoso con el gesto y sin sonido, las letras que el bastón indicaba, y que sólo tenían en el aire instantánea forma. Cuando el que escribía meditaba, los ojillos del curioso seguían los movimientos casuales del bastón, con la viveza y rapidez del gato en acecho de un objeto que se mueve. Á la última letra, se frotó las manos con una fuerza y rapidez que llamaron la atención del sorprendido. Se miraron unos instantes los dos viejos, y el último que había llegado tomó tranquilamente asiento en una piedra.

—Si no os molesta mi compañía, descansaré también.

—No os he oído llegar.

—Los pasos no hacen ruido en la hierba.

—Y estabais detrás de mí.

—Siempre me apoyo en ese árbol. Noté vuestra presencia, y vi que dibujabais con el bastón.

—¿Vais al oratorio?

—Vengo de allí.

—Dicen que esa Virgen nunca niega lo que se le pide con fervor.

—Nunca.

—Y que ha hecho numerosos milagros.

—Ese acebuche ha presenciado muchas apariciones.

—Lo asegura la tradición.

—Tenéis hermosísimos nietos.

—¿Quién os ha dicho que son nietos?

—Comprendo muy bien que deseéis con tan ardiente anhelo ver su porvenir.

—Pero ¿cómo lo sabéis?

—Si lo habéis escrito delante de mí, con letra grande y clara.

No se conocía en el suelo el más leve rasgo.

—Dadme el bastón y os iré leyendo y señalando las palabras escritas: «Madre mía, interceded con *El* para que me permita ver el porvenir de mis nietos».

—Pero ¿quién sois?

—Nadie.

—Muerto mi hijo, me he desvelado por asegurar el porvenir de mis nietos: para que sean buenos les enseño á hacer el bien, las oraciones que alcanzan la protección de la Virgen; para que sean ricos he cubierto de olivares y viñedos mis tierras, y con mis afanes les he comprado otras; para que sepan manejarse les enseño mi experiencia, fruto de los años, y para que sean robustos los cuido yo mismo. Por la noche los acuesto, los santiguo, les acerco la ropa y duermo á su lado. Ya comprendéis cuánto desearé ver si recogen el fruto de mis afanes y si son felices. Yo no quiero vivir por vivir, y aunque lo futuro está vedado, la Virgen puede prolongar mi vida hasta que vea, á lo menos, el principio del porvenir de mis nietos.

—Sois muy viejo.

—Setenta años, pero estoy fuerte.

—Tendríais que vivir ciento.

—Me contento con noventa, aunque no pueda moverme de una silla.

—Es mucho.

—Por toda mi vida arderá de día y de noche una lámpara en el altar de la Virgen.

—Os ha concedido, en premio de vuestra fe, que veáis el porvenir sin que trascurra el tiempo.

—¡Gracias, gracias, madre mía!

Reportándose, al cruzar por su razón una sombra de duda, miró con recelo al desconocido.

—¿Quién me asegura que seáis mensajero de la Virgen?

—El resultado; pero no olvidéis que la fe vacilante puede haceros perder la gracia concedida.

—No dudo, no dudo.

—Pues bien, en un agujero que penetra hasta el corazón de ese acebuche anida una araña que nació y vivió en la madera de que hicieron la imagen adorada en la capilla. Cuando fué arrojada de su albergue, la araña encontró abrigo en el árbol, y el insecto sagrado no muere nunca. Hace siglos que teje su red entre las ramas, y cuando el viento y las nieves la destrozan, la repone con incansable afán. El hombre que mira al través de la tela lleno de fe, distingue el porvenir; ahora, mirad si queréis, pues os digo que se ve el tiempo futuro.

Pronunció las últimas palabras alejándose indiferente del que se quedaba aturdido y mirando á la cruz del árbol en que la tela de la araña ondulaba al leve empuje del aire, brillando con tornasoles azulados.

Gran tentación es la de asomarse al porvenir para ver los misterios del tiempo y el destino de las personas queridas; pero al adelantarse al lente, debe de vacilar el paso, lleno el corazón de un miedo más terrible que la impresión del vértigo en la mayor altura. Por eso el anciano temblaba de deseo, de duda, de terror, agitado por ráfagas de calofrío y bocanadas ardientes, como de fuego que el aire inclina y aparta.

Corría el sudor en grandes gotas por las mejillas heladas; latían las arterias bajo la mano que intentaba sujetar el corazón; se elevaba y deprimía el pecho, fijos los ojos anhelantes en la tela afianzada en las ramas gruesas, más tupida en el centro, vértice de la obra maravillosa, y dividida en cuarteles por largos hilos sujetos á asperezas casi invisibles del tronco secular. El anciano, mirando aquella tela, rompió en sollozos, explosión de la lucha, de la sacudida de los nervios, de las entrañas, del espíritu; y á su alrededor se agruparon los niños con sus hermosas caritas consternadas al ver llorar al abuelo, lo que les hacía presentir algo muy terrible. La vista de aquellos rostros queridos fortaleció en el anciano la energía; con ademán resuelto se abalanzó al árbol, y, abrazado al tronco, pugnó por alcanzar la altura de la tela. Apoyados los pies,

que casi resbalaban, en los nudos, y elevándose con las manos asidas de las ramas, subió la cabeza al nivel del lente del tiempo. Inmóvil, pegado á la corteza, parecía una de esas protuberancias caprichosas que imitan toda clase de figuras en los acebuches seculares. La luz le había deslumbrado, y no veía más que un sol fijo, una extensión sin horizonte, montañas, llanuras y mares, hasta que la pupila, contrayéndose, pudo resistir la espléndida claridad del espacio.

Lo que veía era muy hermoso y muy triste: magníficas ciudades de anchurosas vías, de casas monumentales, de fábricas como templos, erizadas de torres y chimeneas, hervían con todas las agitaciones de la vida. De los cilindros de millares de máquinas, como agua que fluye, se desarrollaban telas sin fin, tela continua; era maravilloso, pero producía la impresión de una desnudez infinita, jamás cubierta; parecía que la humanidad se desgarraba con uñas y dientes para consumir tan inmenso tejido. Por las calles discurrían hombres y mujeres con fastuosos trajes, otros que parecían carboneros y muchos vestidos de soldados.

Los valles estaban espléndidos, pero las montañas desnudas, como si la humanidad hubiese agotado los bosques y las malezas; de entre los peñascos, de una boca obscura, salían hombres ennegrecidos, que sacaban carbón de las entrañas de la tierra, esquilmada la superficie. En los campos no había yuntas: una máquina que despedía humo araba en surcos simétricos; otra máquina, con humo también, segaba; otra trillaba, otra sacaba agua y los hombres de esos aperos iban manchados también de aceite y de carbón, nuevos labradores con otra tez; era hermoso y era triste.

La vista del anciano se acostumbraba á la distancia y á la luz y veía las cosas pequeñas, hasta las fisonomías, fijando la atención.

En la ciudad, por los grandes balcones abiertos de un palacio, vió á una joven esbelta que, entre el lujo de muebles y tapices y molduras, prodigaba una sonrisa á la numerosa concurrencia que entraba y salía en ademán de culto. Después se puso la dama un traje negro y fué á un funeral con la misma sonrisa; luego, con un traje de blondas, fué al

paseo; más tarde se detuvo en una casa pobre, sin cambiar de vestido ni de sonrisa, y dejó una limosna; la inmovilidad de aquella sonrisa invariable indicaba que aquella mujer no tenía corazón, y era hermosa como la niña mayor del anciano, que sintió vacilar sus rodillas al distinguir bien á su nieta en el semblante de la dama. Aflojándose los músculos por el desaliento, la vista del atalayador del porvenir descendió á mirar por otro cuartel de la tela.

En medio de una plaza, la multitud, precedida de un estandarte, llevaba á un hombre en triunfo con los honores de un Dios; todos se quitaban los sombreros y, con las bocas abiertas, parecía que gritaban, pues no se oían las voces por no alcanzar el oído al porvenir. Sobre las andas triunfales se alzaba una figura majestuosa y de facciones muy conocidas del anciano, que exhaló un leve grito: era uno de sus nietos sin más variación que la de haber perdido el reflejo de la juventud y de la inocencia. El corazón del abuelo palpitaba de gozo, y con un esfuerzo de los músculos consiguió elevarse más. La procesión profana seguía cruzando calles, cuando, á la vuelta de una esquina, un hombre parecido al de las andas hizo un ademán imperioso y sañudo, y las bocas de unos cañones barrieron la multitud con metralla, derribando al suelo el ídolo, ensangrentado.

El anciano pugnó por sostenerse; los niños, consternados, acudieron á detenerle en la caída, y mirándolos el abuelo, exclamó, abrazado al tronco y dirigiéndose al menor:

—¡Apártate, Caín! Y tú también—añadió amenazando con la vista á la niña mayor.

Volvió á oprimirse á la corteza; las venas, músculos y tendones se hincharon y el cuerpo volvió á subir. Caín se echó en un lecho de plumas y damascos y se quedó dormido. El anciano, con los dedos crispados desgarró la tela que, casi desprendida, flameaba, impidiendo ver bien á su través los objetos. Cuando en el afán de mirar más tendió una mano para sujetar el último jirón, una araña grande, negra y cerdosa, saliendo del tronco, fué á suspenderse del hilo horizontal, no roto aún, en donde se agitaba en el movimiento de baile con que esos horribles monstruos hilan su red. En el im-

pulso de repulsión, agotadas las fuerzas de los brazos y del espíritu, el anciano se dejó caer abrazado al tronco, desgarrándose la ropa y el pecho. Al golpe de su caída, y de entre los pies, salió de la hierba una serpiente, que hizo huir á los niños y al viejo hacia la capilla.

Pocos momentos después estaban todos en el oratorio, divididos en dos grupos. El abuelo, con su nieta menor casi oculta entre las solapas del levitón, diciendo á la Virgen, pálido y desencajado el semblante:

—Si tú y tu hijo me habéis enseñado el porvenir, no sois buenos, no sois buenos.

Pero la imagen le miraba con la dulzura de siempre, y el anciano, con acento de fervorosa súplica, exclamó:

—¡Por las llagas de nuestro Señor Jesucristo, hacedme olvidar el porvenir!

ANTONIO FRATES.

LA VIDA DE UNA MADRE

POR EL

SEÑOR LORENZO SALAZAR

DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA Y MUSEO NACIONAL DE SAN MARTINO
EN NÁPOLES

VERSIÓN DEL ITALIANO

No es piedad filial únicamente lo que me estimula á reunir estas memorias de mi madre. Al sentimiento satisfaría conservando cuidadosamente sus cartas, sus escritos todos para transmitirlos como inestimable tesoro al hijo mío; pero en estos momentos en que tanto se debate acerca de la educación, y en los que cada cual procura á su manera aportar algún dato á los problemas planteados, creo que en las páginas que siguen podrán encontrarse ideas saludables y útiles á este propósito.

A las madres y á las señoras en general, y muy particularmente á vosotras dos, Emma y Fanny, recomiendo la lectura de estas hojas.

A ti, Fanny, te será grata la memoria de aquellos días, ya un tanto lejanos, á que te volverá la consideración de cartas que en mucha parte te estaban enderezadas, y recordando las primeras enseñanzas de nuestra madre, te servirán de guía y de sostén en la ardua empresa de formar á tus retoños.

Tú, Emma mía, leyendo páginas reveladoras del inmenso cariño de que fuí objeto, sabrás dirigir el tuyo hacia nuestro hijo y educarle para Dios y la patria.

Cuando el Eterno Padre hubo puesto el universo á disposición de la criatura que había formado, habiéndola provisto de

alma inmortal, no se consideró todavía satisfecho. Tras las cosas creadas, bellísima, más amable que la propia vida, dió al hombre la mujer.

A ésta confió misión sublime.

Madre, hermana, esposa: misión triple de amor.

El hombre, superior en apariencia, á vosotras, mujeres, debe la vida, la nutrición primera y la existencia toda.

Vosotras formáis sus miembros, formáis su corazón, le educáis.

Tal será cual le hicieréis; y como jamás perderá vuestra marca, la sociedad, al bendecir al hijo, bendecirá á la madre.

Benoiste soit la femme qui te porta, dijo Bayardo á Héctor Fieramosca; y Dante, en el canto tercero del *Infierno* aludiendo á las almas perversas que embarcaba Carón para conducir las

«Nelle tenebre eterne in caldo e'n gielo»,
refería que

«Bestemmiarano Iddio e i lor parenti.»

.....
Cómo entendía mi madre la referida triple hermosísima misión, ha de verse entre sus recuerdos, en las cartas que transcribo al público después de pedir consejo, no sólo á personas que la conocieron y trataron, sino á otras que han leído atentamente la colección.

Relato en que se advierte desde luego la obra lenta del pensamiento religioso, que al fin la condujo á buen puerto, puede ser de mucha utilidad á los que dudan, corrigiendo falsas ideas preconcebidas acerca del catolicismo. El criterio y los juicios en que abunda demostrarán la extensa y delicada cultura de mi madre, su sentido práctico, el conocimiento que tenía del mundo y de la sociedad, á la vez que evidencian cómo una señora puede ser en junto distinguida, inteligente y religiosa.

Corresponde el escrito de la conversión de mi madre á los años floridos de su juventud; por él voy á empezar.

I

Muchas veces he pensado que, llegando al período de la existencia en que, lejana ya la juventud, va la edad madura declinando más y más hacia los años en los que la vida, como hoja marchita que se desprende de la rama, quiere abandonar al cuerpo, es útil considerar el pasado.

Como el viajero que al ganar la cima de los Alpes, vencidos obstáculos y peligros, vuelve hacia atrás los ojos para contemplar la senda recorrida, así el cansado andante en esta terrena peregrinación repasa en la memoria las vicisitudes, las alegrías y las penas de su carrera.

¡Cuán distintas se ven todas ellas á la luz de la razón reposada de lo que parecían al juzgarlas en los primeros años á través del tinte rosado de las esperanzas, vivificado con la magia de la edad juvenil, envueltas en la sombra del dolor naciente ó sumergidas en la amargura cruel de los primitivos desengaños!

Al cabo, las voces que un día nos fueron tan queridas callan para siempre, desaparecen los simpáticos rostros que nos atraían, uno tras otro se van alejando los amigos, y aun las dulces criaturas, los niños criados con tanto amor á nuestro seno, á los que sonrientes celebrábamos el primer paso, desvelándonos su tierno afecto, ¡aun ellos son recuerdo!

¿Dónde están los rizos ensortijados, aquellas manitas de juguete, la risa que nos parecía música deliciosa?

Viven, en verdad, nuestros hijos, pero son señoras y hombres hechos, con casa propia, con costumbres suyas; que pertenecen al mundo. ¡Ya no son cosa nuestra! Su niñez estuvo cosida al pasado con hilo de oro; poco á poco el hilo se aflojó, perdiendo su brillo hasta el punto de desvanecerse.

Pero en la memoria permanece todo.

El instante del nacimiento, la primera sonrisa, el primer beso y la palabra primera, son memorias que guardamos avaramente entre los puros goces de la vida, constituyendo nuestro tesoro. Mezclados con esas pocas alegrías están los re-

cuerdos de horas angustiosas, cuando el ángel de la muerte se cernía en el aire, y más dolorosas todavía, cuando peligrando al borde del abismo de la perdición, el alma querida apartaba orgullosamente el oído á nuestros consejos, desconociendo su autoridad.

Repasando las épocas diversas de mi vida, se me representa la mansión vetusta sobre las rocas, cerca de la ribera del Atlántico. Vuelvo á ver, niña, las cavernas de *Cong en Mayo*; el tiempo brevemente gastado en diversiones en la antigua capital de Irlanda; la emigración artística á París, con el regreso; todo lo reconstruyo, y sólo un oasis encuentro en el desierto de la vida, un punto luminoso; una estrella cuyos rayos vivifican la juventud, la edad madura, la vejez; una esperanza inmutable; una fe siempre firme, un amor verdadero...

Hago pausa para preguntar: ¿qué amor es éste? El único que da la paz interna; no hay inteligencia capaz de definirlo.

Fuera audacia y orgullo insano que yo tratase de él; me considero indigna de tamaña empresa, y por ello tal vez he diferido durante largos años el relato de mi conversión, que aún me hace titubear. Mas lo he prometido á una amiga, cuya eterna salud me interesa muchísimo. Quién sabe si alguna de las frases ó de los pensamientos que me ocurran, podrá herir las fibras íntimas de su corazón, ó rasgar el velo que oscurece su inteligencia y la aparta de nuestra Santa Madre Iglesia (1).

A veces causas pequeñas hacen efectos grandes, como el adagio advierte:

«Basta una chispa para producir un incendio» (2).

II

Mi conversión no fué súbita.

Era como rescoldo cubierto de ceniza, que de vez en cuando se deja ver para esconderse más.

(1) La amiga á que alude mi madre se convirtió también, después de la lectura de estas páginas.

(2) «Poca favilla gran fiamma seconda.»

Fuí educada protestante en tiempos en que no se hablaba de anglicanismo, ritualismo, ni de otras disciplinas sobre las que tanto se discurre ahora; por lo menos no habían llegado á la Irlanda occidental tales cuestiones en los primeros años de mi juventud.

Nacida el año 1820, á los seis años de edad era huérfana de padre y madre, quedando con dos hermanas y un hermano al cuidado de nuestra abuela materna, cuya mente vacilaba, más que por mucha edad, por continuos padecimientos. Hacía por consecuencia sus veces una *institutriz* que no estaba, con mucho, á la altura de su misión delicada, y así nosotras, criaturas traviesas, estimábamos más al ama de gobierno, señora que había venido á menos y que profesaba la religión católica.

Irreprensible en la conducta, siempre en su lugar, afable, laboriosa y paciente, aunque invadiéramos sus dominios ó perturbáramos sus operaciones de repostería, se hacía querer naturalmente.

De religión no solía hablar; mas pudiera decirse que de su espíritu trascendía, no siendo la curación y asidua asistencia de mi abuela en la larga enfermedad los actos menos prácticos de su devoción. Tiempo ha que la anciana no existe, pero quizá intercede desde allá arriba por ella y por los que quedan de la familia. De todos modos, que el Señor conceda la paz á su alma.

Mi hermana primogénita apreciaba mucho el ama, y tengo para mí que ambas discurrían sobre cuestiones graves, porque recuerdo que aquélla, aunque protestante, ayunaba en Cuaresma y tenía grandes simpatías por las doctrinas de nuestros antepasados.

He de consignar que por el talento poético pudiera haber adquirido notoriedad, á no preferir la vida humilde y obscura de su destino.

En el tiempo á que me refiero era mi hermana hermosa joven, dotada de ingenio, de entusiasmo y de corazón ardiente y caritativo. Había en el fondo de su carácter un exquisito sentimiento de devoción, lo que no quita que, al casarse á los veintiún años de edad con un católico, estipulara en el con-

trato la completa libertad en el cumplimiento de los deberes religiosos.

Á época algo anterior, cuando yo iba á cumplir trece años, se remontan las primeras ideas que tuve acerca de la verdad del catolicismo. Para explicarlas claramente necesito retroceder á los días de mi pobre abuela ó á los momentos de su muerte, ocurrida cuando tenía doce años.

Con ella se fueron hermosura, fortuna, rancio linaje, orgullo y amor. Me sentí extrañamente impresionada por la futilidad de las preocupaciones terrenales al encontrar guardado en una cajita cierto periódico fechado medio siglo atrás, en el que extensamente se describía un gran baile en el condado de *Ennis*, empezando la danza el Marqués de Buckingham, que daba el brazo á la bellísima señora de Doelin (1).

El papel amarilleaba por el tiempo pasado; la reina de la fiesta estaba en la eternidad. Paz á ella: murió como había vivido, protestante; empero ¿quién puede decir lo que pasa entre el alma y el Criador durante la silenciosa agonía?

III

Después del entierro pasé á casa de mi tutor, ministro protestante de la iglesia oficial, director de un colegio titulado Erasmus Smith y capellán de la guarnición.

Poseía siete idiomas; trabajaba en obras científicas que creo leyeran pocos; tenía mujer y numerosa prole, y tres de las hijas eran compañeras y amigas mías. Había educado también á mi hermano antes de ponerlo á pupilo, por antigua amistad entre ambas familias.

Su estudio estaba en el piso superior del colegio, cubriéndolo las paredes enormes armarios llenos de libros, y allí solí llamarme de cuando en cuando para reprender mis excesivas aficiones al baile y á la equitación. No hay que decir que yo le escuchaba respetuosamente, como solían hacerlo las muchachas cuarenta años ha.

(1) El castillo de Doelin, de la casa Macnamara.

En una de estas ocasiones, que estaba escribiendo, me ordenó esperar un momento hasta concluir el sermón que preparaba para el día inmediato. Sobre la mesa tenía abiertos tres ó cuatro libros, que consultaba alternativamente.

Pasados pocos minutos en silencio, me estimuló la curiosidad á tomar uno de aquellos tomos y vi que era de Massillon. Miré disimuladamente al título de otro, su autor Bourdaloue, y me cercioré también de que parecía absorber preferentemente su atención el marcado con el nombre de Bossuet.

—¿En qué piensas, niña?—me preguntó, alzando los ojos del papel.

—Todos estos libros son franceses—dije.—¿Eran católicos los autores?

—Ciertamente—respondió:—Bourdaloue, Massillon y Bossuet fueron grandes oradores sagrados; todo el mundo los conoce.

—¿De modo que los católicos escriben á veces cosas buenas?—repuse.

Mi tutor nada objetó; siguió copiando el párrafo de Bossuet y no hubo más conversación sobre el asunto.

Difícil me sería compilar los comentarios que me ocurren de aquel día, de mi tutor y de sus grandes oradores cuando oigo repetir entre ignorantes que los católicos son idólatras, estúpidos y frívolos.

IV

Durante ausencia breve del ministro, que tuvo que trasladarse á Dublin para negocios, me consintió una vez su mujer que saliera acompañada de mi doncella cuando ésta iba á misa (1).

(1) Todos los criados de las casas grandes de protestantes en Irlanda son católicos, porque aquel pueblo, empobrecido y tiranizado por el Gobierno de Londres, permanece firmemente asido á la religión de sus mayores. El cisma de Enrique VIII hizo allí escasos prosélitos, y éstos entre las familias señoriales, por lo cual la vanidad de no igualarse en creencias con la gente baja es uno de los obstáculos que les impiden volver al seno de la antigua madre.

Colocadas en la tribuna, observé que abajo estaba la iglesia completamente llena de gente arrodillada. Reinaba profundo silencio. Sonó una campanilla; el sacerdote se acercó al pie del altar y todos los concurrentes hicieron la señal de la cruz. Pensé en la iglesia protestante, á la que asistía habitualmente. Era la antigua catedral católica de la ciudad, y la escasa congregación protestante no bastaba para llenar una sola de sus magníficas naves.

Tanto espacio en la una; ¡tanta devoción en la otra!

En aquella, cada familia principal tenía recinto separado desde el cual asistía al servicio matutino con más ó menos fervor.

Los oficiales de la guarnición, colocados en más amplia separación, distraían á esta ó á aquella señorita, mientras las personas graves daban cabezadas dormitando durante el larguísimo sermón.

Fuera de los lugares reservados, el espacio libre á la gente inferior quedaba totalmente vacío.

Lo contrario se advertía en la humilde capilla fabricada piedra por piedra con exiguas limosnas, fruto del trabajo de aquel pueblo apretado. De rodillas rezaban las preces mismas que sus padres y abuelos recitaron por siglos, fieles á la religión que ni las leyes ni la tiranía han podido arrancar del corazón.

En un instante, al sonar por tercera vez la campanilla, como empujadas por viento misterioso, se inclinaron hacia el suelo las cabezas y un rumor singular de adoración se elevó en el edificio.

Instintivamente me incliné también y pregunté:

—¿Qué es esto?

La doncella levantó la cabeza, diciendo en voz muy baja con expresión que nunca le había visto:

—¡Es el Señor!

Sentíme impresionada cual si en aquel ambiente revoloteara un espíritu superior invisible.

Nada más guarda mi memoria de aquel día.

V

Dos años después de haberse casado mi hermana primogénita (1) se hizo católica, sin que la resolución me maravillara, sabiendo cuán apasionada estaba de su esposo y en la creencia de que por serle grata hubiera condescendido con su deseo.

La veía muy poco, ocupada como estaba siempre de sus hijos.

Yo vivía en Dublin con mi segunda hermana (2), que, habiéndose casado también, se había visto obligada á separarse del marido, recluso en un asilo de dementes.

Estuvo en grave peligro al lado del pobre loco, que se entretenía en apagar las luces de la mesa á pistoletazos y que frecuentemente intentó el suicidio.

También se hallaba con nosotras el hermano varón que, concluidos los estudios en Londres, regresaba como mayorazgo á tomar posesión de sus bienes.

Uno de sus amigos, joven abogado de gran talento, si bien algo inclinado á la sátira, solía acompañarnos por la noche. Se hablaba mucho de su fama incipiente, que no dejaba de sorprenderme en un católico, aunque me hiciera recordar á mi tutor y á sus oradores sagrados.

Tratando una vez de religión, como manifestase extrañeza de oírle sostener sus creencias, me preguntó con voz apacible:

—¿Conoce usted algo del catolicismo?

—Ya lo creo—respondí;—como que he sido instruída por un ministro protestante.

—En verdad, no me parece el mejor conducto para el conocimiento de mi religión—repuso él, sonriendo.

—El ministro me imponía en sus errores.

—Indíqueme alguno.

(1) Catalina Sarsfield Martyn.

(2) Juana Stamer Blake.

—El primero y mayor de todos, la confesión.

—La confesión; ¿entonces por qué la aceptan ustedes en su propia doctrina?

—Nosotros no aceptamos semejante cosa—dije un tanto excitada.

—¿Tiene usted á mano el libro de oraciones?—volvió á interrogarme.

Tomélo de mi mesita, presentándoselo. Hojeó algunas páginas hasta encontrar el precepto de visitar á los enfermos y leyó en alta voz la rúbrica que empieza: «Si el doliente tiene algo sobre la conciencia, llamad al ministro á fin de que pueda confesarse con él... etc.»

Quedé callada, y él, volviendo á colocar el libro sobre la mesa, continuó:

Si la confesión es buena en la hora de la muerte, ¿por qué no ha de serlo en cualquiera otra de la vida?

Otra persona vino á interrumpir la conversación, á tiempo que no sabía yo qué replicar, y, aunque parezca extraño, no obstante la impresión que me produjo, no volví á pensar en ella. Según enseña la parábola del sembrador de los granos que, caídos entre espinas, fueron llevados por los pájaros, frívolos pensamientos ocuparon á mi imaginación con perjuicio del argumento, sofocando á la voz íntima de la conciencia, que de tiempo en tiempo me lo repetía.

VI

Transcurrieron dos años más: con objeto de aprender el francés, estaba en un instituto de Normandía, al que concurrían jóvenes irlandesas. Una de ellas me prestó el libro titulado *Geraldina*, que había escrito la señorita Agnew, hermana del entonces célebre Sir Andrew.

Trataba de cierta conversión, la cuya supongo, y habiéndolo leído, desaparecieron mis dudas acerca del catolicismo. Me desprendí, sin embargo, de tales ideas, fijando la atención en el estudio. Me atemorizaba la perspectiva de una vida demasiado seria, habiendo de cumplir los preceptos de la

doctrina; el de la confesión me arredraba más que todos, instigándome á decidir que ninguna razón había para apresurarme.

Llegada la fiesta de Navidad, acompañé á una señora católica á misa en el templo de *Nôtre Dame*, de París, volviendo con este motivo á mi mente el recuerdo de aquella otra misa á que asistí en la capillita de Irlanda. La misma impresión de reverencia y de respeto me dominó en el acto, creciendo luego al contemplar desde la altura del campanario la gran ciudad extendida á su pie.

¡Cuántos pensamientos me asaltaron entonces! Recordé las primeras y las sucesivas sugerencias, y cómo las había descartado siempre, influída por la vanidad del goce, comprendiendo entonces toda la verdad de la sentencia: «Pequeñas y despreciables son las cosas que pasan con el tiempo...»

VII

Otro año ido. Tenía yo tapados los oídos á la voz de la sabiduría por abrirlos á los vanos rumores del mundo. Dejábame llevar, alegre y descuidada, por la corriente de la vida, cuando fuí de golpe lastimada con gran pesadumbre: la primera, porque, aunque huérfana, era de tan poca edad al perder á mis padres, que apenas los recordaba, y de los demás ninguno había marchado allá, donde los viajeros no retornan, gozando todos de salud juvenil.

Y hed aquí que el hado cortó la vida más hermosa en la flor de la edad.

¡Oh, graciosa y desventurada Juana mía!

Paréceme verte todavía con tu clásica belleza, con tu agradable palidez, cuando triunfabas soberana en los salones, siendo encanto de todos.

Me parece que veo aún tu elegante figura entre los pliegues del vestido de amazona, pasando altiva y serena entre la gente.

¡Pobre Juana! Casada á los diez y ocho años, poco después afectaba á su marido la terrible enajenación mental de

que nunca se repuso. Obligada á separarse de él, los parientes le negaron sustentación, aunque estuviera reconocido su derecho por los tribunales. Por otro lado, pendían de un pleito nuestras propiedades, y no ocurriéndole resolución mejor, se decidió á reunirse conmigo en París.

Allí, la Condesa Leontina du Quengo, parienta nuestra, canonesa muy instruída y religiosa, tomó gran interés por Juana, proponiéndose hacer cuanto pudiera para ganarla á la fe católica. Empezó el intento ofreciendo una novena á la Santísima Virgen, y acabada ésta, habiendo solicitado y recibido el bautismo de propia voluntad, moría mi querida hermana de rápida dolencia.

Mucho siento no conservar la extensa carta que me escribió la Condesa du Quengo sobre el infausto acontecimiento, en la que refería un sueño que tuvo Juana en la niñez; mas habiéndolo yo oído contar de viva voz, lo transcribo aquí.

EL SUEÑO DE MI HERMANA

Soñaba yo que estaba sola en el parque de mi abuela un día espantoso (1). El cielo, el aire, la tierra parecían saturados de horror desconocido y sobrenatural; torbellinos de viento fuertísimo arrancaban de cuajo los árboles, derribando cuantos obstáculos hallaban. A ratos había pausas de siniestro callar que súbitamente rompía el tremendo estallido del trueno. Densa obscuridad envolvía el espacio, temblaba el suelo, y al vívido resplandor de los relámpagos descubría abismos abiertos á cada lado. Aterrorizada, pensando haber llegado el fin del mundo, corrí á refugiarme en una roca, y jadeante caí en tierra implorando misericordia.

Vi entonces con estupor á una señora de sobrehumana hermosura, vestida con traje azul, que se me acercaba y que, tendiendo la mano, «No temas, Juana, decía sonriendo con voz

(1) *Well-Park*, en el condado de Galway; nuestra bisabuela pertenecía á la familia de los Stamer de Carnelly y Beauchamps, honrada con título de Baronett. La hermana de esta antepasada casó con el General Massena, Duque de Rovigo.

de inefable dulzura; no temas; yo he salvado á tu hermana y á tu hermano y te salvaré también» (1).

Al punto me tranquilicé, comprendiendo que me encontraba en presencia de María, madre Dios.

La Condesa Leontina du Quengo me había copiado también en su carta el *Ave María*, rogándome lo rezara, y recuerdo que, bañada en lágrimas, caí de rodillas exclamando: ¡Oh tú, María, madre de Nuestro Señor! Si puedes escucharme, acoge favorablemente mi ruego; y por vez primera recité aquella sencilla y suave oración.

VIII

Como suele suceder en las primeras aficciones, abrumada por la congoja, no comía ni podía dormir. Para distraerme fuí á pasar algunos días con la familia de otro pastor protestante, entre la que contaba con una amiga casi de mi misma edad.

Poco á poco, con su compañía, empezaron á languidecer los pensamientos graves y quedaron adormecidos en el fondo de mi corazón, volviendo á la superficie la frivolidad con la distracción y el descuido.

El pastor habitaba en una casa de campo aislada; pero otro ministro, protestante se entiende, solía ir por temporadas á vivir con él. Era jóven de esperanzas, exquisitamente educado y de maneras distinguidas; con todo, habiéndome hecho indicaciones de casamiento tras breve conocimiento, ni por asomos me ocurrió la idea de aceptarlas; sólo que me hice la siguiente *sabia* reflexión: Si le doy rotunda negativa, se marchará para no volver, y entonces Susana y yo, no teniendo con quien hablar, nos aburriremos de lo lindo. Fuí, pues, dando largas al asunto, en el concepto de ser necesario consultarlo con mi hermano, el cual, juzgando escasa la fortuna del ministro, me aconsejó rehusara las ofertas. Dejé, sin embargo, pasar el tiempo, aunque sin darle esperanzas, proce-

(1) El sueño, como ha de verse, se realizó por completo.

der que no bastó para que se considerase vencido, siendo necesario al fin, para la independencia de mi situación, que le confiase mi propósito de hacerme católica.

—Ahora—pensé—tomará el sombrero y se despedirá.

Mas no fué así. Con sonrisa de las más afables me respondió:

—De eso hablaremos más adelante en conformidad; consienta usted ahora en ser mi esposa.

—Es que estoy decidida á cambiar de religión—repetí, presumiendo que no me hubiera explicado bien.

—Perfectamente—replicó;— en idénticas condiciones se encuentra el pastor de Headford; su mujer es católica, lo que no impide que sean muy felices y procedan con perfecto acuerdo.

Algo de lo que se desprendía de su frase me impresionó penosamente.

Tal disparidad de opinión en lo que yo juzgaba el asunto más importante de la vida; aquella indiferencia relativamente á la unión de dos almas en un ministro del altar me disgustó de modo que ya sin atenuación rechacé friamente las protestas de afecto, declarando con toda claridad que no aceptaba sus proposiciones.

LORENZO SALAZAR.

(Se continuará).

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

Bartolomé de Torres Naharro y su Propaladia.—*Estudio crítico, por D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO, Presidente de la Sociedad de Bibliófilos Españoles (Escudete de Libros de Antaño).*—Madrid, Librería de los Bibliófilos.—Fernando Fe, 1900.—Un volumen en 4.º menor prolongado, de CLIII páginas, sin indicación de precio. Tirada de 50 ejemplares en papel de hilo.

Bendigamos á Dios que llevó de esta vida á D. Manuel Cañete sin que pusiera mano en el estudio del autor de la *Propaladia*, porque ahora publica la obra la Sociedad de Bibliófilos con el prólogo de que damos cuenta. No es que dejemos de reconocer cuánto las letras españolas deben á Cañete por sus estudios teatrales, en que ostentó su gusto, fino por naturaleza y clásico por reflejo; Menéndez y Pelayo no escatima, antes acrecienta esos merecimientos á Cañete, con la magnanimidad y el reconocimiento que dispensa á todos los que entran con un gramo de valer en el campo de las letras. Pero que hiciera Cañete, algo machacón y soporífero siempre, ó que haya hecho Menéndez, siempre definitivo y brillante, el estudio de Torres Naharro y de su *Propaladia*, nos quedamos con lo bueno conocido.

Ya del teatro anterior á Lope nos ha dado Menéndez tres estudios á cual mejor: los correspondientes á Juan del Encina y á Gil Vicente en los prólogos de la *Antología de poetas líricos castellanos*, y el que ahora nos ocupa.

Desconocíamos la vida de Torres Naharro, y Cañete, esperando reunir nuevos datos, retrasó la publicación de la *Propaladia*, que había emprendido. Menéndez, con los pocos documentos referentes al poeta extremeño (las Letras apostólicas de León X dando privilegio al autor—pueden verse en el tomo IV del Gallardo—y la carta de Mesinierus al humanista Ascensio, insertos ambos al frente de la edición de la *Propaladia* de 1517) y con el estudio de su producción, ha reconstituido esa biografía en términos de serenos ya perfectamente conocido el autor de la *Soldadesca*. Erudición y estudio se necesitaban para ello; pero una y otro han caído sumisamente ante la voluntad de hierro y la constancia del biógrafo; y todas las suposiciones tienen fundamento tan real y sólido que han de aceptarse por definitivas mientras con prueba plena no se demuestre lo contrario.

Hijo de Torre de Miguel Sexmero, en Extremadura, estudiaría en Salamanca. Hubo de ser soldado y servir á las órdenes del

Duque de Nájera (á quien se consagra en estas notas espléndido recuerdo); cautivo en Africa, presbítero en Roma, protegido por el fastuoso y turbulento Cardenal de Santa Cruz y Obispo de Túsculo D. Bernardino Carvajal, émulo de Julio II. Amigo luego el extremeño Carvajal de León X, fué Naharro protegido de este Pontífice y del sucesor, Clemente VII, á quien Naharro ya había profetizado su encumbramiento al solio pontificio. Presenció en Roma la embajada de D. Tristán de Acuña (puntualmente descrita hace poco en la encantadora novela *Morsamor*, de D. Juan Valera, aunque en una nota muy graciosa y digna del genio discretamente socarrón de Valera rectifica Menéndez que no fueron dos, sino uno solo, los elefantes que trajo D. Tristán de Oriente). Para estas fiestas escribió Torres Naharro, y se representó en Roma, su lánguida *Trofea*. Entrado en años fué á Nápoles, donde, en 1517, imprimió por primera vez su *Propaladia*, sin que las causas del viaje estén debidamente esclarecidas, si bien las consideraciones de Menéndez logren poner en duda, por lo menos, opiniones ya aceptadas sin fundamento. Sirvió á Fabricio Colona y á su yerno el Marqués de Pescara, á quien dedicó la colección de sus producciones.

No es sólo el texto de la *Propaladia* lo que ha podido suministrar esas noticias: Menéndez extiende su investigación á numerosas curiosidades bibliográficas, á textos únicos y antes no explorados, y de todo saca partido y provecho para esclarecer tan obscura biografía.

Lleno de sensatez y justicia y crítica razonada es el estudio que hace Menéndez de Torres Naharro como poeta lírico, ya devoto, ya amatorio (en la forma especial de los cancioneros, de los petrarquistas, ovidiano y trovadoresco), ya satírico, ya, en fin, con tonos de épico elegíaco en los versos á la muerte de D. Pedro Manrique de Lara. Desde la forma más veterana de metrificacón hasta las tendencias é inclinaciones del poeta, sus poesías son examinadas particularmente y sin que aparezca la minuciosidad: tal es el arte del crítico.

La segunda parte del folleto se destina al estudio de la *Propaladia* y á las composiciones dramáticas que encierra. No nos ha halagado poco que las indicaciones de crítica dramática del *prohemio* de la *Propaladia*, muy curiosas por cierto, aparecieran antes que otras algunas en Italia.

Del *Diálogo del Nacimiento*, al modo de Juan del Encina, por más de un concepto; de la *Trofea*, pieza de circunstancias; de la *Soldadesca* y *Tinelaria*, con reminiscencias italianas, piezas que el autor llamó *Comedias á noticia*; de la *Jacinta*, que señala la época de transición; de las *Comedias á fantasía*, tales como la *Serafina*, primer atisbo á la comedia de capa y espada, aunque más desarrollado en la *Himenea*, que tanto entusiasmó á Moratín por *las unidades*, y no sin filiaciones de *La Celestina*; de la neoclásica *Calamita* y de la comedia heroica de ruido y de teatro la *Aquilana*, se dan detalladas noticias históricas y críticas, aunque estas dos últimas obras no entraron en la primera edición de la *Pro-*

paladia, porque seguramente no las había escrito el autor en 1517.

Reseña luego Menéndez la influencia de Torres Naharro en sus inmediatos sucesores hasta la segunda mitad del siglo XVI, en que triunfó la comedia italiana, no sin que se conservaran elementos del antiguo teatro español, recogidos por Lope. En el mar de la poesía de éste, dice el Sr. Menéndez, se perdieron como tributarios humildes todos estos ríos de tan limitado curso, y nadie pudo discernir ya el color ni la calidad de sus aguas. Pero «Torres Naharro es de los que merecen ser solemnemente rehabilitados y salir del limbo obscuro de la bibliografía», porque su libro es históricamente venerable, porque alegró los ocios de la generación magnánima que triunfó en el Carellano y sembró de heroicos huesos los campos de Rávena. Guarda recuerdos del Gran Capitán y del fuerte Duque de Nájera, y de D. Ramón de Cardona, terror de Venecia. Fué mirado con benignos ojos por el Papa León X y por el vencedor de Pavía. En sus páginas, regocijadas y luminosas, vive la triunfante alegría del Renacimiento español.

Después de este final entusiasta, parecerán, y deben de ser sin duda, inoportunas las frases que vamos á escribir para que la obra no vaya sin reparo. Y es el reparo que se nos ocurre la constancia con que el Sr. Menéndez aboga por la que no fué tiranía inquisitorial. Claro está que la prohibición y el expurgo de *La Propaladia* justifican las apreciaciones hechas, que no es Menéndez de los que dicen las cosas á tontas y á locas; pero á nosotros se nos antoja todo esto *sermón perdido*. Los neos, diga lo que diga y pruebe lo que pruebe el Sr. Menéndez, seguirán creyendo que la Inquisición fué santa, santísima y sacrosanta, y los liberales, contra toda razón y evidencia, creen y seguirán creyendo que el santo tribunal y sus ministros fueron semillero de ruines y malas pasiones, rémora de la civilización y otras mayores lindes. Cuestión de apasionamientos de escuela, sobre los cuales ha sabido colocarse muy alto el Sr. Menéndez en muchas cosas y quisiéramos verle olvidado de las que acaso quedan en el rescoldo de sus fervores juveniles. Y pues se arrumbó ya aquel andamiaje de la fe y de la política de otros días, dejémosle en paz en la trastera de la actual civilización, sin que jamás volvamos á acordarnos de la madera de que se hizo ni de los oficios que desempeñó en la obra de nuestra cultura. Después de todo, mejor son ciertas cosas para ignoradas que para discutidas, y quédese la apología, en todo caso, para los doctores que tiene la santa madre Iglesia.

E.

* * *

La tristesse et la joie, par GEORGES DUMAS, *docteur en médecine et docteur ès lettres.*—Paris, Félix Alcan, editor.—Un tomo en 4.º, 426 páginas, 7,50 francos.

Propónese el autor de este libro establecer una teoría psicológica sobre la tristeza y la alegría y examinar la biológica de estos dos sentimientos. Estudia también las manifestaciones fisiológicas, químicas y mecánicas, observando la relación entre estas manifestaciones y el carácter primitivo ó derivado que presentan.

Después de discutir las diversas teorías corrientes sobre los susodichos sentimientos, trata de demostrar que el estudio confirma la teoría fisiológica, opuesta á la *intelectualista*. Según ésta, las representaciones cuya combinación produce la tristeza y la alegría son las fuerzas vivas del espíritu; según el Sr. Dumas, estas representaciones no son otra cosa que símbolos, los cuales *fundan todo su valor en las tendencias que los provocan ó que son provocadas por ellos*.

El autor coloca entre las representaciones y el sentimiento el sistema nervioso y, á veces, todo el organismo, cuya importancia había adivinado ya el *sentido común* antes de que la estableciera en términos concretos la teoría fisiológica.

*
* *

L'expérience des peuples et les prévisions qu'elle autorise, par ADOLPHE COSTÉ, *viceprésident de la Société de Sociologie.*—Paris, Félix Alcan, editor.—Un tomo en 4.º, iv-648 páginas, 10 francos.

En esta obra, continuación de los *Principios de una sociología objetiva*, describe el Sr. Coste, en el orden histórico y en forma concreta, la evolución de los cuatro fenómenos fundamentales que, según el autor, derivan de la función del Estado: el *gobierno*, la *producción*, la *creencia* y la *solidaridad*.

Establece el Sr. Coste la armonía entre los *periodos esenciales* (!) y muestra que éstos son relativos en el desenvolvimiento y concentración urbana de la población. Tal conclusión le permite medir, en un curioso capítulo que denomina *Sociometría*, el poder comparativo y el progreso social de los diversos pueblos del planeta.

Todo el sistema del Sr. Coste se apoya en hechos, presentados al lector metódicamente.

*
* *

Les phénomènes de dissolution et leurs applications, par V. THOMAS, *docteur ès sciences.*—Paris, Gauthier-Villars, editor.—Un tomo en 8.º, 197 páginas, 3 francos.

Los fenómenos de solubilidad han sido objeto, durante estos últimos años, de muy notables trabajos. Las fecundas investigaciones de Etard son muy dignas de atención, y Le Chatelier ha

aplicado con gran éxito los principios fundamentales de la Termodinámica al estudio de las disoluciones.

Con el fin de dar á este libro un carácter esencialmente práctico, el autor se ha limitado á revisar los resultados adquiridos en la materia objeto de su estudio, insistiendo de propósito en lo que se refiere á la parte experimental y consignando numerosos datos relativos á la solubilidad de las sales y de otros compuestos.

La utilísima parte histórica que contiene el libro del Sr. Thomas le hace en extremo interesante para todos los amantes de la Química.

P. V.

INDICE DEL TOMO CXVIII

15 DE ABRIL DE 1900

	Páginas.
Alteraciones y trastornos en Cataluña desde el reinado de Felipe IV hasta nuestros días, por Juan Ortega Rubio	5
Curiosidades físico-astronómicas, por Ramiro Blanco	14
La cooperación y la mutualidad obreras (continuación), por Manuel Gil Mestre	32
Pintura religiosa, por Félix Escalas	46
Goya, por Silverio Moreno ..	53
Al Ateneo Balear y á mi querido primo el Sr. D. Francisco Manuel de los Herreros, por Manuel Bretón de los Herreros	65
Tradiciones de Lorca, por F. Cáceres Pla	69
Campoamor, por J. Pons Samper	80
La ciencia de la vida, por Antonio Frates	81
El derecho de asilo, por Luis Cambromero	99
Boletín bibliográfico, por G. V. , por A. , por E. y por P. V	106

30 DE ABRIL

Un economista digno de estudio, por Antolín López Peláez	113
Juan de Sevilla, matemático español del siglo XVI, por Pedro A. Berenguer	131
La cooperación y la mutualidad obreras (continuación), por Manuel Gil Mestre	141
Ilusiones de los grandes hombres, por A. García Ma- ceira	159
Goya (conclusión), por Silverio Moreno	163
Un problema histórico, por Don Ramiro	177
José Echegaray, por J. Pons Samper	195
Curiosidades físico-astronómicas (continuación), por Ra- miro Blanco ...	195
Boletín bibliográfico, por E. y por P. V.	220

15 DE MAYO

Fuencisla ó la promesa de la Virgen, por María de Belmonte	225
Los franceses en Ríoseco en 1808, por Juan Ortega Rubio	234
Tradiciones de Lorca, por F. Cáceres Pla	239
Cosas de antaño, por Carlos Cambronero	253
La Iglesia y la cultura, por Gabriel María Vergara .	267
La cooperación y la mutualidad obreras (continuación), por Manuel Gil Mestre	272
Curiosidades físico-astronómicas (continuación), por Ramiro Blanco	288
La democracia cristiana, por Amando Castroviejo	305
La muerte, por J. Pons Samper	316
Fases humanas, por Antonio Frates	317
Boletín bibliográfico, por J. E. Serrano y Morales y por E.	327

30 DE MAYO

Tradiciones históricas, por Emilio Cotarelo	337
Curiosidades físico-astronómicas (continuación), por Ramiro Blanco	347
La mujer, por Gonzalo de Castro	372
Estudios orientales, por J. Fabrè y Oliver ..	382
Cosas de antaño, por Carlos Cambronero	390
La industria diamantífera, por Bernabé Gómez Iribarne	403
Opúsculo político-geográfico del planeta á plazo próximo, por Arturo Llopis	416
Boletín bibliográfico, por E. y por P. V	439

15 DE JUNIO

<i>Zenobia</i> , comedia inédita de D. Ramón de la Cruz ...	449
Imitaciones castellanas del <i>Quijote</i> , por Emilio Cotarelo	467
Jacinto Jerónimo Espinosa, por Silverio Moreno	495
Curiosidades físico-astronómicas (conclusión), por Ramiro Blanco	505
Opúsculo político-geográfico del planeta, por Arturo Llopis	517

	<u>Páginas.</u>
Carta á Lorenzo, por Antonio Frates	543
La organización del trabajo, por Manuel Gil Maestre	549
Boletín bibliográfico,, por E. y por P. V.	557

30 DE JUNIO

<i>Zenobia</i> (continuación), comedia inédita de D. Ramón de la Cruz	561
Opúsculo politico-geográfico del planeta (conclusión), por Arturo Llopis	581
La Exposición por fuera, por L. García-Ramón	600
Algo del eclipse de 28 de Mayo de 1900, por el Dr. Emilio Ribera	608
La organización del trabajo (continuación), por Manuel Gil Maestre	613
Una opinión en pro de que estamos en el siglo XX, por Pedro Pablo Blanco	631
La tela de araña, por Antonio Frates	643
La vida de una madre, por Lorenzo Salazar	665
Boletín bibliográfico, por E. y por P. V.	665

